



NUÑEZ PONTE
ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

DEL

Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

POR EL

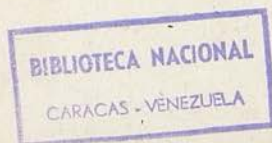
Dr. J. M. NUÑEZ PONTE

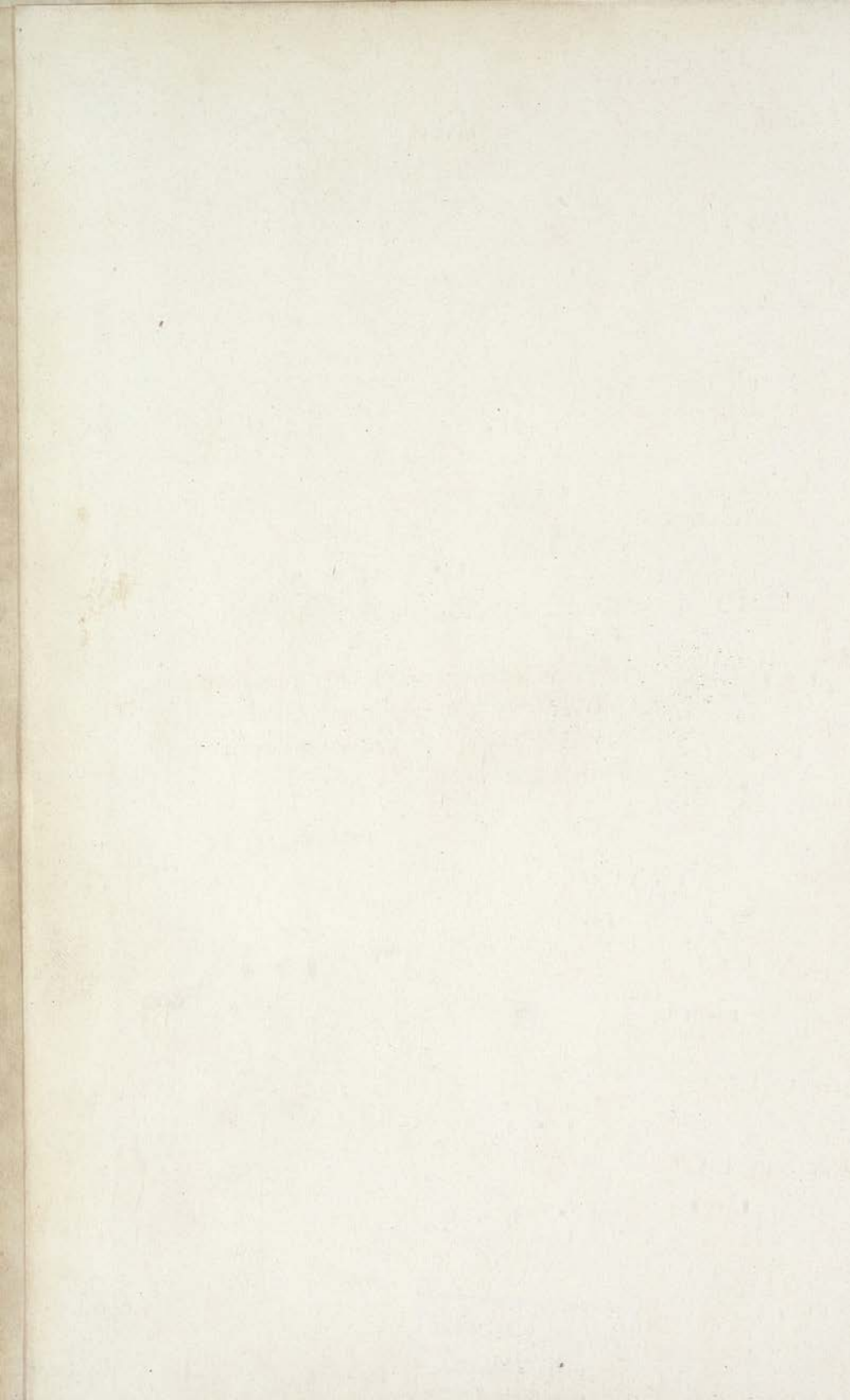
Director del Colegio Sucre y del diario "La Religión", Miembro
del Consejo Nacional de Instrucción, Condecorado con la
Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice", Comendador de la
Real Orden de Isabel la Católica.



TIP. VARGAS

Caracas - 1924





Para el sabio compatriota,
D. S. Pedro M. Arcaya,
Con mi respeto i deferencia
El Autor }

A la Juventud de mi Patria!

A los jóvenes del III bienio de Ciencias
Médicas, últimos discípulos del Dr.
Hernández, y entre quienes hay
algunos míos.

EL AUTOR.



Dr. José G. Hernández

26 de Octubre de 1864 -- 29 de Junio de 1919

P R E Á M B U L O

Este librito no ha menester de prólogo.

Confiarnos en que el solo nombre del biografiado, la evocación de sus hechos, la estela de sus virtudes, la veneración unánime que granjeó, las blandas bendiciones que acompañan su memoria, bastarán para que todo aquél a cuyas manos lleguen estas páginas las abra sin recelo y las recorra con gusto.

Imagine el lector que se ha vuelto a encontrar con el doctor Hernández, y estése un rato mirándole, como sabemos lo hacían muchos a su paso, cual si él dejase en pos el perfume de un bálsamo.

Advirtamos que no todas sus acciones van aquí relatadas, pues cuántas y muy principales tal vez, ni se pudieron siquiera traslucir, encerradas como quedaban dentro de aquella vida oculta, casi se diría hermética, en Dios!

Decíamos no ser necesario aquí un prólogo; pero a la verdad, el prólogo está hecho magníficamente, a colmo de lo más apetecible, en las honrosas aprobaciones y benévolas frases de elogio con que se han dignado favorecer la obra y a la persona del autor el excelentísimo Metropolitano Monseñor Rincón González, el muy discreto Obispo de Guayana, Monseñor Mejía, y en especial, el reverendísimo Arzobispo de Mérida, Monseñor Silva, a quien los años no disminuyen los bríos literarios; alma grande, si llena de justicia para con los muertos, rebosante de bondad para los vivos.

Por lo demás, el Episcopado nacional, que se ha ocupado en leer estos capítulos, les ha impartido su licencia y generoso aplauso, que sabemos agradecer; como acogemos también reconocidos la opinión tan expresiva de nuestro honorable amigo, el excelente clínico doctor Villegas Ruiz, y lo que podemos titular el veredicto de los deudos del doctor Hernández, que es la voz de aceptación de toda la familia.

Por último, sea nuestro testimonio de gracias para el señor General J. V. Gómez, Presidente de la República, que generosamente quiso costear el primer millar de ejemplares de esta obra, al tener noticia de su impresión.

J. M. NUÑEZ PONTE.

TESTIMONIOS

Caracas: 24 de marzo de 1924.

Señor doctor José Manuel Núñez Ponte.

Presente.

Muy estimado amigo:

He leído con interés su *Estudio Crítico-biográfico del Dr. José Gregorio Hernández*, digno por muchas razones de aparecer entre las buenas *Biografías* conocidas de personas ilustres.

Analiza y metodiza usted su interesante descripción en estilo clásico y elegante, prestando un gran recurso a la historia contemporánea y a la educación del verdadero civismo, cuya severidad debe inspirarse en la vida admirable del Doctor Hernández.

Hoy, que encuentra tantos obstáculos la práctica de la virtud cristiana, sobre todo en ciertas profesiones de difícil y delicado cumplimiento; cuando la verdad religiosa es atacada con sátiras y mentiras, la juventud encontrará en la conducta ejemplar del Eminente Médico, fuerzas y estímulos para la práctica del bien, y armas de buen temple para batallar y salir victoriosa en las luchas de la vida.

La Iglesia Católica es la única que puede formar hombres de la talla del Doctor Hernández, y muestra particular interés en que modelos como éste, sean conocidos y estudiados por los fieles.

Así, pues, no vacilo en prestar a su Obra todo el apoyo de mi pastoral solicitud. Haya para ella la más extensa circulación, sirva de estímulo a muchos, y vea la juventud en el Dr. Hernández el modelo que debe imitar, en quien se unieron la virtud y la ciencia con lazada verdaderamente admirable.

No solamente lo felicito, apreciado doctor y amigo, sino que al aprobar y recomendar su Obra, le imparto gustosamente mi pastoral bendición.

Soy su afectísimo amigo,

† FELIPE
Arzobispo de Caracas.

Vida del Dr. José Gregorio Hernández

La copia de los originales de la Vida del Doctor José Gregorio Hernández, escrita por el Doctor J. M. Núñez Ponte, y que este buen amigo tuvo la bondad de enviarme antes de su publicación, ha sido para mí motivo de especial gratitud, y fuente de purísimas satisfacciones. No quise leerla solo, porque esto me pareció egoísmo, convencido como estaba de las buenas impresiones que tal lectura llevaría a mi alma; y por eso determiné compartirlas con los Rectores del Seminario, amenizando así algunos ratos de solaz, que juntos hemos pasado al declinar el día.

No me había equivocado: unánime fué nuestra opinión de que este libro era necesario, y de que, para darle vida, se necesitaba la pluma de Núñez Ponte. Hombres como el Dr. Hernández deben ser conocidos de todo el mundo, y no sólo del reducido espacio de tierra donde pasaron su existencia. Y acá mismo, ¿quién conoció, quién conoció bien, a Hernández? Unos sabían de él que era un gran Médico, teórico y práctico, que hacía tan buena figura en la Cátedra de la Universidad y en el Laboratorio, como en el aposento del enfermo; otros, que habían leído sus obras, sabían que era un filósofo cristiano, y que poseía extensos conocimientos en ciencias y artes; otros, que le conocían más de cerca, publicaban sus beneficios derramados a manos llenas, y no como efecto de simple filantropía o de beneficencia, sino como caridad que extraía del Corazón de Dios, en sus íntimas comunicaciones con El, para derramarla en los corazones de los hombres.

... Y todavía, eran muy pocos los que conocían a fondo el alma del Dr. José Gregorio Hernández. Uno de estos pocos es el doctor José Manuel Núñez Ponte; y por eso dije que la pluma de éste se necesitaba para dar vida al libro que contuviera la historia de aquél.

Los que lean esta obra no podrán menos de estar de acuerdo con nosotros cuando vean allí confundido en una misma persona al sabio médico y al perfecto cristiano; al eminente biólogo que pasa largas horas en el laboratorio, y al correcto asceta que pasa otras tantas en la penumbra del santuario; al

hombre de sociedad, que no desdeña solicitar y dejar a los suyos las pruebas de su nobleza de abolengo, y al humildísimo varón que dispone sepultar todas sus glorias en la oscuridad de una Cartuja. . . .

Y, ya que he estampado aquí este nombre, diré para terminar, que en ese libro se verá también cómo el Dr. Hernández fué grande, (y aun diría digno de elogios) hasta en el error de que se dejó llevar, con doble reincidencia, cuando se creyó llamado a la vida monacal; y del que Dios le curó definitivamente, con las trabas más inesperadas que le puso, como diciéndole: En el mundo es donde te necesito, las contrariedades que allí experimentará tu alma, lejos de perjudicarla, no harán sino darle el más alto temple, como al legítimo acero encendido, el baño de agua fría.

Con la feliz realización de esta prueba termina el Dr. Núñez Ponte la Historia del Doctor José Gregorio Hernández, añadiendo las lágrimas de todo un pueblo, como tributo a la muerte; y el sinnúmero de alabanzas después de ésta, como emblema de la vida perdurable de aquel hombre justo.

Mérida, 7 de marzo de 1924.

† ANTONIO RAMON
Arzobispo de Mérida.

Caracas: 16 de noviembre de 1923.

Señor Dr. J. M. Núñez Ponte, Director del "Colegio Sucre",
etc., etc.

Pte.

Estimado doctor y amigo:

Con sumo placer he leído la biografía del doctor José Gregorio Hernández, bellamente escrita por usted, y que me atrevo a llamar también "obra de fe, de patriotismo y de bien".

La lectura de esas páginas, escritas con piadosa intención y sana crítica, ha prendido en mi corazón la llama del optimismo y del entusiasmo, porque en esta época de negaciones y reticencias en cuestiones de fe y de religión, la vida del doctor Hernández, su doctrina, carácter y piedad son un argumento poderoso para demostrar la perfecta armonía entre la razón y la fe, entre las doctrinas científicas más avanzadas, y los principios inmutables, eternos del dogma católico. Los trabajos literarios y científicos del doctor Hernández confirman las palabras de Zahm: "nada pierde la intelectualidad con la fe, ni con las obras más fervorosas de la piedad cristiana".

Creo firmemente que la lectura de la *Vida* del doctor Hernández, y la consideración de sus altos ejemplos de santidad, de sabiduría y de civismo, han de ser muy provechosas para toda clase de personas, y en especial para la inteligente y gallarda juventud de nuestra Patria.

Como trujillano, tengo motivos singulares para felicitarlo por su hermosa obra, que levanta al lado de Cristóbal Mendoza, del Padre Rosario y de Ricardo Labastida, la figura conspicua, espiritual y brillante del doctor José Gregorio Hernández.

Como siempre quedo de usted, señor doctor, afmo. amigo y capellán,

† MIGUEL ANTONIO

Obispo de Guayana.

Caracas: 20 de marzo de 1924.

Señor doctor J. M. Núñez Ponte, etc., etc.

S. M.

Mi distinguido y honorable amigo:

Su libro sobre la vida del doctor Hernández, cuya interesantísima lectura se dignó usted encomendarme, a los fines de mi humildísima opinión, me ha hecho la misma impresión que su libro "La Castidad", tan eruditamente interpretado y tan sabiamente comentado por usted!

El uno y el otro me parecen dos obras sencillamente providenciales; pues que no solamente les servirán a las generaciones que nos siguen de guías muy fieles y de faros muy luminosos, en medio de los escollos y sirtes de la vida moderna, que todo lo avasalla para el sensualismo y todo lo quiere transformar en combustible para las pasiones, sino que también la "Vida del Dr. Hernández", tan brillantemente relatada y ensalzada por usted, viene a ser gema invaluable para la corona del justo y del sabio, ya que en su ilustrado biógrafo concurren muy felizmente las raras cualidades exigidas con instancia por el célebre romano, símbolo de la austeridad de las costumbres: "vir bonus dicendi peritus"

Yo le agradezco a usted profundamente el honor tan inmerecido que me ha hecho, cuando me confió la lectura de los manuscritos de su libro; y también empeñan mi gratitud las citas que aparecen en las bellas páginas de la obra, del "Elogio del Doctor José Gregorio Hernández" que se dignó encomendarme la Academia Nacional de Medicina.

Soy de usted atento amigo y admirador,

J. DE D. VILLEGAS RUIZ.

Caracas: 29 de noviembre de 1923.

Señor doctor J. M. Núñez Ponte, Director del Colegio "Sucre" y del Diario "LA RELIGION".

Presente.

Muy respetado y apreciado amigo:

Con sumo placer e interés, cual es de suponerse, han pasado nuestras almas, más bien que nuestros ojos y oídos, por sobre la notable Biografía que de nuestro amadísimo deudo, el extinto doctor José Gregorio Hernández, dará usted en breve a la luz pública, y cuya lectura sabemos apreciar como un obsequio de su fina amistad.

Es ella una exposición brillante, documentada y completa, de aquella vida dedicada por entero a las prácticas del Bien, a los sinsabores de la Enseñanza, a las arduas y complejas funciones de un Apostolado que era la satisfacción y el gozo de su familia, pues su mérito edificante residía en el cumplimiento inflexible del deber, en una adhesión sin reserva a los dictados del honor y en la humilde realización cotidiana de todas las virtudes.

"El fué de aquéllos para quienes el cristianismo no es cosa de apariencias y superficialidad", ha dicho acertadamente uno de sus más ilustres panegiristas; sino afán constante y hasta heroico por crear un ejemplo de absoluta consagración al ideal.

Nosotros tributamos gracias a Dios de haberle inspirado a usted, maestro que se ha distinguido con empeño en la educación de la juventud, la idea de exponer especialmente para los jóvenes la vida de nuestro José Gregorio, recogiendo e interpretando a tal propósito las enseñanzas de que ella abunda, enseñanzas que no son sino la expresión genuina de su amor y culto por la verdad, de su deseo nunca saciado de servirle a la Patria, y de su anhelo por que en todas las almas brillara esplendorosa la antorcha de la fe cristiana.

Usted ha pintado con exactitud aquella fisonomía moral, aquel espíritu de renunciación y de desprendimiento, aque-

lla caridad insigne, aquel conjunto de dotes, ante el cual nosotros, que le conocíamos, no podíamos menos de admirarnos, de anonadarnos, dominados por la enérgica voluntad cuya fortaleza, nobleza y bondad, hijas de la acción de la divina gracia, se nos imponían a cada instante.

Esperamos que la sociedad tan benévola e hidalga, la cual representada por todos sus organismos, tuvo para nuestro querido deudo la más honrosa y augusta sanción, conservará el recuerdo de él; y que la triple personalidad del ciudadano, del sabio y del apóstol, vigorosamente esculpida ahora en el mármol del estilo de usted, servirá para atraer hacia la senda del Bien a muchas generaciones venezolanas.

Su hermoso trabajo, que constituye una rica prenda para el acervo de las letras patrias, deja obligado a perpetuidad nuestro reconocimiento, y en nombre de los manes de José Gregorio Hernández y de toda la familia, rendimos a usted el más amplio y cordial testimonio de gratitud.

Somos de usted afectísimos seguros servidores y amigos,

César Hernández C., J. B. Hernández, Temístocles Carvallo, F. Sálvano Briceño, Temístocles Carvallo H., Inocente Carvallo, Benjamín Hernández, Alfredo Hernández, Ernesto Hernández.

CAPITULO I

Orígenes.—Niñez.—Bases de cristiana educación.—Primeros estudios.—En el Colegio Villegas.—Las vislumbres de un carácter.

Fué Isnotú, hoy Municipio Libertad, del Distrito Betijoque, en el Estado Trujillo, dijérase un rincón humilde, sin nombre, aunque letificante y ameno, de los Andes, el lugar escogido por la Providencia para cuna del niño JOSÉ GREGORIO, quien adscrito a un gran destino en su Patria, esclarecería con resplandor de gloria, el corto horizonte de su ignorado terruño.

JOSÉ GREGORIO, primogénito del venturado matrimonio de Benigno Hernández Manzaneda y Josefa Antonia Cisneros y Mansilla, vió allí la luz el 26 de octubre del célebre año 1864. Con autorización del venerable párroco de Escutque, Maestro don Zoilo Troconis, y licencia del de la villa de Betijoque, fué bautizado en el templo del Santísimo Nombre de Jesús de aquella ciudad, el 30 de enero de 1865 por el Pbro. Sinforiano Briceño, valiéndole de padrinos los muy cristianos señores don Tomás Lobo y doña Perpetua Enríquez. Más tarde, por diciembre de 1867, durante una visita

pastoral a aquel cantón, recibió el sacramento de la confirmación de manos del reverendísimo Obispo de Mérida, doctor Juan Hilario Boset; ceremonia en que estuvo apadrinado por el Pbro. Francisco de Paula Moreno.

La Casa de los Hernández, de rancia alcurnia y larga genealogía, procedente de los viejos y linajudos solares cantábricos, de aquellos señoríos e infanzonazgos que en lo antiguo dieron tantos próceres y brillo tanto a la historia montañesa, y luégo después a otras regiones de la Monarquía, envió a Venezuela, por los comienzos del segundo tercio del siglo XVIII, bajo la gobernación en Caracas de un su notable miembro:—don Ruy Hernández,—una de sus ramas, no la menos ilustre y valedera, la de los Hernández de Yanguas, la cual a poco echó raíces, devino florentísima y cuajó ricos frutos en la ciudad de Boconó. Al recorrer los claros y memorables verjeles de aquel plantío nobiliario, es grato encontrar, cual retoños de energía, repetidos y dignificados, nombres que son de tradición y símbolo en su seno: José Gregorio, César, Benigno, Benjamín; así como también aspirar el blando aroma de místicos efluvios de que algunas de sus mujeres embalsamaron los claustros, dejándolos impregnados con fina esencia de santidad.

La infancia de HERNÁNDEZ crece y se desarrolla en fe y en piedad, al frescor de ese ambiente sano, belemítico, favorecido de atrás por tantos dones, saturado del bendito amor y temor de Dios, como semilla de gran precio depositada en terreno apto y fértil, que presto adquiere considerable poder germinativo y fecundo. Arrullándole en su cálido regazo de mujer fuerte, la amante madre muestra a su Gregorio el cielo y comienza a darle elevación a su mente: el hijo, por su parte, busca en la mansión divina las fragancias que exhalará su alma, y muy bien podría decir luégo:—Mi madre que me amaba, desde la cuna me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios y me puso por guía la santa caridad!

Su espíritu curioso, despierto, pensador, ordenado; su corazón expedito de temprano para el bien, pronto a la obediencia, compasivo y generoso; su pudor angelical, bañado por un como rocío celeste; sus mismos juegos inocentes y ge-

niales; su psicología entera, revelando adelantadas dotes, propicias al trabajo intelectual y a la práctica de la virtud, presagiaba las más risueñas esperanzas a sus padres y parientes. Muerta su madre (1) y habiendo recibido en la casa según era costumbre la instrucción básica del catecismo, la lectura, la historia sagrada, rudimentos de lenguaje y de números, y como frisase ya a los nueve años, fué matriculado en la única escuela privada existente en el lugar. Era el maestro el señor Pedro Celestino Sánchez, antes marino de profesión, hombre de instrucción no escasa, y si trastornado en ideas, harto afecto a los niños, de buena habilidad y experiencia en la lectura de los cursos primarios, muy conocido y estimado por toda la comarca trujillana y, además, varón de sacrificios en el ramo, como quiera estuviese figurando en el arte del preceptorado por puro amor, por la sola pasión laudable de enseñar.

El maestro Sánchez supo modelar la mente del niño, que se ofrecía dúctil a su manejo, y cuando a vuelta de algunos años hubo agotado su repertorio pedagógico, una vez transmitióle cuanto era su caudal, cuando encontró al aspirante suficientemente abastecido y que sabía tanto como él, honradamente manifestó al padre que no poseía otras materias de que instruirle, y le recomendaba aprovechar tan bellas y lucidas aptitudes en estudios superiores, porque indudablemente aquel

(1) El deceso de la señora Hernández fué el 29 de agosto de 1872, en su robusta edad, cuando prometía días de dicha a su familia. Dama afortunada y feliz, en su línea lejana se encuentra el nombre del insigne Arzobispo de Toledo, Regente de Castilla, una de las más excelsas figuras de la historia de España, el Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros; rica de primores en lo físico, más aún en lo moral; aleccionada en la doctrina de San Pablo: *omnia vestra in charitate fiant*, empleaba sus economías, sus desvelos e influencias en pro del menesteroso, en ayuda del pueblo, por lo cual su prematura muerte fué llorada por aquellas tierras como se llora a un bienhechor. De su piedad y religioso fervor quedaron memorias en el templo de su parroquia, en donde los ornamentos sacerdotales y las ropas de los altares eran obra de sus manos. De una sentidísima necrología, impresa en Betijoque y firmada por los señores F. de P. Moreno, Miguel A. Castro y Jesús María Peña, copiamos el siguiente expresivo párrafo, como relieve de la dulce caridad de tan digna matrona, anticipo de la inagotable de su ilustre hijo: "Por doquiera se oyen los gemidos de un pueblo afligido que rodea su cadáver pagando un tributo de gratitud: el uno lamenta la pérdida de su consoladora; el otro llora sin consuelo a su medianera; el huérfano expresa su dolor en el fallecimiento de su protectora; la viuda ha perdido el asilo de su necesidad; el pobre, la que socorria su miseria. El enfermo y paciente postrado en su lecho no verá ya a su cabecera aquella mujer caritativa que aliviaba su dolencia, y encarecía su sufrimiento para inclinar en su auxilio a los profesores y curiosos... y todos gimen..."

niño era nacido para la Ciencia y las Letras, y rendiría opimo y pingüe granjeo en la heredad del saber.

El maestro es de ordinario un redentor y un vidente; y las más veces débensele a él, no sólo las luces primeras que alumbran hasta muy lejos el camino de la vida, sino la fructescencia y el éxito cumplido del talento, la fijación de los rumbos ciertos por donde se ha de enderezar el espíritu para lograr los fines de la vocación personal, y lo que es más, el futuro provecho y gloria de la comunidad, cuando, adivinando en el joven la eficiencia de una promesa, con el instinto superior y propulsivo del bien lo arranca del regazo familiar, no sin dolor mas con seguro criterio, y lo hace enviar a un centro adecuado donde cultive, donde salve sus facultades y se aperciba a la misión para que sea predestinado. No es vanidad ni necio alarde, antes sí orgullo muy puesto en orden, por cuanto le dilata el corazón al amor patrio, la satisfacción con que el maestro que hace de su profesión un sacerdocio, contempla el elevamiento de uno, de diez, de cien discípulos, mientras él, *ignotus miles*, permanece en la tranquila pero noble penumbra de su posición y continúa impávido, sin desmayar, su tarea incomparable, generadora y ductriz de hombres.

Qué gozos, qué méritos no habrían lisonjeado al maestro Sánchez, si se le hubiese concedido la fortuna de admirar el grosor y gigantesca majestad de aquel cedrito, que él había regado y abonado, y para el cual soñó quizá desde entonces la más erguida copa y frondoso ramaje, que ofrecer pudiera albergue a muchas aves, sombra a muchas almas!

Algo más de 13 años contaba HERNÁNDEZ cuando su padre, pródigo, de igual parecer que el del maestro, resolvió viniese a seguir estudios en Caracas. Por febrero de 1878, dos amigos de la familia, a la sazón diputados al Congreso, los señores generales Jesús Romero y Francisco Vásquez, se ofrecieron como conductores del adolescente, y aceptada su oferta, bajo el cuidado y recomendación de ellos, ingresó éste en calidad de interno al Colegio "Villegas", que gozaba de extensa nombradía, y a donde traía, delicada y fresca, una conciencia pura como su edad, aguijada por toda noble aspiración

y dispuesta a las emociones del estudio, cual flor mañanera al rocío de la alborada.

El doctor Guillermo Tell Villegas, antiguo rector del Colegio de Carabobo, grande y celebrada figura social y política, de notorios relevantes recaudos por su actuación humanitaria e índole cristiana en medio de nuestras contiendas, apellidado posteriormente por un magistrado el "Néstor de la República", era el muy conspicuo director de aquel instituto; quien no tardó en descubrir y apreciar las exquisitas peregrinas cualidades del nuevo alumno.

En ese solo colegio, conforme a las usanzas nada volubles de entonces, estuvo HERNÁNDEZ, y bajo la sabia tutela intelectual del doctor Villegas, hizo con singular lucimiento los cursos Preparatorio y Filosófico, hasta optar en la Universidad al primer lauro del Bachillerato por junio de 1882. Y aun después, si bien con el oficio de Vigilante, quedó viviendo y sometido en la casa.

Cuál fuese su contracción en esta segunda enseñanza, cuál su proceder y maneras, cuál su ejemplar piedad y hábitos estudiantiles, conjunto encantador que le captaba voluntades y le atrajo las simpatías y cariño de sus maestros tanto como el afecto y consideraciones de sus compañeros, bien a las claras dícelo el que, por tres consecutivas ocasiones, semejante al Doroso de d'Amicis, mereciera la más calificada distinción del colegio: la Medalla de Aplicación y Buena Conducta, gran premio de aliento y loor excelso a la virtud juvenil, que ha desaparecido, por cierto, de las consuetudes de nuestras casas educativas. Y eran ya tan sólidos los conocimientos sobre que asentaba su prestigio y tamaña su autoridad, que para ventajarse de ellos, el propio entendido director no titubeó en designarlo, mero estudiante del primer año de Filosofía, catedrático de Aritmética de una de las secciones escolares; cargo que, es fama, desempeñó con esmerada competencia y creces y como favor honrosísimo, durante su permanencia en el establecimiento.

Prolijamente aún pudiéramos disertar, a estímulo de la juventud colegial, para ponderar en justicia cuanto se nos ha referido y consta del comportamiento de HERNÁNDEZ, ya en sus clases, ya en privado; lo modelo que era en todo; su gene-

rosa gentileza y constante caridad con los menos avanzados, con los perezosos o de cortos alcances, sobre todo con los párvulos; el ajustado arreglo de su persona, su moderación y sencillez, su atenta caballerosidad y cultura, su respeto por los superiores, su irreprochable disciplina: rasgos que le hacían cada vez más estimable y loado. Muy en particular, la honorable consorte del director, doña Pepita Perozo de Villegas, tan distinguida por su inteligencia y celebrada por su trato y afabilidad, tan diligente y amorosa con los niños cual si fuera verdadera madre, quien solía acompañarse de HERNÁNDEZ a visitas, tenía para éste las delicadas deferencias y tiernas solicitudes que se merecen las ejecutorias sobresalientes de virtud, la dulzura inalterable del carácter, la atención servicial, el cumplimiento asiduo del deber, el sereno juicio y la prudencia, el candor y diáfana limpieza de costumbres, máxime en un joven que, cercado de pasiones y atractivos mundanos, sabe resistirlos y vencerlos, manteniendo su constitución moral y gobernándose a sí mismo con severa austeridad. “Cuántas cosas sorprendentes,—dice su camarada de bancos, el apreciado y culto doctor J. de D. Villegas Ruiz,—iba yo descubriendo y edificado admirando en tan insigne compañero providencialmente encontrado en el Colegio como un modelo, a la verdad muy difícil de imitar, de moral y de virtud y de estricto e inflexible cumplimiento del deber!... Y qué temple el de su carácter desde niño!...” (1) Naturaleza predilecta, hijo creciente a la manera de José, había sido decorado por Dios con escogido ingenio y buena alma, y adelantando en la bondad, se conservaba probo y sin mancilla (2), como quien penetraba desde luego el sentido y dignidad de la vida.

Talmente, bien como los irisados matices del crepúsculo, nuncios de día sereno y plácido, asoman ya en HERNÁNDEZ, paraninfos de la optimidad de su persona para la plenitud gallarda de su edad, aquel fondo de incontrastable rectitud, y espíritu de justicia, y ansia de saber, y gravedad del trabajo, y criterio práctico negado a lo quimérico, a lo ligero y

(1) *Elogio del Dr. José G. Hernández*, en la Academia Nacional de Medicina.

(2) Sap. VIII, 19 y 20.

frívolo, y la hermosa euritmia del pensar y del sentir: primicias de la formación cristiana, gajes de viril excelencia con que descollará no tarde a la vista e imitación de sus contemporáneos. Espejo de juventud, nada le falta ni en brillo, ni en tersura, ni en fineza. Aunque de exterior retraído y en apariencia frío, guarda un alma tierna, desinteresada y ardiente; y mediante la reflexión habitual, el apego firme al deber y la regularidad perseverante de la vida, llegará a apurar el acerado temple de ánimo que ha de distinguirlo. Alguien lo ha dicho: el joven que se domina y se modera, que endereza por recta sênda su conciencia, es el verdadero creador de su propio carácter.

CAPITULO II

El ambiente universitario.—Un estudiante cristiano.—Su piedad y ejemplos.—El arraigo de la Fe.—Una enfermedad.—Virtudes robustas.—Progresos intelectuales.—El grado de Doctor.

Junto con las originalidades que nos son propias, poseemos los venezolanos,—para nuestro consuelo, digamos que otros pueblos también,—un fuerte espíritu de imitación; pero nos inclinamos a menudo a remedar como muchachos los defectos más que las calidades meritorias de los extraños. Así, por ejemplo, aquí se admira exageradamente, sin reserva, a los Estados Unidos de Norte América, se encarece la intensidad exorbitante de su progreso, la corriente febril de su dinero y sus negocios, hasta se ha tomado de su constitución doméstica y de sus modos de ser sociales, cosas que realmente son incompatibles con lo nuestro; y por lo contrario, harto poco o nada se ha tratado de adaptar a nuestros hábitos de aquellas que podríamos decir cuatro virtudes fundamentales de su vida y espíritu público, a saber: el amor al trabajo, el culto de la paz, el respeto por la ley y la serenidad política, condiciones inquebrantables con las cuales ha llegado ese gran pue-

blo a fundar y establecer su nacionalidad robusta y poderosa, pacientemente, en completa calma, sin disturbios, logrando para muchos años, con una estable riqueza y una firme prosperidad, cierta supremacía mundial bien asentada.

Asimismo, hemos sido afectos sobremanera por la Francia; sin embargo, con poseer ella elementos tan ricos y magníficos, con sacarlos de sí generosa y largamente para beneficiar al mundo, en medio de nuestro buen amor a esa nación gloriosísima, primogénita del Cristianismo, emblema de cultura, país clásico del ingenio y de la gracia, de la cortesanía y del talento, de las más sugerentes emociones y hasta de las prerrogativas de la santidad, nos empeñamos a tomar, a copiarle mucho, muchísimo, de lo malo que impera en la minoría de su gente. Valgan, entre otras cosas, los aires de incredulidad, de impiedad, o cuando menos de indiferencia, que envenenaron en su origen a nuestras instituciones, y después peculiarmente los recintos del saber. Los jóvenes que iban a buscar luz en aquel emporio tan justamente apellidado cerebro del universo, (1) volvían cambiados de redondo en su fe, con tinieblas en la mente, perdida la fijeza de sus principios; renegando de Dios, como si la acción y providencia suya estuviese demás en las gestiones de la ciencia, en el rodar de la vida, en el movimiento de la historia. El librepensamiento y las teorías positivistas vinieron a ser como signos del tiempo en la mesnada estudiantil, o más bien moda petulante y alardosa, que daba pábulo al orgullo y a la vanidad. Las familias temblaban por las creencias, por el alma de sus hijos, sin poder arreglárselas, cuando éstos tenían por fuerza de acudir a las aulas universitarias. Ciertas cátedras, en especial de Medicina y de Ciencias Naturales, se habían tornado púlpitos arrogantes de doctrinas sectarias, produciendo un grave desasosiego mental; y los profesores, que llevaban en los labios el veneno de las víboras, *venenum aspidum sub labiis* (2), como declara el Salmista, saliéndose del círculo de sus deberes, violando el

(1) Era entonces la costumbre ir a París en solicitud de perfeccionar los estudios superiores. Pero lo que decimos del cambio y de la apostasia de los jóvenes, aconteció también posteriormente cuando otros se dirigieron a centros distintos, de Norte América, de Inglaterra, Italia y Alemania.

(2) Salmo XIII, 3.

sagrado de las ideas y torciéndoles el recto oriente a las inteligencias, se hicieron demagogos y sofistas agresivos en daño de la conciencia de los estudiantes, en daño de la armonía y felicidad de los hogares, en daño de la paz misma de la sociedad. En nombre de la razón científica, qué decimos! del fanatismo científico que es la ciencia sin Dios, no sólo se atacaba sino se hacía burla a la fe religiosa, a las enseñanzas de la Biblia, que se presumían en abierta oposición con los postulados y conquistas del genio moderno considerándolas meras fábulas y mitos; y si hubo vez que algún estudiante osado, movido por los restos sobrevivientes de su religión, saliese por los fueros católicos, pagaba caro la audacia, porque el maestro *le ponía la vista* y sus compañeros, de buenas a primeras, le motejaban de *místico* y *beato*.

Muy lejos estamos de achacar culpa alguna a la juventud de la época en una situación de que no era responsable, pues no se la había educado, no se la había preparado para semejante coyuntura, de la cual eran recién dueños los directores del movimiento intelectual. Empero, es preciso convenir que se requería una gran dosis de instrucción religiosa para no contagiarse de aquella atmósfera deletérea, antes bien para resistir con firmeza las acometidas a la fe, "fundamento y sustancia de nuestras esperanzas eternas", llámala el Apóstol (1); necesitábase gran claridad de conciencia y dominio de sí para, manteniendo incorruptas las creencias, como una torre inexpugnable, ante las "profanas novedades y oposiciones de la mal titulada ciencia" (2), ante los aparentes triunfos de la razón mal informada e infatuada, no asentir a prejuicios o errores tan generalizados y comunes; era menester gran fortaleza e independencia de carácter para sostener la conducta en armonía con las convicciones y singlando contra viento y marea, como barco bien blindado, por aquel piélago de burlas y de sátiras, salir airoso a la orilla cantando victoria.

Cuanto hemos frecuentado la Universidad sabemos las capitulaciones de conciencia a que se halla expuesto un joven frente a los espíritus fuertes que allí abundan, los cuales, co-

(1) Epíst. a los Hebreos, XI, 1.

(2) Epíst. I a Timot, VI, 20.

mo dice Gillet, son llamados así por ironía, ya que a menudo no tienen ni fuerza ni espíritu; pues la fuerza la derivan de la pusilanimidad de aquéllos a quienes dominan, y el espíritu, el talento, de la cobardía de aquéllos de quienes se burlan. (1). Obsérvese, piensa más o menos el mismo autor, la facilidad con que mozos de fe poco profunda, de costumbres livianas, mas de sonoro metal de voz, de gestos brutales, supeditan a pobres jóvenes tímidos, notables quizá en el punto de vista intelectual y moral, pero que no gustan de ser señalados y a quienes un reparo en público, aun cuando no tenga razón de ser, una simple sonrisa, siquiera un movimiento de hombros, hacen retroceder de espanto: jóvenes creyentes y virtuosos que por falsa vergüenza, por respeto humano, como se dice, dejan de serlo, para que no se diga ni se repita que lo son. Al juntarse en grupo, al mezclarse, por cierta como ley misteriosa de endósmosis, diríase que se efectúa entre unos y otros un cambio de mediocridad. Parece como si cada cual, subiendo un momento de las profundidades de su alma a su propia superficie, se hiciera capaz de todas las claudicaciones y de todas las tonterías. Entonces se burlan entre sí de las cosas que más respetan: la religión, la autoridad, las costumbres, el honor mismo, sin calcular las consecuencias de sus faramallas. Debieran agruparse para multiplicar sus fuerzas y lo hacen para poner más a la luz sus debilidades. Debe-

(1) No será por demás recordar aquí lo acontecido a bordo del vapor *Lafayette*, por octubre de 1882, con motivo de una horrorosa tempestad en que peligró la gran nave trasatlántica, para que se vea cómo son más bien niñerías los argumentos de nuestros jóvenes universitarios contra la religión. Casi todos, tarde o temprano, vuelven a la fe de sus madres, y no sólo ellos sino sus mismos maestros, siguiendo el ejemplo de un Littré, de un Claudio Bernard: así, muy reciente y consolador, el del sabio doctor Rafael Villavicencio, quien en su lecho de enfermo se abrazaba a la imagen de la Virgen y la besaba con exclamaciones tiernas y conmovedoras; y así tenemos la esperanza de que otros lo harán igual, para quienes la gracia está dispuesta y la intercesión de HERNÁNDEZ no cesará. La referencia del caso la tomamos de la obra *Trinidad, Journal d'un missionnaire dominicain*, etc., por el R. P. M. Bertrand Cothonay, que fué conocido en Caracas y había sido testigo presencial del hecho. "A bordo, dice el autor, teníamos varios incrédulos o espíritus fuertes; pero, yo puedo afirmarlo, no han sido fuertes ante la tempestad: la desesperación y el más indecible terror se pintaban en sus rostros. En particular, algunos jóvenes venezolanos, que volvían de las Universidades de Francia o de Alemania, se habían burlado de nosotros durante la travesía, y nos habían declarado solemnemente que no creían en Dios. Pues bien, a la hora del peligro, agrupados a nuestro rededor, hacían grandes signos de cruz, recitando en alta voz actos de contrición y agregando de trecho en trecho: *Oh, María Santísima!* Y nos suplicaban que no nos alejáramos, a fin de que les diésemos la absolución, cuando toda esperanza estuviese perdida!"

rían unirse para procurar que los débiles se apoyasen en los ejemplos de los fuertes, y los fuertes se rebajan al nivel de los débiles. El respeto humano social mata en ellos la conciencia individual. Pierden su personalidad y se convierten en máquinas al hacerse multitud.

Jóvenes: HERNÁNDEZ os enseña a ser hombres de conciencia; a respetar las convicciones e inspiraros en las exigencias superiores del deber y no en las insulsas opiniones ajenas; a imponeros a las circunstancias de tiempo, de espacio, de medio, y a no dejaros avasallar por ellas; a seguir derecho vuestro camino de estudiantes cristianos y no estar como veletas a merced de cualquier viento; a fijaros, ante todas cosas, por Dios y por la Patria, esta augusta consigna: EL DEBER! Recoged sus enseñanzas.

Tenéis ahí uno de los méritos indiscutibles de JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, la primer prenda de valor que le adorna al empezar su curso de Medicina, en el difícil, ingrato, y para muchos frívolo período de los 18 a los 20, 22 ó 25 años.

La recia educación cristiana de la casa, el máspreciado blasón del viejo hogar castellano, y los austeros principios morales de sus primeros maestros, fueron la base de los extensos y bien solidados conocimientos que, con el fin de abarcar, de transustanciarse intelectualmente el objeto de la fe, llegó a adquirir por largo estudio en punto a apologética, como un arsenal de pertrechos para contrarrestar la invasión del error y la pseudo suficiencia de la erudición atea. La clarividencia del espíritu, que se ensanchaba día tras día, le venía de la seria meditación y reflexión infatigable sobre las verdades y misterios de la fe, necesidad moral cuya satisfacción constituye un poder que acarrea, dice De Gérando, mucha lumbre y crecimiento intelectual. La energía del alma para sobreponerse a las ajenas flaquezas, para evitar discusiones enojosas, para prescindir de los ordinarios sinsabores y dominar los disgustos con una suave sonrisa, haciendo callar con todo las audacias adversas, era hija de la oración constante, de la unión con Dios y del hábito de su santa presencia, de la savia jugosa que tomaba en la participación repetida de los sacramentos, la

cual comunica al alma un encendimiento de amor y vigor sobrenatural que la desprende y la suspende muy por encima de las mezquindades y miserias terrenales. Por algo dijo en una ocasión Barrés: "La Eucaristía es eficaz".

Tal era el estudiante siempre idéntico a sí mismo, consciente de su propia educación como de su personalidad, nuevo Ozanam que no se dejaba aturdir por el estruendo de las opiniones que le rodeaban; lleno de respeto y miramientos para con todos sus maestros, mas sin hacer caso de los yerros engañosos de algunos, conforme al consejo del Proverbio: *ne acquiescas eis* (1); abundado de caridad, de cortesía y complacencias para sus condiscípulos, a quienes, por un como ascendiente incontrastable, se imponía ya, acostumbrándoles a no excederse y a quererle; el estudiante que sabía cumplir a maravilla sus obligaciones, intensificando sus esfuerzos; para quien eran cosa normal la vida de piedad, los ejemplos de virtud, la hidalguía de los sentimientos, del modo mismo que la consagración al libro, que la atención a la clase, que el cuidado al enfermo, que el trabajo del hospital; el estudiante capaz para distribuir eficazmente el tiempo, atento a su fe, sin regatearle a Dios ni tampoco ofrecerle desperdicios, y dedicando la porción justa y necesaria a los reclamos de sus cursos; el estudiante que veía en el estudio la disciplina formal de su inteligencia, y algo más: su deber de estado, y lo cumplía con espíritu de fe, con voluntad y amor, como necesidad de su vocación, necesidad dulcemente tiránica a la cual era necesario dulcemente también acomodarse; el estudiante que se formaba así, rígidamente, en la estrecha guarda del deber, en coloquios sin término con la sabiduría, levantando piedra a piedra los cimientos de su porvenir y renunciando, si cabe ya decirlo, al que algún día con sus ideas católicas, con sus títulos morales, vendrá a culminar como subida autoridad, como embajador significado del Poder de la Ciencia entre sus comprefesores.

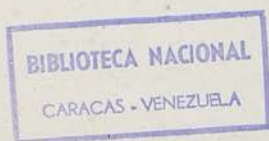
En una palabra: el buen estudiante, sin la mínima hipérbole, sobresaliente en grado máximo, cuya actividad, cuyo alcance, cuyos progresos no se podía menos de reconocer y de

(1) Proverb. I, 10.

aplaudir. Sus concursantes no le miraban ya con prevención ni sorna, más bien le respetaban, no atreviéndose a referir delante de él sus andanzas y desvíos ni a pronunciar palabras descompuestas, y le buscaban para estudiar en su compañía. Sus exámenes los pasaba en la más gallarda aunque modesta apostura, y merced a su intensa y seguida labor, de ésas que a la verdad queman pestañas, siempre reportaba, junto con la admiración de grandes y menores, las calificaciones más altas. Sus catedráticos y otros doctores de notable fama: Elías Rodríguez, José de Briceño, Calixto González, Adolfo Frydensberg, José Manuel de los Ríos, Alejandro Frías Sucre, Nicanor Guardia, Juan Manuel Velázquez Level, José Ignacio Cardozo, Guillermo Morales, Antonio José Villegas, etc., que le iban conociendo, le veían con interés, hasta con orgullo, le sonreían con sus elogios, le impartían los más halagadores alientos, como Chateaubriand y Lamartine al joven Ozanam, y le pronosticaban un luminoso futuro, sin adivinar tal vez por increíble, la alzada cima adonde había de remontarse.

Mediando el año tercero del curso, cayó HERNÁNDEZ tan gravemente enfermo, que se llegó a temer por su vida. Al rededor de un mes, la fiebre tifoidea, flagelo de nuestras juventudes, le tuvo postrado de modo acerbo. Tres médicos eminentes, los doctores José Manuel de los Ríos, Antonio José Villegas y Guillermo Morales, le disputaron a la muerte con ardor y le arrebataron la valiosa presa, imponiéndose el espontáneo deber de asistirle, lo cual hacían paternalmente en doble consulta diaria. Por su parte, los condiscípulos no permanecieron a la zaga, pues alternando cuatro de ellos cada día, le ayudaron con fraternos desvelos al lado de su lecho, durante la penosa enfermedad. Y fueron también muchos los caballeros y familias que en Caracas se interesaron por su salud, pues ya era él muy querido en nuestros centros sociales; distinguiéndose el bien recordado historiógrafo don Ramón Azpúrua, quien diariamente iba en persona, como a pulsar por sí mismo el estado del estimable paciente.

En esta coyuntura, crisol de donde había de salir como oro depurado, la conducta cristiana de HERNÁNDEZ resplandeció igualmente por lo valerosa, edificante y ejemplar.



Con entereza de ánimo soportaba la molesta dolencia, someténdose sin chistar a las prescripciones facultativas; y a su propia petición, el Pbro. Dr. Juan B. Castro, su director de conciencia, y para entonces Rector de la Escuela Episcopal, le administró los santos sacramentos, que él recibió con muestras de piadosa unción y fervor, disponiéndose resignado a morir si ello era la voluntad de Dios.

El recuerdo de estos cariños, de esta atención médica y espiritual, mayormente apreciados por hallarse él lejos de los suyos, se mantuvo siempre vivo como una llama, en el corazón agradecido del doctor HERNÁNDEZ.

Tras ligera convalecencia, como si tuviese en nada el debilitamiento cerebral y demás estragos, ordinarias secuelas de la terrible enfermedad, el joven reanudó con el mismo o mayor brío los estudios, con la misma exactitud concurriendo a las clases, a las que se dice no faltaba por ningún motivo, ni por fiestas improvisas, ni por caso de lluvia, ni aun por quebrantos de salud. Hízose prestigiosa y proverbial entre el grupo universitario, esa puntualidad suya, tanto como la magnitud de su talento, la progresión creciente de su saber y la excelencia manifiesta de su intachable conducta.

Entre las partes morales superiores que figuran ya con cierto nimbo de distinción en la vida del estudiante, y que harán luégo de la persona del doctor HERNÁNDEZ una excepcionalidad típica, causa de asombro que muchos no se sabrán explicar, hállanse estas virtudes que queremos comenzar a explanar ahora: su íntegra honestidad, su espíritu de mortificación, y como corolario su finura de conciencia.

Es muy común ver borrarse el brillo de una inteligencia merced al sensualismo juvenil, a la preponderancia de la materia, a la primacía de los placeres de la carne. Paulatinamente se van apagando los rútilos fulgores de cerebros jóvenes, que enantes fueran promesas, por la irrupción de la concupiscencia: *Venus furatur intellectum*. Llega de su provincia un apuesto mancebo, y luégo al punto es atraído por infinidad de falaces incentivos, pérfidas voces de sirena, que por sobre todas cosas tienden peligros a la probidad y pureza de sus costumbres. Si no tiene muy firmes su fe y sus virtudes,

sucumbe y se malogra a los primeros impulsos de la pasión voluptuosa. Desgraciadamente, nuestros jóvenes, ni muy religiosos ni muy fornidos de alma ni de cuerpo, se dejan llevar y seducir por amigos, por espectáculos, por libros perversos, por tantas otras circunstancias y emociones de novedad, que les distraen bastante lejos de los nobles fines de su carrera, les perturban y trastornan la clareza de su porvenir. Envueltos a poco en la ola nefanda del placer, no saben cómo resurgir a flote. "Los que abandonan a Dios serán confundidos" (1), ha dicho un profeta; pero "para los que confían en El, dijo otro, no hay confusión posible" (2).

Por estos particulares, la vida de HERNÁNDEZ era como un cristal límpido y luciente; libro abierto en que podían leer todos, y sus ejemplos tocaban al fondo de los corazones. Nada era bastante a disiparle, a divertirle de la línea que se había trazado de antemano. Ni había quien no conociese la derechura estricta y resuelta de su conciencia, como la insigne pureza y castidad que le señalaba ya acaso entre algunos como piedra de contradicción. Esa limpieza de corazón que conduce desde aquí abajo a la visión de Dios, centro de nuestra felicidad, que nos mantiene a sus ojos, es para el alma manantial inagotable de toda luz, de toda piedad, de toda fortaleza, de toda alegría, de toda consolación; y el espíritu se alza, se embellece, se acrecienta con esa característica que es el primer eslabón del perfeccionamiento humano, el dón primero de la vida sobrenatural. Por eso era HERNÁNDEZ tan superior de espíritu, porque disfrutaba de tales cualidades en un grado elevadísimo y perenne, sostenido por los dulces y soberanos efluvios de la gracia. Mediante esta influencia es como se explica y se puede estimar la energía invalorable de aquellas almas que se encumbran en la virtud y subliman su existencia, sintiéndose constituídas en uno como goce inefable, infinito, del amor divino.

En semejante altura el alma no necesita sino de Dios; en El se gloria y por El sufre; a El refiere sus triunfos y sus júbilos; por El renuncia los bienes y satisfacciones. No pocas

(1) Jeremías, XVII, 13.

(2) Daniel, III, 40.

veces el joven estudiante es solicitado por entretenimientos, diversiones, tertulias, bailes y otras pruebas proporcionadas a su edad y condición, a su decoro y representación social. Acaso guste con delicia de esas expansiones del ánimo, que no son por sí mismas prohibidas; pero por cuanto en ellas se aventura, sí es prudente mirarlas con recelo y desconfianza, según San Francisco de Sales, quien las comparaba con la comida arriesgada y peligrosa de hongos. La moral católica, que no es doctrina de mutilación ni de nimios escrúpulos, no rechaza esas reuniones, esos festejos, que al fin vienen siendo socios y conciertos de voluntades; como no condena el lujo ni las modas, sino de acuerdo a la razón y al sentido común, las demasías pecaminosas del uno y las indecencias e immoralidades de las otras. Con tal que no se perjudique la vida interior, que se tenga a Dios presente, que los espectáculos de fuera no eclipsen el sol del alma, no existe peligro en las alegrías del mundo. Se vive en el mundo, se le utiliza, al decir de San Pablo, como si no se viviese en él, como si no se le utilizase (1); sin sacrificarle lo que vale más, y sin que él impida la ascensión hasta el Bien Supremo de la unidad con Dios. Y tal vez la presencia de un sér de cierta jerarquía sea motivo de inducción al bien, causa de edificación, en esas concurrencias al parecer inútiles o indiferentes, pero que no dejan de tener su importancia moral.

Es lo cierto que HERNÁNDEZ aparecía algo aficionado al baile y a otras recreaciones y pasatiempos, y en veces acudía junto con varios compañeros a algunos hogares de su intimidad para procurar huelga al ánimo cansado del trabajo. Empero, aquella alma fuerte y tan equilibrada, no se apegaba a tales atractivos por mucho que fuesen legítimos e inocentes. Por virtud de penitencia y de renunciación sabía apartarlos, sabía negárselos, pues, ávido sólo de Dios, no se dejaba avasallar por seducciones ni pábulos ni intereses terrenos. En presencia de los pequeños placeres que, ciertamente, le conquistaban favores sociales, para afirmar su hombría, estaba dispuesto a sacudir hasta el yugo de esos ligeros alicientes, haciendo dejación de tan razonables regocijos. Nueva prueba de su

(1) I Ad Corinth. VII, 31.

grande espíritu, del espíritu intrépido consigo en primer término, satisfecho de que la valentía humana, según apunta Salomón, está principalmente en vencerse a sí mismo subyugando las propias pasiones. Y esos sacrificios que podemos decir de cuantía menor, van apercibiendo y habituando las almas para inmoluciones de otro orden, a que se vincula la augusta sublimidad de la vida.

Y cuanto era de recio consigo propio, éralo de piadoso y benévolo hacia los demás, de suerte que su extremada delicadeza de conciencia le hacía inquietarse por las faltas más ligeras contra la caridad. Un sacerdote amigo nos ha referido que cierta ocasión le encontró camino de su confesor para consultarle si se pecaría oyendo no más una conversación adversa al prójimo, aun cuando no se la hubiese provocado. Tenía por regla invariable de conducta no hablar sino lo indispensable; y la dulzura de su carácter y lo suave de su trato no dejó de ser interpretado alguna vez de manera denigrante y vergonzosa. Pero él imitaba a Francisco de Sales, el más acabado modelo de mansedumbre después de Nuestro Señor, según San Vicente de Paúl, y que estuvo bajo el peso de una calumnia durante siete años. Dios prueba a los suyos en distintas formas: con las enfermedades, las angustias, las ignominias, la pobreza, las persecuciones, los desalientos, las tentaciones, que si a menudo son terribles, son sin embargo acicates para el amor. Ciertamente, es sabroso tener alguna pena que ofrecer a Dios. Cómo depura el alma el sufrimiento, y la desprende de lo terrenal! Bendito Dios, que aun en los males aparentes nos ofrece los más sólidos bienes. HERNÁNDEZ era conocedor de esos recursos espirituales y sabía aprovecharlos para sí mismo.

Por aquellos días, la muerte de su hermano José Benjamín, promesa lisonjera arrebatada al amor de todos; muerte que le afectó tan dolorosamente sumiéndole en honda tristeza, le sirvió a la vez de oportuno momento para privarse en lo adelante de unos solaces que sin duda le hacían bien, mas de los que se desprendía voluntario por una consideración más elevada. Diríase que el suceso le estrujó las fibras todas de su pecho y, rompiendo lazos y nudos, dejóle más libre para recogerse dentro de sí, para despedirse del mundo y

sus falsías, y para darse a Dios con muy más puro entregamiento. Su alma, cual si se dilatara aún más, divisó horizontes llenos de luz; el intelecto se desplegó con máximo poder, y a la fuerza de un estudio todavía más ahincado, alcanzaba la comprensión rápida de todos los arduos problemas de la Ciencia.

Así compareció, a modo de caballero armado de escudo y de loriga, a la justa del examen integral para el grado de Doctor en Medicina, el cual le fué conferido solemnemente por la Universidad en medio de unánimes testimonios, el 29 de junio de 1888.

La amistad y la Ciencia se unieron al júbilo social para aclamar este simpático triunfo del propio esfuerzo, de la virtud y del saber. En el digno y relevante hogar del doctor don Aníbal Domínici, donde se distinguía y se amaba a Hernández como a hijo, celebróse aquel día una plácida y lisonjera fiesta en obsequio y agasajo del nuevo laureado, junto con la del natalicio de uno de los de la casa, Pedro César, que es hoy notable figura de la diplomacia venezolana y representante de la Patria en la República Argentina.

CAPITULO III

Harmonía de la Ciencia y la Fe.—La fundación del Hospital Vargas.—Hernández en Europa.—Un gran profesor.—Su actuación científica.—Nuevos rumbos a la Medicina Nacional.—El Pasteur venezolano.

Si JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ es el hombre de la piedad, de la oración y de la fe, no es menos el hombre de la investigación, del experimentalismo y de la ciencia. Si busca el recogimiento del Santuario, la tranquila humildad, la modestia callada, es asiduo igualmente al escudriño del laboratorio, a la paz actuosa del trabajo científico, y no le será posible rehuír la admiración de sus contemporáneos ni despreciar los verdes acantos que ciñen el mérito del verdadero sabio.

HERNÁNDEZ ha sido una prueba convincente, irrefragable, de la feliz influencia de la fe católica sobre la inteligencia humana como fautora del movimiento cultural y científico; de cómo aquélla, abriendo la vía más recta para contemplar los fulgores indefectibles de la luz increada, no extingue ni amortece siquiera los rayos con que el entendimiento alumbra, explora y vivifica el mundo de la materia. El Dios de la razón y el Dios de la fe es uno mismo. La revelación y la naturaleza son ambas palabra suya, dice Kurtz, y

deben estar siempre de acuerdo. No hay por qué sacrificar la una a la otra, pues tanto una como otra son la verdad; sino su consorcio constituye al sabio genuino, acabalado, que ni mutila los recursos del conocimiento ni exagera el alcance de las facultades. "La ciencia no mata a la fe, y la fe mucho menos podría matar a la ciencia", dijo el gran químico Dumas en su Elogio de Faraday.

HERNÁNDEZ era de los que ven a Dios en sus obras; y sin echar a un lado los requisitos de la observación y la experiencia, condiciones necesarias a las teorías verdaderas, de él se puede afirmar "que su ciencia—la frase es de Naville—se informó al influjo de su fe". Por eso él está al lado de todos los grandes sabios cantando la gloria infinita de Dios, en presencia de los descubrimientos naturales y de las maravillas del organismo, y muy bien pudo repetir con Volta en cualquiera circunstancia, la confesión de San Pablo: *Non erubesco Evangelium*. (1).

Su irreductible catolicismo no le estorba, le lleva a sostener la justa independencia, el dominio escrutador del intelecto en la averiguación y el examen; seguro del absurdo de la decantada antinomia entre los dogmas y la ciencia, reconoce por igual la autoridad indestructible de aquéllos y las pruebas y derechos de ésta; y con libertad de espíritu en aquilino vuelo se espacia por su campo, convencido de que su fe no ha de entorpecerle ni aminorar jamás la integridad específica de su pensamiento científico, ni viceversa.

La religión católica, pues, que ha tenido a ufanía el siempre defender los fueros de la humana razón y contribuir al despliegue de la vida mental, puede enorgullecerse muy legítimamente de haber engendrado para la Patria y la Ciencia este ejemplar de sabio tan conspicuo, tan útil y gananciero, llamado a un oficio superior de renovación, más bien de creación, en el campo de la Medicina nacional.

El primer paso hacia la modernización de la Medicina entre nosotros, fué dado por el presidente Rojas Paúl en el decreto creador del Hospital Vargas, el cual, juntamente con

(1) Rom. I, 16.

rendir un homenaje patriótico a la memoria del prócer ilustre de la ciencia, auguró inmensos bienes, refugio y alivio positivos a las generaciones dolientes. Se necesitaba un instituto presentable cuando menos, y medio adecuado a las prácticas quirúrgicas y clínicas, menesteres urgentes de la juventud estudiosa, como quiera que nuestros hospitales eran todavía poco menos que asilos indecentes, casi inmundos. Aquel magistrado comprendió la necesidad, en el triple aspecto social, científico y cristiano, y puso manos a una obra que hace su nombre inmortal y bendecido.

Otra resolución del mismo doctor Rojas Paúl, que acaso estuviese enlazada con el pensamiento del gran hospital, fué la de ir introduciendo en la Universidad, asignaturas nuevas, de utilidad y trascendencia efectiva, reclamadas por la evolución de las Ciencias, y cuya carencia era ya mengua desdorosa para nuestra Academia.

Graduado de Doctor, corona de su curso brillantísimo, HERNÁNDEZ volvió al seno de la familia en el pueblo de Libertad, donde se le esperaba con los abrazos y ósculos de la alegría y de la satisfacción, granjeados por el amor al trabajo, por el culto del buen nombre y de las virtudes domésticas, y donde antes de emprender la carrera había de reposarse un tanto, evocando las primeras impresiones de la niñez y las escenas íntimas del hogar, siempre fortalecedoras. De su simpática aldea natal, y ya con el intento de fijar un centro a su profesión, hizo visita de estudio y tanteo a las ciudades de San Cristóbal y Mérida; mas en regresando a casa para acordar sus propósitos al consejo paterno, halló carta de un venerable maestro, gloria de la Medicina patria, el doctor Calixto González, quien le estimaba altamente desde los días de sus clases y conocía su temperamento cerebral adicto a las indagaciones fisiológicas. Decíale aquel ilustre profesor que el Presidente proyectaba el envío a Europa de un joven de aptitudes, para que estudiase con perfección ciertas materias experimentales; que él (el doctor González) no había vacilado en recomendarlo por creerlo bien dotado de las condiciones requeridas; y salvo tener inconveniente, debía venirse a Ca-

racas sin pérdida de tiempo dispuesto para seguir viaje a Europa a cursar tales estudios.

No sin sorpresa, hízolo HERNÁNDEZ así, lleno de entusiasmo y de fe, y previendo en el horizonte de sus años, desde lo hondo de su pensamiento, la elevada y ventajosa misión a que la Ciencia le llamaba y que el Gobierno le ofrecía.

HERNÁNDEZ pasó tres años en Europa: dos en París, en cuyo trascurso tuvo la desgracia de perder su padre (1), y uno en Berlín; consagrado con integridad matemática al estudio, al cumplimiento del deber, que fué una de las preciosas señales de su vida, sin apartarse un ápice del oficio que le encomendara la Patria, orientando su visión hacia conceptos prácticos, hacia los postulados de la fisiología experimental, como si previera su encargo para las exigencias de la cultura médica venezolana, adquiriendo en clínicas y laboratorios célebres bajo la dirección de insignes figuras de la ciencia, un copiosísimo acervo que llegó a ser casi un portento, y dando ejemplo de las más esclarecidas y sólidas virtudes a tantos compañeros, jóvenes inexpertos que gastan sus lozanas primaveras en la vendimia absurda del placer y distraen las finalidades de su vocación en las redes y en los cebos de que abundan aquellas urbes populosas y disímboles. El talismán divino de la fe le preserva ahora también de la corriente escéptica como de los amagos del intelectualismo y del cientismo, males del siglo que empiezan a agrupar prosélitos en los medios franceses, y su cerebro y su conciencia permanecen incólumes e ilesos.

El Gobierno Nacional, a la sazón presidido por el doctor Andueza Palacio, conocedor de las honrosas notas obtenidas por el joven HERNÁNDEZ en las universidades europeas, y preparándole ya su puésto, le confió para su regreso a Venezuela el encargo de traer los instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional. Ya se comprenderá

(1) Don Benigno Hernández Manzaneda murió a la edad de sesenta años, el 8 de marzo del 1890, habiendo predicado con el ejemplo de su vida el ejercicio de las virtudes cristianas y procurado por todos los medios que sus hijos imitasen las dotes de sus ascendientes, y sobre todo el amor y respeto que les distinguió por las enseñanzas y prácticas de nuestra santa Religión.

con cuán minuciosa solicitud y honradez escogería Hernández aquella provisión, que aparejaba la práctica de sus estudios especiales y el mayor éxito de su futuro profesorado.

Ahí empieza, en realidad, una era de reforma, la más trascendental y benéfica para nuestra Medicina: fué todo un renacer. Ahí comienza a vestir la morosa Universidad de Caracas los arreos de juventud propios del tiempo. El 6 de noviembre de 1891 el señor Rector, aquella lumbrera supereminente, el doctor Elías Rodríguez, de quien dijo Elías Toro que "había logrado armonizar en una rara dualidad anímica la experiencia de la vida con la juventud eterna del espíritu", tomaba juramento al doctor JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ y le ponía en posesión de la Cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, para que había sido nombrado en la misma fecha por el ciudadano Ministro de Instrucción Pública. "Desde entonces, dice J. R. Rísquez, difunde su saber con inimitable maestría a todas las generaciones médicas contemporáneas, hasta que la muerte lo sorprende en plena actividad profesoral".

Difícil, sin duda, y sembrada de prevenciones presentábasele a HERNÁNDEZ la situación, como es difícil dar los primeros pasos, echar las bases de toda empresa, a fin de que produzca un resultado proficuo. El altísimo apostolado, el magisterio pontifical de Vargas había permanecido casi encerrado como en un santuario, dentro de unas cuantas inteligencias; aquella luz fué una grande antorcha, sí, pero acaso no sea aventurado asegurar que su intensidad no creció mayormente, pues no tuvo las proyecciones con que debió irradiarse para más pronto adelantamientos. "La labor de Vargas quedó estacionaria", ha dicho Toro. La culpa no fué, ciertamente, de los médicos, muchos de ellos tan ilustres, honrosos discípulos del Patriarca a quienes no se prestó el medio para exteriorizar y avanzar las profundas concepciones de su maestro. El caso es trazado de este modo por la brillante pluma que acabamos de citar: "El ambiente de la Patria se tornó de súbito impropicio a la serena elaboración de la idea de ciencia; una tempestad de pasiones se desató con furia y ame-

nazó ahogar en pozos de rencores y de odios la primeriza flor de la República. Y cuando ya parecía serenado el ambiente, y del seno mismo de la catástrofe había surgido como una blanca flor propiciatoria la cándida paz, un hado adverso, una sombra fatídica como de cóndor rapaz sobre tímido rebaño, cayó sobre la madre Universidad, y la ruina, el abandono y el silencio volvieron a reinar en aquella entraña de la Patria, que habían señoreado, como sublimes deidades, Bolívar y Vargas.—Herida en las propias fuentes de su existencia material, la Universidad de Caracas dejó de ser entonces el foco del progreso científico de la República; y hasta llegó a iniciarse en ella un torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos". (1).

En efecto, la ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fué en veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se dió el caso de que ante la ineptitud de profesores, los cursantes se viesan obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuéra del instituto. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna cátedra se oyó mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los *microbes*; y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental, no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia.

HERNÁNDEZ viene a llenar, a colmar de manera maravillosa, esta inmensa laguna.

En el ejercicio de sus clases, que leía con matemática exactitud y la más pulcra conciencia, con severidad pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el doctor HERNÁNDEZ desde el primer momento dió a comprender la importancia de su Aula, el dominio cabal de sus conocimientos, una habilísima penetración investigadora, su técnica profesional admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su exce-

(1) Discurso en el 1er. Congreso Venezolano de Medicina.

lente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión. Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu, cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos antes no usados aquí, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad juvenil, pero con acierto grave y sereno, con una consistencia maciza, como de hombre maduro y sapiente! Cuánto gusto e interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción, sobre el microbio, su morfología, su cultivo, etc., decía con cierta gracia suya: *Yo lo pinto*; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacía casi palpar la evolución prolífera de aquellos peregrinos organismos!

Sus discípulos y sus colegas mismos le respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiescentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su intensa mentalidad, a su ubérrima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse espléndidamente con los testimonios producidos en la ocasión de su muerte. "El sabio casi niño" le nombró desde esos primeros años el competente doctor Rísquez, padre. Concebido el proyecto de constituir la Academia Nacional de Medicina, el doctor HERNÁNDEZ necesariamente fué de los designados en primer término miembros de número para la fundación de dicho honorable Cuerpo, orgullo de la ciencia venezolana.

Antes de HERNÁNDEZ las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban; hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación sistematizada y científica. Porque él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que puso a estudiar y calcular la

cantidad de glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal.

Fué aquélla hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la "caza de Pan", que dice Bacon, al golpe de vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias.

"La Bacteriología,—decía HERNÁNDEZ abarcando toda la trascendencia de su enseñanza,—es la ciencia que presenta más a lo vivo, el espectáculo admirable de una evolución sin igual, por la rapidez de sus numerosos descubrimientos y por la gran perfección a que han llegado sus métodos de investigación. Pero este adelanto sorprendente no se queda encerrado en sus dominios científicos, sino que, como es ciencia morfológica y al mismo tiempo fisiológica, sus descubrimientos tienen una gran resonancia, un eco simpático, en casi todas las ramificaciones de la Biología.

"Y como su objeto son los seres infinitamente pequeños, tócale a ella no solamente hacer el análisis de las primeras manifestaciones, de las manifestaciones elementales de la vida, sino que por razón de la influencia que esos seres microscópicos ejercen en los animales y en el hombre, produciendo las enfermedades, la Bacteriología forma la parte verdaderamente científica de la Etiología o Ciencia de las causas.

"Podemos afirmar que la luz que la Bacteriología proyecta hacia la Medicina, es de tal intensidad, que a causa de ella sola ha progresado más en estos últimos años, que lo que había adelantado en los muchos siglos que se cuentan de medicina científica". (1)

Todas las reformas a que dió lugar y vida el doctor HERNÁNDEZ con la fundación y progreso de su cátedra, con lo que propiamente podemos decir su escuela, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de la Medicina, como lo atestiguan los sabios académicos y profesionales en cuyas ma-

(1) V. Prólogo de los *Elementos de Bacteriología*.

nos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los experimentos fundamentales de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores.

¿Será, pues, escaso el haber de HERNÁNDEZ en este punto? ¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la introducción de la Biología Experimental, purificado el ambiente de la Medicina del dejo de rutinario empirismo que aún la obscurecía, encauzándola por caminos muy otros y más varios, dándole una fisonomía propia, que es hoy honra de la Patria? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel, oriundo también del Distrito Betijoque, y tan acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?

Entre los trabajos publicados de él, “hermosos capítulos de ciencia alta y profunda, legados a la cultura nacional”, como los llamó el doctor Razetti, (1) mencionaremos sus estudios: *Sobre la angina de pecho de origen palúdico*; *Sobre el número de glóbulos rojos*; *De la nefritis en la fiebre amarilla*; *Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla*; *De la bilharziasis en Caracas*; *Tratamiento de la tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra*; y por encima de todos, su citada obra *Elementos de Bacteriología*, compendio formal de sus cursos, y a la cual caracteriza su discípulo y nuestro, el doctor Temístocles Carvallo, así: “prodigio de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica, que hace amenos y simples los más intrincados problemas de dicha Ciencia”.

Este importantísimo libro fué parte a que se le computasen hábiles los años que le faltaban para coronar el perío-

(1) Discurso en el Cementerio.

do legal señalado al otorgamiento de la jubilación, la cual obtuvo del Ministerio de Instrucción Pública, el 20 de junio de 1906. (1)

Aquel anhelo de ciencia a que no daba tregua y el de propagar la suya entre la juventud que se le había confiado, le condujo en 1917 a hacer viaje a Estados Unidos y Europa con el propósito de complementar estudios de embriología e histología, de que ya planeaba textos oportunos. Desgraciadamente, la guerra, cuyos trastornos y perjuicios no lamentaremos nunca lo bastante, le impidió pasar de Madrid, pues él pretendía llegarse a París y aun acaso hasta Berlín, para efectuar ciertos experimentos en laboratorios que le eran conocidos. Por eso hubo de regresar a Norte América, y en la Colombian University y en otros institutos similares, se ocupó con energía en pruebas teóricas y prácticas especiales sobre puntos que le interesaban, entre otros el empleo de la chaulmoogra como específico para la tuberculosis.

Como una digresión, queremos consignar en este punto un triunfo de su renombre científico, que se refleja sobre el de la patria. En llegando a New York, un compatriota, cliente antiguo, que se hallaba allí casi moribundo sometido a los cuidados de un excelente profesional yanqui, le hizo llamar *incontinenti*; y se puede asegurar que la presencia de HERNÁNDEZ fué providencial, pues por confesión del propio facultativo que había equivocado el diagnóstico, la muerte del enfermo hubiera sido inminente con el tratamiento que se le estaba aplicando.

Acabamos de decir que HERNÁNDEZ estaba organizando su texto de Embriología. Por lo poco que dejó escrito, se comprende cuán importante había de ser dicho texto y cómo tuvo razón Carbonell al decir de su maestro que era de sabiduría experimental, de aquéllos que estudian la Biología en el propio centro de las ciencias biológicas. El fragmento que ponemos a continuación, tomado de los Prolegómenos, hará

(1) Gaceta Oficial, N° 9.799.

ver al biólogo—filósofo y su lenguaje es irreprochable para el más exigente psico-fisiólogo:

“Aunque la Embriología es una ciencia morfológica y propiamente un ramo de la Anatomía, no por eso deja de ser una ciencia auxiliar importantísima para la Fisiología; y aun podemos decir que en aquélla se ventilan mejor los grandes problemas de la Fisiología, y la razón es porque en la Embriología podemos asistir, por decirlo así, a la aparición de la función y en su sencillez original podemos apreciar y comprender mejor su mecanismo.

“Toda función, ha dicho Claudio Bernard, por complicada que parezca, puede reducirse en último análisis a un simple acto físico-químico. . . .

“La Embriología nos confirma la veracidad de esta proposición, porque ella nos descubre en su simplicidad elemental, en su desnudez primitiva, el acto físico-químico productor de toda función embriológica; pero al propio tiempo nos descubre y nos demuestra de una manera evidente la existencia del principio vital.

“En efecto, si estudiamos un embrión vivo al microscopio, observamos que al aumentar la temperatura de la platina calentante, la circulación se acelera, para de esta manera aumentar la irradiación y librarse del exceso de calórico; si la dejamos enfriar se nota el fenómeno inverso: lentitud de la circulación y disminución consiguiente de la irradiación. Si hacemos pasar una corriente de aire sobrecargado de oxígeno, se observa una vásculo-contracción que impide la oxigenación de la sangre. Si producimos una ligera desecación del embrión, se nota la vásculo-constricción necesaria para disminuir la evaporación.

“Esta experiencia que pone de manifiesto la existencia de los actos físico-químicos como causa de toda actividad embrionaria, al mismo tiempo nos los manifiesta ordenados, dirigidos y gobernados por un principio superior que los hace concurrir al sostenimiento de la integridad del sér.

“Mas si por una causa cualquiera, por una elevación brusca y grande de la temperatura, producimos la muerte del embrión, entonces podemos observar que las fuerzas físico-quí-

micas continúan obrando aunque con mucho menos energía; solamente que ahora no producen el mantenimiento del sér sino su descomposición total, porque, faltando el principio superior que antes las ordenaba y enderezaba a aquel fin, ahora obran desordenadamente, irregularmente, y en poco tiempo descomponen la frágil construcción embrionaria.

“Los fisiologistas, pues, que consideran la vida como una resultante de las fuerzas físico-químicas productoras de los actos funcionales, aquí en embriología, pueden comprender cuán infundada es su hipótesis, primeramente porque en el orden lógico los componentes son anteriores a la resultante, de suerte que las funciones serían anteriores a la vida; y en segundo lugar, después de la muerte siguen obrando las mismas componentes y falta la resultante.

“La embriología nos enseña en definitiva claramente que en todos los cuerpos vivos hay un principio superior que ordena, dirige, encadena y gobierna las fuerzas físico-químicas para la construcción y conservación del sér, que es el principio vital.

“Por lo que respecta al hombre, nosotros creemos firmemente que su principio vital es el alma racional, conforme lo tiene definido en su sabiduría infalible la Santa Iglesia Católica”.

La semilla esparcida por el doctor HERNÁNDEZ en el terreno rico y apropiado de la juventud, será fecunda; ya lo es, y no dejará de prosperar, por merced de la fácil asimilabilidad con que nuestras generaciones se adaptan las conquistas intelectuales. Para acreditarlo bastáranos sólo apuntar, además del nombre de Rangel, el de Guevara Rojas, que dejó orgullosamente reputada la fama del estudiante venezolano en los institutos ingleses y alemanes; los de Rísquez, hijo, los Carvallos, José Benigno Hernández, Ascanio Rodríguez, Iturbe, Núñez Tovar, Pino Pou, Medina Jiménez, Carlos Bello, Tejera, Eudoro González, Romero Sierra, Luciani . . . ya que la memoria es impotente para traer a colación todos cuantos merecerían ser mentados, y que están hoy dispersos por los ámbitos de la república. HERNÁNDEZ supo alargar, para utilidad y honor de la Ciencia y de la Patria, el radio de

su acción, formando una compañía de brillantes cooperadores, a fin de que el bien no cesase con él.

Por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su posición cristiana, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina nacional, se le puede titular el Pasteur de Venezuela, que, con clarísima visión y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente sino casi de súbito, el progreso científico, mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora.

CAPITULO IV

Vida profesional.—Prestigio creciente de Hernández.—Su índole clínica.—La conciencia y la caridad.—Contra el Mercantilismo.—El Médico de los Pobres.

Habíamos oído decir que fué la primer idea de JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ dedicarse al estudio del Derecho. Un miembro de la familia nos ha ratificado esta información, agregando que apenas hubo su padre insinuado la opinión de que el joven debiera de alistarse en las filas de la Medicina, éste, por dócil acatamiento, convino al punto en atemperarse al que desde allí consideró mejor parecer, de su progenitor.

Indudablemente, su padre le conocía a fondo, sus inclinaciones, su carácter, sus hábitos internos y traspasándole su comprensión, veía bien claro y lejos al través de las brumas del tiempo; no, así, por impulso rahez de lucro fué por lo que quisiera disuadirle de aquel su pristino designio concebido, designio que en realidad no cifraba sino una decisión aparente y equívoca. Si es cierto que el trabajo ulterior y la energía de la voluntad, según observa d'Alembert, pueden mucho aun para obtener suceso completo en una ciencia a la cual se haya consagrado alguien sin franca afición inicial; si lo es también que Dios galardona con sensible largueza la rendida obsecuencia de los buenos hijos, que ponen en los quereres de sus

padres algo más que puros deseos o consejos, serios imperativos; sin pretender averiguar si la organización intelectual de HERNÁNDEZ podía elevarle a figura eminente en cualquier esfera, no podemos prescindir de envolvernos en la mar de conjeturas y presunciones al imaginárnosle, en vez de médico:—consuelo y animación del enfermo, sacerdote compasivo del dolor,—actuando de abogado, él que no tenía vena de polémica, controversista y litigante fogoso, en los debates de un estrado o de un bufete, ahora frente a un contrario enredador y trapacero, luégo ante un juez no muy ilustrado, débil o venal. ¿Ni qué campo encontrarían delante de una filosofía escéptica que niega la ley eterna y desconoce la providencia, su asentado criterio, su ingénita bondad, sus instintos activamente caritativos, la austeridad de sus severas costumbres y aquella leal independencia de ánimo, negada para las vías ilegales y para cuanto pudiese oler a hipócrita trastienda? Seguramente, no habría sido el varón pacífico, tan fino, sereno y razonador, aunque en ocasiones sanamente tendencioso e irónico, que todos conocimos; sino hubiera tenido de tronar, de encandecer formidablemente en presencia de los ultrajes a la justicia y al derecho... Pero no; era que el agudo instinto paterno le prevenía la senda de la vocación no engañosa, cual si columbrara en lontananza la estrella de una altísima fortuna para el hijo, y determinase desde luégo, limpiándola de cualesquiera falaces nubes, hacerla foco de expectación para la ciencia médica venezolana.

Ello sea como fuere, después de haber visto y gozado el curso esplendente del astro, todo el bien irradiado, cuanto amor y cuanta luz esparciera, asístenos el derecho de juzgar que es en la fúlgida parábola de la Medicina donde estaba trazada su verdadera órbita; y reconociendo la intuición avizora de aquel perspicuo padre, hemos de bendecir a Dios, luz de las inteligencias y Dueño de los humanos destinos, Quien sabe por qué coloca a una criatura en tal estado y no en otro, por qué la provee de tales facultades o de cuáles dones, por qué le adapta estas o aquellas fuerzas y la reviste de ciertos privilegios, para que,—como lo piensa un autor,—si quiere hacer todo el bien que es árbitro de realizar, concurra por su parte al orden universal establecido por la sabiduría infini-

ta, al concierto de la obra divina, mejor que las estrellas del cielo o las flores de los prados, las cuales corresponden también a su fin en el plan de la creación, pero no conscientemente, ni voluntariamente, ni con amor.

A su vuelta de Europa, precedido por los augurios de su egregia fama de estudiante, por la gentileza de sus modales urbanísimos, por la correcta circunspección de su conducta, reflejos de su buen corazón y herencia opulenta de su clara prosapia, que le habían ganado mil afectos y simpatías en el recinto de nuestras familias, HERNÁNDEZ no tardó en adquirir mayor número de amistosas relaciones y una clientela tan extensa, tan segura, como muy pocos galenos jóvenes o viejos habrán podido contarla más rápida, ni más escogida, ni más valiosa, para asentar su reputación con halagüeña lisonjería.

Tal fué el hecho; y todos se preguntaban cuál secreto tendría para hacer renditivo el tiempo aquel mozo a quien le alcanzaba para todo, para la oración igual que para el estudio, y quien sin otro vehículo sino el natural de sus pies, como buen prosélito franciscano, a pasos menudos y ligeros, no bien recorría la ciudad de extremo a extremo en la visita de los enfermos que se le confiaban, como atendía en la Universidad al horario justo, preciso, inalterable, de su laboratorio y de sus clases. De él se podía pregonar lo que del joven Samuel dice la Escritura: *Proficiebat. . . et placebat tam Deo quam hominibus* (1).

Y HERNÁNDEZ concurría por reloj a innumerables consultas donde alcanzaban primería su modestia y discreción y donde su voto deliberativo, al traducir la mirada sagaz de su certero ojo clínico, era escuchado con aprecio y acogido con beneplácito por venerables y encanecidos maestros, que casi enmudecían delante de él como Plotino delante de Orígenes. La savia joven, la sangre nueva se transfundía a los árboles mayores, a las cabezas erectas de la vieja ciencia, para hacerlos más robustos, más claros, más copiosos. —“Pregúntenle a Hernandito, que sabe más que nosotros”, decía cierta vez sin el menor sonrojo uno de aquellos ancianos.

“Para él, dice uno de nuestros mejores clínicos, el ilustra-

(1) I Reg. II, 26.

do doctor Manuel A. Fonseca, a quien llora también la ciencia, al analizar la faz profesional de HERNÁNDEZ; para él no era misterio que entre la ciencia y el arte existe una estrecha alianza, en la cual perennemente deben convivir, so pena de que divorciados, la ciencia se tornara estéril e infecunda y el arte groseramente empírico. Se sintió sabio y artista, sagaz observador e insigne intérprete, y ofició, seguro e inflexible en la Clínica, único templo capaz para rendir culto al hecho y a la verdad práctica, sublimados por el raciocinio y la observación. . . .

“Trabajando asiduamente durante años, afinó primorosamente sus sentidos, y se hizo dueño absoluto de cada uno de los innumerables y delicados elementos que facilitan y aun permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró entre los grandes lineamientos de un clínico esclarecido.

“Conocedor profundo de los medios de exploración, experto en requisas de Laboratorio, buen fisonomista, de clara visión médica y dilatada experiencia, diagnosticaba con facilidad y desenvoltura y se movía gallardamente, sin trasteos, en los anchos dominios de la medicina general. . .

“De simpático y distinguido talante, sabía acercarse al lecho del paciente, y en apostura casi humilde, de ordinario con los brazos cruzados sobre el pecho escuchaba la historia, escudriñando con mirada viva y penetrante cuanto merecía tenerse en cuenta, antes de irse a fondo en el examen, que ejecutaba ordenado, completo, sagaz y rápido.

“Le daba a la historia de la enfermedad toda la importancia que merecía; pero económico de tiempo era muy hábil para cohibir en el cliente ciertas verborreas inquietantes que, antes de aclarar el problema, lo complican. Escribía la fórmula y hacía las indicaciones, por lo regular, de pies, con aire presuroso, pero sin olvidar detalles y, daba por terminada la visita.

“Cultivador asiduo de la Terapéutica, de la Materia Médica y ciencias complementarias, hizo acopio de grande arsenal para responder a la indicación; de suerte que sus recursos eran inagotables sobre todo en el tratamiento de las en-

fermedades crónicas y en los incurables; y manejaba los medicamentos llamados heroicos con admirable sangre fría.

"Y fué, sin duda, la cabal preparación intelectual que le favorecía como su credo médico acomodado estrictamente a la doctrina dogmática y a su método, los que determinaron aquella vasta popularidad de que gozaba, y la general aceptación aun entre personas distanciadas de él por doctrinas y principios religiosos; aunque en realidad no tuvo nunca adversarios". (1).

Las loanzas para HERNÁNDEZ andaban de boca en boca y de pluma en pluma, y las almas se volvían hacia él atraídas como por un imán poderoso; porque, a una con sus tesoros mentales, poseía además a perfección otra ciencia superior y envidiable, que no se aprende en academias: "la ciencia de hacerse amar". Tal apuntaba don Francisco de Sales Pérez en un Elogio de aquellos días, inserto en la magnífica revista "El Cojo Ilustrado", que recogía y puntualizaba nuestro movimiento literario y social de la época. Este mismo atildado escritor, con tino de vidente, predecía su gloria futura, su celebridad al través del dilatado agente que se denomina *tiempo*; y mayormente le alababa por ser "un médico que hablaba bien de sus colegas". Esas rencillas y mezquinas suspicacias,—plaga de las sociedades incipientes y de escasa cultura,—entre los hombres de la misma categoría profesional, quienes antes deberían mancomunarse en cohesión homogénea, para compactar un agregado y concurrencia de fuerzas útiles en torno de la propia finalidad, son siempre detestables y ruines. La envidia no entra en los corazones arreglados, porque ella es regresiva, tormentosa y traicionera, fomenta la discordia, repudre las entrañas y aleja la participación de la sabiduría (2); y al revés, indicio de ser sabio y perfecto es,—se lee en la *Imitación*,—sentir bien y grandes cosas de los otros. (3).

Leamos a este respecto las oportunas frases de una princesa que a las elegancias de la corte unía la donosura de las letras: "¿Por qué hemos de abrigar miserables disgustos, con-

(1) V. *Cultura Venezolana*, N° 8, Julio. Agosto 1919.

(2) Sap. VI, 25.

(3) *Imit. Lib. I*, cap. 2.

cebir rivalidades ridículas? ¿Tiene acaso el rubí celos de la rosa o envidia el diamante al limpio arroyuelo? ¿Pretenderá el águila convertirse en astro ni la azulada flor en arrebol púrpuro? ¿No tienen todas estas cosas su belleza peculiar y cada ser una naturaleza intrínseca, como también indicada su destinación, a otra ninguna semejante?" (1)

El trabajo de HERNÁNDEZ se aumentaba día a día, pero su prestigio difundíase asimismo en auge, como los aromas de un campo florido, a medida de la acrecencia progresiva de su satisfecha clientela. Su nombre volaba como acento de sonora música en las ondas vibrantes de la fama. "Su ciencia le alzaba en honor, y por ella era enaltecido entre los grandes" (2). Dios mismo le llenaba "del espíritu de inteligencia, para que derramara en profusa lluvia máximas de sabiduría". (3)

Era HERNÁNDEZ un psicólogo consumado, cual se ha menester sobre todo en ciertas posiciones; diríase que antes de pasar bajo el dintel del aposento en calidad de médico, ya había infundido hacia el lecho del enfermo, como perfume balsámico, el hálito moral de la virtud, y una vez allí, desplegaba el valor de su consejo en palabras de dulzura y de paz para, ante todas cosas, mitigar y consolar al doliente, ora sobrellevase con mansedumbre su pena, ora protestase colérico contra la mano que le hería. Y con las mismas atenciones y esmero acorría a la cabaña desmantelada del pobre como a la espléndida alcoba del magnate; y eran para aquél iguales el saber y la consolación que para éste.

"Cuánto más las ciencias se refieren al hombre, como la Medicina, ha dicho De Maistre, menos pueden prescindir de la religión. Leed, si queréis, a los médicos irreligiosos, como sabios o como escritores si tienen el mérito del estilo; pero no los llaméis junto a vuestro lecho... No olvidemos el precepto de Celso, que nos recomienda buscar, cuanto podamos, el *médico amigo*. Busquemos, pues, antes que todo al que ha

(1) Carolina Iwanowsky: La Vida cristiana en el mundo etc.

(2) Eclesiástico, XXXVIII, 3.

(3) Eclesiástico, XXXIX, 8 y 9.

jurado amar a todos los hombres, y huyamos por sobre todo del que, por sistema, no debe amor a nadie". (1)

Es increíble el bien dispensado por el celo de HERNÁNDEZ a tantas almas en el lecho del moribundo, en el supremo instante de comparecer al tremendo juicio de la eternidad. Consta que fueron muchos los arrebatados por su palabra firme e insinuante de convencido a las garras del error y de la herejía, sectarios de todo cariz, impíos o indiferentes que, a su excitación e influjo, abrazados con la Iglesia durmieron consolados el sueño de la muerte, debiéndole a él la paz de la última hora y la esperanza de la salvación.

En su apostolado, dos luces infalibles guiaban el celo genial y los sentimientos de HERNÁNDEZ: la conciencia y la caridad; no sólo la simple conciencia profesional, la cual es ya cosa excelente de suyo, sino la conciencia iluminada por la fe, que es voz sobrenatural del cielo, honrada a toda prueba; no la mera asistencia de un feble altruismo y de una filantropía nominal, sino la genuina, inconfundible beneficencia cristiana, la positiva caridad de la paciencia, de la benignidad y del sacrificio, el real amor de entregamiento abnegado que nos enseña el Evangelio. Por eso suspendió tan arriba el renombre y la auréola de la Medicina; como que mientras más se encumbra la mirada en las empresas humanas, mientras más se sustraen las aspiraciones de los supercheros argumentos de acá abajo, mientras más se espiritualiza el deber y se purifica la intención, mientras más se cuenta con Dios y a El se acude, hácese más incalculablemente dignos y gloriosos y prósperos los oficios del hombre. "Endereza al Señor tus obras, dice un proverbio, y tus designios tendrán buen éxito". (2)

Ya por aquí se descubre cómo aquel hombre, hijo de su deber, encaminaba su labor a los tres fines fundamentales en que consiste la ley del cristiano y aun de toda criatura racional, sea cual fuere su condición y estado: evitar el mal, practicar el bien y tender a la perfección. El era todo de todos, ocupado sin cesar para cerrar el acceso a la ociosidad, madre del pecado; vivía en el mundo, donde era acariciado con dis-

(1) *Soirées de St. Pétersbourg.*

(2) Proverb. XVI, 3.

tinción, pero sabía dónde termina éste y sus instigaciones malignas y dónde comienza el radio del prójimo, para, despreciando al mundo, ayudar por el bien a sus semejantes y de este modo amar, servir y glorificar sobre todo a Dios. Porque él era primero de Dios. HERNÁNDEZ pertenecía al grupo escogido de los seres superiores que no encuentran estorbo insuperable para el servicio divino en esta mansión llena de errores, de miserias y de engaños; sino que sabiendo atribuir a cada cosa su valor y situarse en el centro de equilibrio de la gracia, atienden a su misión sin descuidar ninguno de los extremos que Dios mismos bendice; ordenan las cosas interiores y las exteriores, como quiere la Imitación, porque unas y otras convienen al aprovechamiento espiritual; satisfacen a los intereses eternos y no dejan de conducir a remate feliz los temporales, a fin de que aquel Dios en cuyo nombre se ofrecían en otro tiempo juntamente el vino y el trigo, por *el rocío del cielo y por las mieses de la tierra* (1), esto es, los favores del espíritu y las riquezas del cuerpo, no los considere inútiles ni les juzgue con reprobación, como al criado inhábil que enteró el talento del amo.

Sí, HERNÁNDEZ primeramente le correspondía a Dios, Que tenía de continuo a la niña de sus ojos y a Quien refería su ideal de perfeccionamiento. Cuando visitaba a los ricos, pretendía sin duda una recompensa legítima, su bienestar, su prosperidad, a cambio de su trabajo; pero no buscaba nada de esto como un fin para saciar apetitos, para procurar gusto exclusivo al yo, a este "yo aborrecible", que decía Pascal; sino como medio a veces necesario para cumplir mejor la divina voluntad y para suministrar todavía mayores bienes al prójimo. El dinero así no es contrario a Dios, es muy lícito, y llega a constituir un poder digno y noble, cual lo constituye el talento, cual lo constituye el saber mismo y todo humano prestigio; poder fecundo que se puede ejercitar como palanca de actividad eficaz en beneficio de las almas y de las sociedades, en el progreso de la cultura, en el alivio del dolor.

Y con efecto, si HERNÁNDEZ es médico de los ricos, él no acude a ellos, no actúa entre ellos, para mercarles los di-

(1) Génesis, XXVII, 28.

neros con su ciencia. Más de un testigo apoyaría nuestro aserto y declararía cómo, al pretender depositar en manos del doctor HERNÁNDEZ alguna gran cantidad como honorarios, la rectitud de conciencia de aquel hombre se rebelaba impeliéndole a rechazar lo que excediera al canon instituido por las costumbres médicas corrientes. La grosera materialidad privante hoy día en el mundo, hija del brutal egoísmo que corroe todas las capas, no inficionó por ningún caso los anhelos de su alma sencilla; su norte fué el polo opuesto de las dobleces y ambiciones mercantescas que, en estos desgraciados tiempos de soberanía monetaria, de afán insaciable de lucro, han venido señoreando, metalizando a multitud de espíritus, por otra parte tan selectos y avanzados en las profesiones científicas, y para quienes con dolor solemos oír en las bocas del pueblo el triste calificativo de logreros.

Con relación a esto nadie podrá negar que, ajeno a la más leve propensión mercenaria, HERNÁNDEZ por lo contrario estaba dotado de cierta munificencia y desinterés, de cierta abnegación singular, que le erigían en modelo, en dechado cabal y venerable. Pendiente sólo de Arriba, no le importaban favores, ni auras, ni diligencias mundanas, y a la verdad concedía liberal preferencia al pobre que humilde le llamaba y no podía ofrecerle pago pues no tenía con qué, sobre el rico que le solicitaba instante, y cuyo bolsillo pudiera acaso deslumbrarle con el señuelo de un cuantioso estipendio. Para los pobres, imágenes de Jesucristo, a quienes ministraba el oficio del buen samaritano, tenía él óleo y bálsamo y aquellos *ríos de agua viva*, de que habla el Evangelio (1); por ellos podía velar noches enteras; hacia ellos corría con prisa y desalado; por ellos el cansancio fuera su más preciosa y apetecible dicha; a esos domicilios ocurría él presto a enjugar lágrimas, a calmar inquietudes, a disminuir el poderío del infortunio, a derramar los gajes, las opulencias del reino de Dios, *magnalia Dei*, que llevaba dentro de su propio corazón, y muchas veces a depositar el pan de la limosna silente, o la medicina apta para el cuerpo dolorido. Cuántas se le vió apurado con un lío

(1) S. Juan, VII, 38.

bajo el brazo que presumía disimular, y era un abrigo para una ancianita friolenta; cuántas, al paso frente a una familia que sabía menesterosa, lanzaba por la ventana sin detenerse y con cautela, para no ser visto, algún auxilio pecuniario; cuántas, afrontando la lluvia, andaba por arrabales e iba a parar dentro un bohío infecto donde se necesitaban sus cuidados; cuántas, en fin, tendía la mano al interesado para devolverle con un gesto amable o una frase de delicadeza suma el emolumento recibido! Sábese de algunas buenas almas entre esos favorecidos por sus dádivas, que, persuadidos de su piedad y de la eficacia de sus ruegos, se atrevían a implorar su bendición, a lo que él argüía con la más santa evasiva:—Si yo estoy buscando quien me bendiga a mí!

Por tales títulos llegó a ser apellidado, y lo era en efecto, el Médico de los pobres: a su muerte les fué dado a muchos comprobar el vacío inllenable producido en tantos hogares egenos de donde había sido él secreta providencia, y recoger los ayes clamantes y desolatorios que surgían de los pechos conturbados por su terrífica desaparición. Su compasión nunca saciada, su íntegro desprendimiento, la magna hidalguía de sus tutelas, valiéronle sin duda aquella otra auréola de reverencia, de cariño y gratitud popular, que afirmaba la potencia de su acción para el bien. La ciencia engrandece al hombre y le procura la admiración general; la virtud, la caridad, lo magnifica en otro grado, le atrae el amor y reconocimiento de sus coetáneos y de los pósteros. Mas no era éste el objetivo de HERNÁNDEZ. Aun cuando será muy grato contar con las lágrimas, las plegarias y el amor de los buenos y sencillos, que saben agradecer y no engañan en sus loas, las recompensas del mundo son siempre ilusorias y vacuas para el alma cristiana. Ella no vincula su esperanza sino a sólo Dios, y con sus obras, que endereza a la misericordia eterna y cobija bajo los méritos de Cristo, compra para sí y asegura las delicias de la tierra prometida, del reino celeste, *cuya entrada aguarda se le abra de par en par* (1).

(1) II Epíst. de S. Pedro, I, 11.

CAPITULO V

Otros aspectos intelectuales de Hernández.—Sus variados estudios.—La faz religiosa del apostolado.—Excitación a los católicos.—Un amigo de las letras y las artes.—Su concepto filosófico.—Valor científico de la filosofía cristiana.—Necesidad de la Filosofía.—Alabanza al to mismo.—Una discusión académica.—El sabio de su tiempo.—Juicios de sus contemporáneos.

El deber magisterial y la afición oratoria han sido parte a ofrecernos ocasiones oportunas de observar y lamentar, como origen de esterilidad y de fracaso, la falta de preparación, en muchos de nuestros hombres, para la misión que la suerte les asignara en el movimiento social de su edad. Frecuentemente tropezamos con ciertas medianías,—íbamos a decir nulidades, mas nos abstuvimos del vocablo recordando la célebre exagerada frase del escritor carabobeño, si de talento, tenido por algunos como atolondrado (1);—medianías presuntuosas las más veces, erizadas de inconveniencias desconsoladoras, hijas de la escasez o torcimiento de la educación, de la ignorancia de lo necesario, de las hábitos rutineras y consiguiente incapacidad en que por desgracia se formaron; quie-

(1) "Venezuela es el país de las nulidades engréidas y de las reputaciones consagradas".—M. V. Romerogarcía. *El Cojo Ilustrado*, 1º de enero de 1896.

nes, con eso y todo, han consentido en desempeñar funciones elevadas, gozando por ende una innmerceda, usurpada reputación, una notoriedad de superficie, una fachada que quizás pudiera llegar hasta constituir un insulto a la moral pública y medio eficaz para depravarla. Haciendo, por supuesto, las reservas y disculpas justificables en un medio impropicio, donde las convenciones sociales erigen a su modo sus propias barreras y normas de igualdad, limitándolas a veces por el grado de riqueza o de fuerza, por la herencia del nombre, por los atractivos personales, por la audacia de los triunfos fáciles, etc., apuntemos cómo son contadísimas las figuras completas, acabadas, que hemos podido inscribir en el elenco de las actividades humanas; y esas pocas bien provistas, se deben a sí mismas, se han moldeado al propio esfuerzo, según la virtud y recta ambición personal, luchando contra una corriente feroz, sobrepujando al ambiente mezquino y adverso, por merced de una severa y acrisolada voluntad.

A este grupo selecto y benemérito, de valores auténticos, de los que tienen en vista un ideal, hacia el cual convergen todos los poderes de su espíritu y todas las energías de su existencia, pertenece el doctor JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ. Ya hemos dicho cómo se esmeró él por adquirir un conocimiento extenso y profundo de su religión. "Sintió que el deber de toda su vida de hombre inteligente—dijo Monseñor Navarro ante su tumba—era estudiar la verdad cristiana bajo sus diversos aspectos para pagarle el tributo de su razón sometida y respetuosa. Por eso gustó tanto de instruirse en todas las grandes cuestiones de la ciencia religiosa. Por eso tuvo sobre todo una predilección especial por la Sagrada Escritura, cuyas páginas saboreaba con deleite y en cuyos pasajes hallaba, meditándolos con notable lucidez de interpretación, el más sustancioso alimento de su vida interior".

Colmado de dones, sazonado por la eficiencia de perseverante estudio, no únicamente en su ciencia peculiar de que era gran señor, sino en familiaridad con obras de historia, de teología, de apología, de liturgia y mística cristiana, acumuló una abundosa y peregrina copia de saberes, que se empeñó en aprovechar con celo y devoción, en hacerla fructuosa y fecunda, para desplegar entre sus conciudadanos una realísima

misión vocacional de mensajero de Minerva y apóstol del Bien y de la Caridad. Porque, en efecto, visto en ambos campos, él fué siempre un apóstol, como lo declaró en ocasión memorable uno de sus discípulos, y lo dijo el día de su muerte el Ministro de Instrucción Pública, doctor González Rincones, al ponderarle ejemplo de virtud y abnegación.

Por lo que hace a la religión, ese apostolado de los se-glares, que diremos complementario, auxiliar, al lado del ministerio oficial divinamente encomendado al sacerdote, es una necesidad y una obligación para todo cristiano, especialmente para los constituidos en prestigio; pues nadie puede eximirse de cumplir con su persona, con sus prendas, *con su carne*, dice el Gran Apóstol, *lo que le falta a la pasión de Cristo* (1). Es deber de todos hacer conocer a Cristo, hacerle recobrar su puésto y reinado en la entraña del individuo, en el corazón de la familia, en el organismo de la sociedad. Y tal es el apostolado. HERNÁNDEZ fué un paladín, un caballero de selección, adestrado en la milicia cristiana, valiente en la confesión de su fe, distinguido por la práctica constante del buen ejemplo, que fué una de sus misiones, como la más hábil táctica para la conquista de las almas. Por eso reunió en su interior toda la luz y fuerza de Cristo, y puso su virtud y saber al servicio de su Dios y de su Patria: *pro aris et focis*, con entusiasmo, con generosidad y con amor.

Ese apostolado forma la acción social católica que presenta diversas fases, adecuándose a las exigencias de los pueblos y de los tiempos, pero que hoy se impone con imperio indeclinable. Estudiar y conocer mejor a Jesucristo para proyectar su luz en la propia vida, en la familia, en el movimiento público, en las ciencias, en las letras y en las artes, es la tarea de los apóstoles, vale decir, de los misioneros legos de la verdad, por la que han de acudir a la escuela que tiene misión de enseñarla, escuela integrada por el Papa, los Obispos y los sacerdotes. La acción católica es una de nuestras primeras necesidades; para ella es preciso allegar y agrupar los elementos aptos; por la falta de ella ni surgen las obras que se

(1) Ad Coloss. I, 24.

requieren ni se sostienen las que surgen; y entre tanto, nuestra fe inactiva se entibia y oscurece gradualmente, y nuestro catolicismo, a pesar de la pompa del figurantismo, de la resonancia espectacular de las fiestas, es un catolicismo flácido y mortecino. Un poquito de celo, un poquito de amor, sería de pedirseles a los católicos, para que con más generosidad atiendan a los menesteres de la época, fomenten su unión y enrumben la actividad que les reclama la Iglesia y que su conciencia no puede desconocer. Caminos nuevos, abiertos por las condiciones de los presentes tiempos, nos inducen a nuevas funciones y piden esfuerzos nuevos de nuestra parte y una organización adecuada. Aquí ha habido ensayos en el Centro Católico Venezolano, en la Juventud Católica, en los Círculos parroquiales de obreros, en las Propagandas de señoras y señoritas, y por otros respectos en la Caridad a domicilio, el Tributo a los pobres, la Sociedad de San Vicente de Paúl, fundada por el Pbro. Manuel J. de Caicedo, cuando venía de sus estudios en Roma en compañía con el Pbro. José Eusebio Díaz, quienes pasaron entre nosotros algunas semanas por causa de la guerra civil de Colombia. (1) Las dichas asociaciones hicieron mucho bien; pero su vida fué fugaz por nuestra índole fluctuante y tornadiza, y sus esfuerzos generosos quedaron ahogados en la asfixia de nuestra desidiosa indiferencia. Hoy todas las naciones nos están dando ejemplo, y nuestro propio interés debe llamarnos a continuar la empresa. HERNÁNDEZ actuó alguna vez de presidente del Centro Católico, y no obstante su agobiadora labor profesional y docente, asistía invariablemente a las sesiones y trabajos de la corporación, ayudándola de su peculio y con su prestigio social y moral, ilustrándose él mismo y contribuyendo a la ilustración de muchos, y procurando en fin, honor a la consigna patriótica del Centro: la doctrina de Aquél que dijo: Yo soy la Verdad.

Es necesario instruirse y servir así, con inteligencia, con decisión, con magnanimidad. Se nos perdonará que, al conjuro de la memoria de este egregio cristiano, tan elevado de corazón como culto de ingenio, nos atrevamos a hacer llamada en

(1) El señor Caicedo ha sido después en la república hermana Obispo de Pasto, de Popayán y hoy es arzobispo de Medellín. El doctor Díaz, hoy con título de Monseñor, es un sabio canónigo en su patria.

esta ocasión a los católicos,—más bien recordarles una obligación perentoria,—para que, conforme al designio de la Madre Iglesia, se procuren a todo trance la mayor suma de conocimientos, antes los relativos a la fe, en que está el deber primordial, y luego en todos los órdenes intelectuales, a fin de poder proclamar y defender con seso los derechos de Dios; que ellos mismos se apeguen a esa fe con ardor creciente, presándole un obsequio cada vez más razonable; y atraigan hacia ella con sus luces a tantos espíritus débiles u oscurecidos por las sombras del error. Con lo cual no hacemos sino acomodarnos al espíritu del Gran Apóstol, cuando decía: “*Lo que pido es que vuestra caridad abunde en ciencia y en todo conocimiento para que escojáis lo mejor* (1). En muchas partes la vida católica no adelanta no tanto por los ataques como por las malas defensas. Procuremos, pues, elevar, prestigiar, el carácter y el ideal católicos.

Por este modo, no mereceremos los reproches de ineptitud, de necedad y puerilismo, con que a las veces nos burlan nuestros adversarios; y por lo contrario, sí podremos echarles a ellos en cara los sofismas e inepticias suyos, destruir la audacia con que a menudo mutilan nuestras doctrinas, la insolencia con que desfiguran los hechos religiosos, el descaro con que acumulan los más ridículos absurdos sobre nuestro credo, nuestra moral, nuestra liturgia. La Iglesia no teme que se la estudie; antes convida a ello, lo reclama, segura del bien que de ello derivarán las almas. Fonsegrive ha escrito: “Fenómeno singular, de que no cesaremos de quejarnos, mientras no se nos escuche, es el que ofrecen algunos sabios, diestros en los métodos históricos, quienes no se atreven a hablar de Aristóteles, de Epicuro, de Zenón o de Descartes, sin haberlos estudiado escrupulosamente, y sin embargo, se aventuran a tratar en público del cristianismo, del catolicismo, de las cosas religiosas, sin haberse enterado de ellas. Trabajan sobre vagas reminiscencias de catecismos lejanos, debilitados por la falta de fe, deformados por lecturas hostiles, y no se toman el trabajo de instruirse sobre asuntos de que pretenden hablar con autoridad. Nosotros exigimos que se estudie el catolicismo en

(1) Epíst. a los filip. I, 9 y 10.

los textos de sus concilios, en sus catecismos oficiales, en sus teólogos autorizados; en una palabra, que se le apliquen los métodos usados con las demás doctrinas. No reclamamos ningún privilegio, no pedimos sino la objetividad del estudio; y cuando se nos achacan "prejuicios", que se liberten de ellos los mismos que nos acusan". (1)

La vida y laboriosidad de HERNÁNDEZ, su caudal de ciencia, sus ejemplos, son para nosotros, para todos, enseñanza estupenda; a la vez, documento y argumento de máxima eficacia, de mérito incontrovertible.

Aun temiéndole a la demasiada prolijidad, queríamos ocuparnos menudamente en analizar otras aficiones que completan la faz espiritual de HERNÁNDEZ y manifiestan la seriedad de su integral cultura. Digamos algo acerca de estas variedades, mientras le consideramos por su aspecto de filósofo.

HERNÁNDEZ era versado en varios idiomas: conocía bastante del latín y aun del griego, a pesar de la deficiencia de estos aprendizajes en el curso de nuestras humanidades; traducía, hablaba y escribía correctamente el francés, el italiano, el inglés y el alemán, de cuyos autores acostumbraba el trato, no sólo en ciencias, mas en letras, en historia, elocuencia, poesía, novelas. Del castellano, nada tenemos que decir, pues sus escritos, sus clases, su conversación misma en giro de amenidad y donaire, denunciaban el avanzado provecho con que, por propio aliento como por el hábil manejo de los clásicos, había explotado los ricos filones de la lengua materna, y de que dejó donosas muestras; entre otras, una justiciera semeblanza del doctor Nicanor Guardia, su "Visión de Arte", que arrastra por la gracia seductora del estilo, la imponente descripción de los "Maitines" de la Cartuja, escena vivida por el autor, la lectura de las cuales nos pone a lamentar que dotes tan excelentes no se hayan ejercitado en un cultivo literario de mayor entidad.

Estudió por principios y reglas el dibujo y la pintura, de que hablaba diríase con colorido, y se complacía en admirar

(1) George L. Fonsegrive: *Le catholicisme et la vie de l'esprit*.

las creaciones artísticas, que le atraían a la contemplación de la belleza y le conducían mejor a Dios. Su corazón puro, de gran artista, amaba lo bello en todas partes y formas, y dotado de ese agudo sentido estético que sabe recoger con precisión y finura la nota de espiritualidad con que nos brinda la armonía de la naturaleza y de las cosas, lo descubría dondequiera para rendirle obsequioso vasallaje: "...tuve el gusto de conocer tan encantadora ciudad como es la capital española,—dice sencillamente en una carta de 1917,—y ver de cerca pasando a mi lado, rozándome con su vestido, a la Reina de España, el verdadero ideal de la belleza femenina, realizado en ella como nunca lo hubiera creído si no lo hubiese visto". (1)

Veamos sus conceptos acerca de la belleza y del arte, del origen y formación de estas ideas:

"La contemplación de la belleza produce un vivo sentimiento de placer, el cual engendra a su vez un juicio estético; este juicio estético consiste en la afirmación de una relación entre la belleza y el sentimiento de placer experimentado. La repetición de estos actos de contemplación produce por abstracción la idea de la belleza, la cual es el concepto ideal que produce y perfecciona el sentimiento estético.

"El sentimiento estético es desinteresado, universal y necesario. La belleza despierta en la inteligencia del que la contempla, imprescindiblemente, la admiración junto con el placer y el deseo de que todos puedan conocerla y apreciarla. El placer producido reconoce aquí, como siempre, por causa, el ejercicio de la actividad desarrollado de una manera poderosa y ordenada. No es la utilidad, ni tampoco la bondad que existe en los seres, lo que despierta el sentimiento estético, sino el esplendor de su forma constitutiva.

"Como vemos, el origen de la idea de la belleza es doble: proviene en primer lugar de la experiencia, puesto que los objetos que nos producen el sentimiento de placer estético son los que van a suministrar la materia de los juicios estéticos; y proviene también de la razón, la cual interpreta los datos procurados por la experiencia y forma de ellos la idea

(1) Carta a la señorita Carmelita López de Ceballos, de New York, a 6 de octubre de 1917.

abstracta y general de la belleza. El placer estético, por consiguiente, es el resultado de toda la actividad humana puesta en movimiento por la presencia del objeto bello...

"Se llaman artes estéticas o bellas artes, el conjunto de reglas para la realización sensible de la belleza. Es artista el hombre que posee el sentimiento estético en grado eminente y sabe realizar el ideal.

"El arte estético tiene múltiples manifestaciones; en realidad son varias artes, son las bellas artes. Dicho arte se sirve de las formas sensibles para realizar, para darle forma al ideal de la belleza; de donde se infiere que ha de haber subordinación de lo sensible a lo ideal.

"Es ideal todo lo que pertenece a las ideas. El ideal artístico es la idea, es el tipo de belleza perfecta concebido por la imaginación creadora.

"El ideal artístico se forma lentamente, por varias operaciones sucesivas. Primeramente la observación y el estudio de la naturaleza suministra a la memoria los distintos tipos de belleza natural que hay en el mundo. Después la imaginación reúne estos tipos en uno solo y determinado, más perfecto, más ordenado y armonioso y de mayor potencia que los suministrados por la memoria. Finalmente la imaginación creadora se apodera de este tipo de belleza y lo engrandece de una manera trascendental, dándole el sumo esplendor de la belleza ideal.

"De esta manera han concebido los grandes artistas sus obras inmortales. Es sabido que Leonardo de Vinci estando para crear el incomparable fresco de la Última Cena, caminaba al azar continuamente, atormentado por la inspiración, estudiando la naturaleza en busca de los elementos de belleza esparcidos en ella y que él necesitaba reunir, para la composición de la gran obra artística que le estaba encomendada.

"Una vez efectuada la composición artística ideal, se hace la realización de ella según las reglas propias de cada arte guiadas por la inspiración del artista, la cual le sugiere el modo conveniente de emplearlas, para que la obra resulte conforme al ideal.

"En esta realización el artista debe primeramente imitar la naturaleza en lo que tiene ella de elevado y bello, sin efec-

tuar una imitación servil, antes por el contrario, idealizándola, es decir, embelleciéndola sin desfigurarla; en segundo lugar debe elegir entre los seres naturales adecuados para su ideal, los de mayor potencia, y los que presenten un orden y una armonía más perfectos.

“Finalmente el artista debe dotar su obra en vía de realizarse del esplendor característico de la belleza, subordinando siempre la imaginación a la razón; de cuya subordinación han nacido todas las verdaderas obras maestras que constituyen el patrimonio artístico de la humanidad.

“Aquellos hombres que han producido esas obras, son los verdaderos ingenios, son las altas cumbres salidas de la raza humana, que se destacan en el decurso de los siglos y que los demás hombres contemplan con entusiasmo. No son hombres de talento, porque el simple talento artístico es la facultad de comprender la belleza y de realizarla en una medida limitada; mientras que el ingenio artístico es la potencia completa, absoluta y ordenada de las facultades estéticas, en la comprensión y realización de la belleza”. (1)

Había seguido lecciones de canto con el afamado maestro Antón, y de muy joven, los ratos que le podía dejar libres la labor del colegio y luego la universitaria, los empleaba cumplidamente sentado al piano, en cuya ejecución pudo sobresalir: “. . . sus recreaciones favoritas, dice el doctor Villegas Ruiz, consistían en el estudio del piano, instrumento que llegó casi a dominar con arte y gusto exquisitos, y en su intimidad con autores muy dilectos”. (2)

Años adelante, imbuído en lo que él creía ser su vocación, apercibiéndose para los oficios claustrales, se le ve entregar sus solaces a las nobles inspiraciones de la música religiosa y a continuos ensayos de canto llano en tonos de salmos, himnos y lecciones; a esa música y a esos cantos, trasunto de las melodías del Paraíso, tan perfectamente adecuados a la alta y austera índole de la religión, a la magnificencia de su culto, a los estados del alma, en la cual despiertan como un vago

(1) V. Elementos de Filosofía, Trat. III, caps. I y II.

(2) Los meses de 1917 que pasó en Madrid los ocupó íntegros en la lectura de escogidos autores modernos.

sentimiento del infinito; música y cantos de deleite fascinador y enajenante, "que alcanzan el supremo esplendor de la belleza", que hacen suspirar el corazón agitándole con una emoción indefinible, extraña a los conciertos profanos; música y cantos, que nos transportan, por la armonía de la fe, a las célicas regiones donde habita el Sér Adorable hacia Quien se exhala en acordes miríficos, la gratitud de las criaturas. Un discípulo nuestro, el joven pianista Juan Vicente Lecuna, que le acompañaba en estos ejercicios, no salía de su asombro al referirnos las imponentes emociones que alternativamente experimentaba en presencia de aquel doble prodigio, que era el doctor HERNÁNDEZ, de austeridad y dulzura, de sabiduría y humildad, de complacencia para los otros y de mortificación consigo mismo; ante aquel espíritu sobrenaturalizado por el amor divino, y por eso lleno de amor a sus semejantes; repleto de cadencias cuanto de resplandores; tan modulado para los blandos concientos del arte, como estable para las arduas disquisiciones del pensamiento.

Refiere San Jerónimo que Orígenes, aquel mancebo que en la flor de sus diez y ocho años era ya un sabio de renombre, quien fué el más fulgente luminar de su centuria y pasmo de los filósofos gentiles, agrupaba en su torno un concurso increíble de oyentes, y por el incentivo de las ciencias humanas, sabía atraerlos a la de la religión.

Igual pudiéramos decir de HERNÁNDEZ; pero atendiendo a los prejuicios de este tiempo y de este medio, vamos a concluir por el lado opuesto, es a saber: que no obstante su filosofía cristiana, no obstante su catolicismo íntegro e innegable, fué un gran sabio, sabio de su época, no retardatario, antes de vanguardia en las falanjes del progreso científico, reconocido, admirado y aclamado como tal juntamente por tirios y troyanos, por los extraños como por los suyos, todos los cuales hubieron de rendir parias, de grado o de fuerza, a su talento colosal y triunfador.

A la manera como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona superiorizando al hombre en el cristiano, así la fe no encadena a la razón, no la obscurece, antes bien acelera, aviva su lumbré, prolongando sus irradiaciones

hacia el infinito, acercándola, como sumergiéndola más y más en la atmósfera de su origen, que es Dios. *La idea de lo infinito*, hé ahí el gran elemento,—ha dicho en alguna parte Ruiz Amado,—que en la esfera material aporta nuestra religión al progreso de la humanidad. Por eso la verdadera ciencia abarca, como dice Lacordaire, los eslabones que constituyen y enlazan entre sí todos los seres, desde Dios hasta el átomo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande; y dándose la mano con la fe, colocando la inteligencia a modo de águila en un punto de vista muy alto, la hace dominar hasta los límites últimos del universo, interpretar por las relaciones que integran la esencia divina las que forman la esencia del hombre y de la naturaleza, y luégo, mediante un proceso de retorno, verificar por las leyes que rigen a los seres finitos las leyes y atributos del Sér infinito. Así se unen la razón y la fe, la filosofía y la religión: comparación de ambos mundos; iluminación del orden natural por el sobrenatural, y viceversa, comprobación de éste por aquél. La filosofía es auxiliar poderoso de la fe, cuyo terreno prepara; y a su vez, la fe es el complemento magnífico de la filosofía. Alguien ha dicho que la filosofía, ancha e inmensa como es, necesita una a manera de divina asistencia; porque ella lo comprende todo en su círculo infinito: el cielo y la tierra, lo sagrado y lo profano, lo pasado y lo por venir, la eternidad y el tiempo: el mundo, el hombre y Dios.

Sin embargo, por más que hagamos valer que la fe es tan función de la mente como la pura lógica, y creamos con Thiers que la religión y la filosofía son dos hermanas inmortales, debemos asentar que los campos respectivos de la razón y de la religión, aunque no separados, son distintos; y así cuando decimos filosofía cristiana al conjunto de nuestros principios y doctrinas filosóficos, por estar en perfecta armonía con las verdades de la fe y proponerlos y recomendarlos la Iglesia, pedagógicamente hablando no la enseñamos por el hecho de ser cristiana, ni fundamos en ello las pruebas de su veracidad y su autoridad científica, sino, como dice Maritain, por ser *demonstrativamente verdadera*, por tomar su valor *de su propia evidencia racional*. (1)

(1) Jacques Maritain, *Eléments de Philosophie*.

No ha faltado quien se dé a creer que HERNÁNDEZ confundía los dos campos, cuando en el Prólogo de sus Elementos de Filosofía, después de decir que aquélla es la filosofía que él ha vivido, la guía de su inteligencia, la que le ha hecho posible la vida en las peregrinas circunstancias que le han rodeado, la que le conforta para seguir viviendo apaciblemente, recordando tal vez la palabra de San Agustín: *non aliam esse Philosophiam. . . . et aliam Religionem* (1), se plantea una objeción y allí mismo con hermoso laconismo la resuelve: "Mas si alguno,—dice,—opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la Filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: le contestaré que *todo es uno*".

En otra ocasión hemos aplicado a HERNÁNDEZ lo que el filósofo francés Boutroux dijo de Pascal: "Hubo en él un sabio, un cristiano, un hombre. Cada uno de los tres es uno, y el uno es el otro, y los tres no hacen más que uno". Ciertamente, HERNÁNDEZ siempre es el mismo, en la firmeza de sus ideas, en su carácter ecuaníme, en su personalidad distinta, en la ejemplaridad consecuente de su conducta; igual a la cabeza del enfermo prodigando su saber y su caridad, en la cátedra despidiendo rayos de luz, en el laboratorio descubriendo secretos para transmitirlos generosamente a sus discípulos, en el rincón del presbiterio humildemente postrado, en íntimo coloquio con su Dios. En él todo es uno; mas si como sér pensador sabe muy bien lo que le toca a la filosofía y lo que le corresponde a la fe, juntando en un haz todas sus facultades, que tiene siempre en armonía y equilibrio, pendientes de Dios, en la plenitud de alma que proporciona el cumplimiento del deber, al modo de Boecio siéntese tan filósofo como cristiano, hecho y confortado a la vez por la religión y por la filosofía, las cuales engendran con todos los bienes la santa paz y serenidad interior, necesaria para atravesar risueño y tranquilo por sobre las penas y azares de la existencia.

Por lo demás, no presumiendo hacer de su libro un tratado didáctico, y dirigiéndose, como en efecto se dirige, a sus

(1) *De Vera Religione*, c. V, nº 8.

compatriotas, lectores cristianos en su casi totalidad, de alma que se conmueve y se apasiona, sin quitarle el puesto y títulos a la razón, podría seguramente,—volvemos a citar a Maritain,—“para mejor situar la filosofía en el espíritu de ellos y ayudarles a mantener su pensamiento en la unidad”, exhibirse él mismo como ejemplo de esa unidad, acomodándose al estilo familiar en la conversación del proemio, y como se ha referido a amor, a gratitud, a moción de sentimientos, decir en el propio sentido que Pasteur: “Mi filosofía procede del corazón, y no del cerebro (1)”; ya que a pesar de todo en el cuerpo del texto, para la exposición y demostración de las doctrinas, habrá de ajustarse a un lenguaje y métodos irreprehensiblemente técnicos y racionales.

Nadie rehusará, pues, reconocer a HERNÁNDEZ las preeminencias del saber como de la religiosidad. En él corren parejas el ideal del hombre, el ideal del filósofo, el ideal del católico, y sus estudios científicos no lastiman ni rozan siquiera a la espiritualidad y delicadeza de su temperamento moral. El catolicismo no niega a la inteligencia las osadías de la investigación; él la da pábulo, la permite explorar tierras ignotas, convencido como está de que nada le es hostil en el universo creado. Por eso es una superchería invocar aún su antagonismo con la ciencia. Las aproximaciones, las afinidades lógicas del espíritu católico y del espíritu científico son a cada día más patentes y estrechas, así en la analogía de sus postulados, como en las símiles disposiciones que ambos requieren, como en su significación y valoría, pues uno y otro, apoyándose sobre bases permanentes, siguiendo idénticos procedimientos, aunque por diversos caminos, llevan al mismo faro, a la misma concepción de la verdad, que es fija, indivisible, universal y necesaria.

El quilate intelectual y científico de HERNÁNDEZ se acendra, se embellece, por haber sabido mancomunar tan poderosamente su catolicismo cuán ilustrado y severo, y su filosofía cuán exigente, en el propósito de procurar libre vuelo a la razón, dirigir y suspender las almas jóvenes y magnificar

(1) Pasteur, *Carta a Sainte-Beuve*, 1865.

con brillo inmacillable el ambiente de la verdad. HERNÁNDEZ ha demostrado en sí mismo el urgente menester del cultivo útil y práctico de la filosofía para comunicar fuerza y disciplina al espíritu, para obtener la integralidad del desenvolvimiento y del equilibrio mental. El ha hecho ver y medir su valuación exacta, su derecho a la perennidad en los estudios, como complemento indispensable y fecundo de la ciencia; como quiera que las ciencias experimentales, en su presunta aspiración de usurparla el puésto, no han sido eficaces ni con mucho a reemplazarla. Las ciencias mismas necesitan de la reacción, del control supremo y unitario de la Filosofía, de este ojo que abarca totalmente, en su conjunto, en su unidad sintética, el inmenso panorama del pensamiento y del universo. La Filosofía trabaja sobre la realidad concreta, “es el único estudio orientado hacia la realidad misma”,—ha dicho Fouillée,—el más positivo de suyo y capaz de producir certeza absoluta. La Filosofía es quien, dentro de los extremos de la razón, responde seria y formalmente a las cuestiones que el hombre, inquieto como ante enigmas, no puede menos de plantearse respecto a su origen, su esencia, sus fines y destino: para no traicionar la causa de la humanidad, a ella le toca hablar cuando todo lo demás calla; y las otras ciencias, como dice Wundt, “no pueden sino engendrar cuestiones esencialmente filosóficas”. Por lo cual es muy justo pensar, con Claudio Bernard, que la filosofía es la que impulsa y estimula al pensamiento científico en su saludable movimiento vivificador y le mantiene el fuego sagrado de la investigación. Ella es,—había dicho Aristóteles,—“la más divina de las ciencias, y los dioses pudieran envidiársela a los mortales, si fueran accesibles a un sentimiento de celos”.

Todas estas ideas que nos hace concebir el luminoso compendio de HERNÁNDEZ, nos inducen a alertar la juventud, la cual, dice Pictet, “tocada de gangrena intelectual, enervada en su savia la conciencia de su individualidad activa, ni cree ya en sí misma” (1); para que, volviendo cara por su bien, mire con mejor ojo a un estudio que es la vida y reserva de

(1) Raoul Pictet, *Etude critique du Matérialisme et du Spiritualisme par la Physique Experimentale*.

todo saber, la verdadera norma mental, la antorcha que guía al entendimiento en los tenebrosos cataclismos que a veces lo sacuden y amenazan.

Precisa ser muy explícitos y definidos, decir la verdad sin ambages, sobre todo cuando se trata de orientar a la juventud en algún sentido, y mayormente en el que entraña la vida o la muerte para el espíritu. Esta filosofía a que nos referimos, cuya necesidad objetiva proclamamos, no es ni puede ser otra sino la que abreva en las puras inmortales linfas del tomismo: de esa síntesis filosófica por excelencia, poderosa y exuberante de pensamiento y actividad, a cuyas límpidas aguas viene atrayendo la Iglesia ha casi medio siglo por la voz de sus Pontífices, en el propósito de salvar la humana razón, amenazada de inminente riesgo merced a la turbia corriente intelectual contemporánea, cuando las ciencias experimentales, divorciadas de la filosofía y ocupándose sólo en hechos y fenómenos, han dejado de ser realmente científicas.

Es admirable la gradual concepción y videncia de la Iglesia aun dentro el horizonte del simple saber humano. León XIII pondera como una necesidad el recto uso de la filosofía, y para restaurarla convida el mundo estudioso a volver hacia Tomás de Aquino, preconizando sus métodos de conformes con la misma dignidad de las ciencias (1). Pío X acusa de temerario al que se aleje del Ángel de la Escuela, y prescribe la enseñanza de sus grandes principios y la guarda de sus aforismos y sentencias: *principia et pronuntiata maiora*. (2) Benedicto XV ordena que las tesis tomistas sean propuestas como reglas de dirección segura: *tutae normae directivae* (3); y luégo en 1917 tan insigne Papa aumenta su gloria al aprobar y promulgar el Código Canónico, en que se estatuye como ley para la formación de los jóvenes, no sólo en la teología sino también en la filosofía racional, atenerse a la disciplina, a las lecciones y principios del doctor Angélico, los cuales son doctrina preferida de la Iglesia (4). Y Pío XI,

(1) Encicl. *Æterni Patris*, 4 agosto 1879.

(2) *Motu proprio*, 29 junio 1914.

(3) A la Congr. de Sem. y Universid. 25 febrero 1916.

(4) Canon 1366, párrafo 2.

felizmente reinante, en su encíclica *Studiorum duces*, de 29 de junio del presente año de 1923, relativa al VI centenario de Santo Tomás, ha promovido un concierto unánime de amor y alabanza para este Maestro de sabios, como benefactor incomparable de la inteligencia humana, y sancionándole con toda solemnidad el título glorioso de *Doctor Común* de la Iglesia, con que la vieja tradición le había ya distinguido. "Lo que Santo Tomás asentó acerca del alcance y del valor de la inteligencia humana, es decisivo", ha dicho Pío XI.

Santo Tomás, en efecto, es el genio máximo y soberano de la filosofía, a quien cupo no sólo conducir la razón, por un verdadero intelectualismo, hasta la cima de los primeros principios, sino el triunfo de intuir y resolver con acierto y unidad maravillosa, para todos los tiempos, los magnos problemas de los pasados y del suyo. El aprovechó cuanto de verdad había implantado aquel otro genio gigante, Aristóteles: depuró y perfeccionó sus enseñanzas para bautizarlas cristianas, y elevándose como el cóndor, sobrepujando a los sentenciaros y sumistas más en auge, llenando todos los vacíos de la ciencia, construyó su síntesis, obra-prodigio por lo coherente y sistematizada, el más perfecto modelo de organización, de coordinación, de unificación mental, que haya concebido humano ingenio.

El sistema de Santo Tomás, en el cual se juntan admirablemente la experiencia y la razón sin exigirles sacrificios a la una ni a la otra, luminoso consorcio de lo real y lo especulativo, ha contado eximios prosélitos y representantes al través de los siglos. Hoy, en medio de la confusión científica de nuestra edad, cuando los que se dicen sabios han desechado los conceptos de naturalezas y esencias, de sustancias y causas, cuando, como dice Joubert, "abundan las ideas superfluas y no se tienen las ideas necesarias"; hoy, ese sistema revive victoriosamente en el neo-tomismo, una de cuyas escuelas es la célebre de Lovaina, con el sapientísimo cardenal Mercier a la cabeza, y a la cual nadie, de cierto, se atrevería a tachar por caduca. "¿Quién no siente la oleada de tomismo que pasa sobre el mundo?" preguntaba hace poco Barrés, días antes de morir, frente a la selección de espíritus que buscan el amor de la vida intelectual bajo las alas angé-

licas del Aquimato. Y lo que es más: ese sistema casi se impone ya, por su vitalidad fecunda y por su vibrante actualidad, a los grandes próceres de la moderna filosofía, en quienes se advierte hacia él una tendencia simpática, un como acercamiento conciliador, de que no es difícil predecir, acaso para muy pronto, que será una conversión definitiva. Qué hermosamente lo han calificado dos filósofos contrarios suyos, el protestante James al considerarlo como "la expresión misma del sentido común organizado y codificado", y el judío Bergson, al llamarlo "una metafísica natural de la inteligencia humana"! Porque para el Aguila de la Escuela "la inteligencia es una vida, lo que hay de más perfecto en la vida": la inteligencia es en las criaturas la señal más elevada del sér, de la vida y del poder, como quiera que lo que somos, aquello de que somos capaces, todo lo que alcanzamos, lo somos, lo podemos y lo logramos por ella.

Si se reflexiona en este desenvolvimiento espiritual que se vislumbra en el universo, fácil es colegir la gratitud que una vez más deberán las inteligencias al cristianismo salvador. Como las juventudes no se muestren rehacias a la luz, readquirirán vigor y confianza en sí propias, irán a la vanguardia del renacimiento; a la manera que Santo Tomás asimiló para la filosofía cristiana el antiguo acervo aristotélico, ellas extraerán todo cuanto palpita de vida en las corrientes modernas, y con la antorcha del tomismo, desharán las nebulosas, despejarán los problemas morales y sociales en que la humanidad se agita, y penetrarán de lleno en el orden perfecto de la sabiduría.

En 1905 suscitóse en nuestros círculos científicos, iniciada por el ilustre Secretario Perpetuo de la Academia de Medicina, una resonante discusión sobre lo legítimo o ilegítimo, en la enseñanza, de la doctrina de la evolución universal que, referente al hombre, se dice de la descendencia.

HERNÁNDEZ, a la voz de su deber intelectual, que le llamaba a la expresión precisa de sus convicciones, testificó categóricamente su opinión: "*Yo soy creacionista*".

No quiséramos creer que, desorientando más todavía a la juventud, se intentase deliberadamente implantar como dogma científico la desapoderada y ya caduca teoría darwinista que,

aun en su tiempo, no había pasado de mera y advenediza hipótesis; teoría que desde 1889 había sido objeto de un formidable ataque, casi un canto fúnebre, en el Congreso Antropológico de Viena, de boca nada menos que del célebre positivista Virchow, quien, con toda su autoridad y sapiencia, se pronunció allí por la unidad del género humano; teoría acerca de la cual en 1901 se publicaba en "Timoteo", obra póstuma de Hettinger, la siguiente elegía: "El darwinismo ha traspasado ya el cenit de su gloria, y comienza a ser considerado, hasta por los más despreocupados en materia de religión, como lo que es en realidad, una tesis oscura, violentamente introducida en la investigación científica"; teoría a la que se ha referido recientemente el entomólogo Kéllogg diciendo: "¿Qué es lo que produce la diferencia de las especies? Esta era la pregunta de mayor importancia para el espíritu de Darwin. . . . Y desde la época de Darwin para acá, hemos averiguado otros hechos que nos han revelado algo más sobre las diferencias de las especies. No obstante, todavía estamos lejos de encontrar una explicación general y satisfactoria de la formación de ellas" (1).

"Yo soy creacionista!"

Con cuánta razón lo dice HERNÁNDEZ a boca llena, sosteniendo la tradición secular de los sabios católicos! Ello, empero, no le impidió como hombre de ciencia moderno, de ideas claras, justas y amplias al servicio de la verdad, adherir, sin menoscabo alguno para la fe, a la opinión intermedia del evolucionismo moderado, que pone a salvo las revelaciones bíblicas y las conclusiones de la filosofía cristiana.

Así, en estos novísimos días, lo apoya, entre mil otros, el sabio canónigo belga, doctor Dorlodot, director del Instituto Geológico de la Universidad de Lovaina, el cual había representado a su Alma Mater en las fiestas del centenario de Darwin, celebradas en Cambridge el año 1909; y quien además se atreve a avanzar conclusiones que parecerían exageradas a favor de la doctrina evolucionista, pero sacando, por supuesto, del alcance de ésta al hombre, cuya creación inmediata por Dios no pone ni podría poner en tela de duda.

(1) *La Ciencia y el alma*. V. "Interamérica", julio 1923.

Permítasenos decir aquí, con todo el respeto que nos merece su persona, que acaso el señor doctor David Lobo, Presidente de la Academia para el día del fallecimiento de HERNÁNDEZ, no conociera los Elementos de Filosofía, que nos han ocupado, pues en su discurso, aunque abundante en elogios, dice rotundamente que HERNÁNDEZ no admitió jamás transacción alguna entre la ciencia moderna y la revelación divina. No fué así por fortuna, y precisa no dejarle arrebatarse a HERNÁNDEZ este timbre: desde 1912, cuando se imprimió su libro, HERNÁNDEZ se anticipaba a desmentir la imputación, "hermanando,—lo confiesa el propio doctor Lobo— por modo milagroso, los principios fundamentales de la filosofía, con las creencias religiosas y esencialmente espiritualistas que nutrieron su corazón desde la infancia" (1); como se anticipó asimismo con dicho volumen, evidencia de sereno equilibrio y de una apostura mental eminente, a cuantos quizá pretenderían considerar de chifladura su conducta posterior.

No nos parece por demás transcribir las interesantes páginas en que HERNÁNDEZ explica la susodicha hipótesis evolucionista en el sentido aceptable respecto a la formación del mundo y a las manifestaciones de la vida, poniendo de resalte su acuerdo con la sublime narración del Génesis.

Dice el doctor HERNÁNDEZ:

"El origen del mundo se deduce fácilmente con sólo considerar los seres que lo forman. Todos ellos son compuestos, relativos, mudables, temporales y contingentes; luego sería contradictorio el suponerlo eterno; por consiguiente, no pudiendo ser eterno, ha debido tener un principio.

"Antes de existir el mundo es imposible que se hubiera formado el mundo de la nada, porque de la nada, sin una causa eficiente, nada puede salir; pero como esta causa existe y es Dios, es evidente que Dios es quien ha creado el mundo de la nada.

"La manera cómo fué creado, no es posible conocerla científicamente, porque siendo ésta una cuestión histórica, ha de ser resuelta por el método histórico, es decir, por el méto-

(1) Discurso del doctor Lobo.

do analítico con el criterio testimonial. En los momentos en que apareció el mundo no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y por consiguiente científicamente insoluble.

“Pero si no se puede saber dicho origen de una manera cierta, se pueden hacer hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Son dos las hipótesis que se han inventado para explicarlo.

“Según la más antigua, todos los seres existentes actualmente, fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas separadas e independientes las unas de las otras; los siglos que han tenido de duración no las han modificado de una manera notable y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas.

“Esta hipótesis es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres existentes ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en la formación y el desarrollo de los astros, así como también la formación de las diversas capas que constituyen la corteza terrestre.

“La segunda hipótesis es la teoría llamada de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que teniendo en consideración los hechos observados hasta hoy, relativos a esta materia, explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo; y puede armonizarse perfectamente con la revelación.

“Podemos explicar el origen del mundo según esta doctrina de la manera siguiente:

“La primera operación de Dios en esta obra productora del mundo fué la creación de las fuerzas físicas y de la materia imponderable. Apareció primeramente el éter, el cual vino a constituir el espacio en que habían de situarse los cuerpos; en seguida se produjeron en él los movimientos de vibración productores de la luz, del calor y de la electricidad.

"Dijo pues Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha.

"Después dió el sér a la materia ponderable en forma de nebulosa, derivándola probablemente de la imponderable e inmensamente rica en energía; de ella, por una lenta y gradual evolución, habrían de irse formando los mundos siderales y también el nuestro, obedientes a las leyes naturales establecidas en el plan divino.

"La tierra, empero, estaba informe y vacía.

"Luégo que se hubo formado la tierra, y que tuvo la temperatura conveniente, creó Dios la vida. Apareció la vida vegetal en sus primeros elementos, derivados de la materia mineral terrestre existente, los cuales probablemente no estaban constituidos al principio sino por un reducido número de tipos muy sencillos, de los cuales se fueron desarrollando, en el curso de largos siglos, las otras especies, cada vez más perfectas y de estructura más complicada.

"Dijo asimismo: Produzca la tierra yerba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo.

"En seguida creó Dios la vida animal. Su cuna fué el fondo del océano. En él aparecerían algunas formas elementales, de las cuales habrían de derivarse en una evolución no interrumpida, las especies zoológicas actuales, con todos sus representantes, hasta los grandes mamíferos acuáticos hoy en vía de desaparecer.

"Pero el océano no sólo produjo sus habitantes naturales designados con el nombre general de peces, sino que se desarrollaron también las aves originalmente en su seno, las cuales vinieron en seguida a poblar la atmósfera, pues está demostrado científicamente que los peces y las aves aparecieron en la misma época en la superficie de la tierra.

"Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo.

"Después creó Dios los demás animales de la tierra. Aparecieron, según parece probable, como en el mar, algunos tipos de muy simple estructura y de ellos se fueron derivan-

do los otros por las transformaciones debidas al medio en que se encontraban; por la necesidad funcional que producía los órganos adecuados; por el hábito que fortifica los órganos; por la lucha por la vida que establece una selección natural; y por la herencia que fija en la descendencia los caracteres adquiridos durante la evolución.

“Dijo todavía Dios: Produzca la tierra animales vivientes de cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra según sus especies. Y así fué hecho.

“La tierra, el mar y el aire iban quedando poblados de los seres vivos, conforme el curso de los siglos permitía su lento desarrollo según el plan divino. Para hacer la obra maestra que faltaba todavía en la creación, hubo como una deliberación a nuestro modo de entender, en la mente divina, y fué entonces, después de esta como deliberación, que se produjo la palabra creadora omnipotente:

“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra.

“La formación del hombre comprendió dos operaciones sucesivas: primeramente la referente al cuerpo, el cual se produjo mediante el arreglo conveniente de los minerales terrestres, los cuales, produciendo los elementos anatómicos y los tejidos naturales recibieron, siguiendo el mismo plan que en los otros animales, la organización suficiente e indispensable para que pudiera verificarse la segunda operación, la creación del alma simple, espiritual, racional e inmortal que había de animarlo.

“Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional.

“Como vemos, pues, esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la Creación, a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación, pues muy bien puede admitirse que reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo, Dios concurra para animarlos, así como una vez que están reunidos el óvulo y el

espermatozoide de la manera natural, Dios termina la formación del hombre, creando el alma que ha de animarlo.

“Y por otra parte, la doctrina de la descendencia recibe de la verdad de la creación un grado de verosimilitud sorprendente, porque ninguna inteligencia bien equilibrada podrá nunca admitir que por pura casualidad las fuerzas físico-químicas, que necesitan dirección, hayan podido, en las distintas partes del mundo y en los distintos siglos, producir todos los hombres con una estructura y una organización siempre las mismas; es decir, con el mismo número de partes óseas en su esqueleto, con músculos y nervios enteramente idénticos, con igual número de órganos y de aparatos; y no solamente con todas las partes del cuerpo necesarias para el funcionamiento de él absolutamente iguales, sino que hasta los órganos rudimentarios, inútiles para el individuo, están presentes en todos los hombres, revelando la identidad de los individuos de la raza humana, y manifestando claramente que sin la intervención divina, el mundo es completamente inexplicable para la ciencia.

“Respecto a la materia, se ignora por completo su naturaleza; la ciencia actual supone que está formada de moléculas, las cuales se componen de átomos, los que a su vez estarían constituidos por innumerables partículas en movimiento; ésta es una hipótesis que sirve para explicar las reacciones químicas y los fenómenos físicos de que la materia es asiento.

“La vida se revela a la observación no en su esencia, sino en sus manifestaciones, que vienen a ser los fenómenos de los cuerpos vivos. Entre estos fenómenos el sobresaliente es la actividad. El cuerpo vivo tiene múltiples actividades que concurren a su desarrollo y conservación, y como estas actividades se reducen a actos físico-químicos, es necesario, para explicar la vida, suponer que hay además en dichos cuerpos vivos un principio ordenador y director de las fuerzas físico-químicas, las cuales no pueden sin dirección producir los complicados movimientos de la vida.

“Este principio se llama el principio vital. Separado de la materia viva, se produce en ella la muerte; después de la cual continúan obrando las fuerzas físico-químicas, pero de

una manera desordenada hasta que se produce la total descomposición del cuerpo.

"El principio vital no puede ser fuerza ni materia. Ha de ser una sustancia simple e inmaterial.

"El principio vital del hombre es su propia alma racional". (1)

Cerremos éste, ya largo capítulo, con el recuerdo de algunos de los más importantes sinceros testimonios tributados ora al sabio ora al cristiano, por sus propios colegas como por discípulos, quienes debieron conocerle hartó bien para juzgarle y apreciarle tan en justicia y certidumbre.

"Su fe religiosa es tan pura, como puros han sido todos los actos de su vida en el mundo y en el comercio de los hombres", decía en 1908 el doctor Razetti, que en página vibrante de franco afecto fué quien lanzó, como una explosión sobre la adormida sociedad de Caracas, la noticia de la partida del doctor Hernández para el encierro de la Cartuja. "Ocupó un puésto prominente en la profesión... profesor ilustrado, que tuvo la gran gloria de fundar los estudios experimentales de Bacteriología y de Fisiología... su inmaculada vida... sus aptitudes y su vasta ilustración científica... la entereza de su carácter... la patria debía esperar aún muchos beneficios"... Y después, en 1919: "El candor y la fe fueron las dos grandes fuerzas que le conquistaron la más amplia independencia espiritual, el más extenso dominio de sí mismo y la poderosa energía moral de su gran carácter... Fué médico científico al estilo moderno; investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo... Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la patria".

El doctor Lobo: "En el campo de la ciencia, su amplio entendimiento desplegó alas de cóndor y remontó muy alto el vuelo... eligió los estudios quizá más arduos de la medicina; y conquistó rápidamente en fisiología, histología y bac-

(1) *Elem. de Fil.* lib. II, trat. IV, 2ª edic.

teriología un alto puésto que nadie osó disputarle y desde el cual derramó sin parsimonia el vasto caudal de los conocimientos con que durante treinta años nutrió el cerebro de sus incontables discípulos”.

El doctor Fonseca: “Sin omitir sacrificios, con la pujanza de sus brillantes talentos, se amaestró en la experimentación... enriqueciendo su acervo biológico de suyo bien nutrido... basta para su eminente notoriedad el título de *fundador de los estudios de fisiología experimental en Venezuela*... es el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea”.

El doctor Francisco A. Rísquez: “¿Qué luces de rarísimos fulgores brotaban de aquel cerebro, en este campo intelectual de suyo tan brillante, para que yo mismo, apenas apareció en el terreno científico, le apellidase sin hipérbole *el sabio casi niño*?... ¿Qué chispa ultraterrena encendió en aquel cuerpo, a un tiempo mismo, el cirio de la Fe Suprema y la antorcha de la Ciencia Soberana, hasta ofrecer a la admiración de todos un arquetipo de filósofo creyente?... Yo le veía recorrer, con incansable actividad, el intrincado laberinto del mundo, sin comprender qué fuerza le guiaba o sostenía; pero sabiendo, sí, que sus caminos eran los de la virtud, y su norte la Eterna Bienaventuranza”.

El doctor Villegas Ruiz: “No contento con el goce interior y la dulce paz de su conciencia, que tan abundantemente le proporcionaba su Piedad, hija de su Fe, escribe como la profesión pública de ésta en el prólogo de su Filosofía; no olvidando, empero, en la práctica de su hermosa y meritísima vida, que la Religión no está toda en la Fe, pues si en verdad ésta es el cimiento, el nervio, que sostiene la alteza de esa palma, para que se levante al Cielo, la Religión consiste además en la Caridad, que es como el alma de su vida; la virtud que une al hombre con Dios y con sus prójimos; virtud ésta en cuyo diario ejercicio sorprendióle la muerte tan llena de misterio en su caso, por las circunstancias de tiempo y lugar en que ocurrió, y perfectamente comparable con el brusco tronchamiento del más hermoso de los lirios que alegran nuestros campos!...

“Paz a la memoria del insigne y excepcional compañe-

ro; y sea ella, en todo tiempo, ustorio poderoso de sus virtudes que incendie los corazones y las inteligencias con los ardores de la Fe; ya que el doctor HERNÁNDEZ fué y seguirá siéndolo: símbolo glorioso de la perfecta armonía que existe, que ha existido y que existirá en todo tiempo entre aquella y la Razón".

El doctor Temístocles Carvallo: "Pedagogo y experimentador, no son simples palabras las que pueden darnos idea siquiera aproximada de la magnitud de su obra. El solo hecho de haber fundado en Venezuela la Histología, la Bacteriología y la Fisiología experimental, sin las cuales nuestra Medicina no se habría despojado de la bruma de empirismo que rodea la cuna de toda ciencia, es título bastante para consagrarlo al amor y a la veneración de los pósteros... Cuando pensamos que sin la Bacteriología, base de la Etiología, y sin la Histología, fundamento de la Anatomía Patológica, el estudio científico de nuestras entidades mórbidas no habría dejado de ser un mito, nos damos cuenta exacta de lo que en el desarrollo cultural del País representa la recia figura de José Gregorio Hernández".

El doctor Carbonell: "...el biólogo más ilustre que haya brillado en la Escuela Médica de Caracas... el más sagaz de los maestros, y el más pedagogo de los profesores... de sabiduría experimental, de aquéllos que estudian la Biología en el propio centro de las ciencias biológicas... verdaderos biólogos, sabios que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; hombres que amando la ciencia no la exageran, y perfeccionando la obra experimental no la confunden".

CAPITULO VI

*La amistad, la familia y la patria.—Blasones nobiliarios.—
El amor cristiano de la familia.—La disciplina de la ca-
ridad.—El padre de los suyos.—Abnegación perfecta.—
Ciudadano y patriota excelente.*

Una de las más hermosas cualidades de las almas leales y grandes, una de las que mejor acusan la esmerada educación, la prestigiosidad de la virtud, que es al propio tiempo manantial de innumerables bienes, de muy dulce encanto y sosiego para el espíritu, se vincula al mantenimiento de la armonía con los amigos y sobre todo en las relaciones domésticas y familiares.

La amistad santa, la verdadera amistad, aquel *medicamentum vitae* del Eclesiástico, es una luz, un lenitivo, una ayuda, en las tinieblas, en los dolores, en las pruebas y contradicciones de la existencia. Contar con un alma amiga para comunicarnos, que nos comprenda, que nos aconseje, que se nos identifique y consustancie, es hallar con toda verdad un bálsamo, un tesoro, un regalo de Dios mismo. Aunque abstraído del diario bullicio, HERNÁNDEZ no dejó por cierto de amistarse, a causa de su profesión como por su fina espiritualidad, con algunos seres selectos y piadosos, con quienes establecía una íntima y primorosa reciprocidad de oraciones a que era

fidelísimo, y en quienes depositaba la más pura y sentida confianza al hacerlos confidentes de sus penas. "Tuve el inefable consuelo de leer su encantadora carta... me ha producido una verdadera plenitud de paz, y ahora me entrego con más resignación en las manos de Dios. Las enfermedades son la verdadera prueba en la cual se nos demuestra claramente nuestra nada, lo nada que somos física y moralmente. Esta que yo he tenido... ha echado por tierra todos los planes que me había formado, una vez que el doctor que me asiste opina que debo regresar a Caracas, porque según él cree, el invierno me sería peligrosísimo. Ya usted se imaginará cómo he recibido esta sentencia". (1) "Recibí su finísima carta... He estado saboreándola, y no le podría decir bien cuánto me conforta y anima en estos momentos en que necesito fortaleza para emprender de nuevo mi entrada en el mundo, que en esta ocasión abordo con la seguridad de que será hasta el fin de mis días, pues mi salud tan minada no me permite hacerme la más ligera ilusión". (2)

Por lo que hace a las ligaduras de la familia, constituyen una bella y amable connotación, filtro de sabrosísimos consuelos, que coopera al bienestar y tranquilidad común, al predominio y buen nombre de una casa, a la guarda de las prendas y a la perpetuidad de las tradiciones que enaltecen su ascendencia, exhibiendo de relieve las figuras eminentes con que, en el transcurso de los años, ese hogar haya podido enriquecer a la causa de la patria y de la civilización.

El culto de la familia pertenece a las vinculaciones primerizas del cristiano y del ciudadano, enlazándose en íntimo maridaje con el culto patriótico, que tiende a plasmar, a desenvolver y a solidar. En el Decálogo, fundamento natural y código sagrado de toda religión y sociedad, la patria, la tierra que el Señor Dios confiere a cada cual, aparece como el primer galardón y regalo de la Providencia a su criatura predilecta, en recompensa aneja a la observancia de las afinidades de la sangre y de los eslabones abolengos. *Honra a tu padre*

(1) Carta a la señorita Dolores Rodríguez Miranda, de París, a 27 de mayo de 1914.

(2) Carta a la misma señorita, de París, a 28 de julio, 1914.

y a tu madre, esto es: respeta, ama y venera, no sólo a quienes te han dado el sér, sino a todos tus antepasados, aquéllos en quienes encarna la limpieza de tu estirpe, y cuya vida, en línea de fecundas hazañas, anima tus ideas y tus obras, y forma y dilata la historia de tu parentela y nación; exalta sus trofeos, imita sus ejemplos; *para que vivas largo tiempo en la tierra que el Señor te ha de dar*, vale decir: para que no se interrumpa la sucesión de almos hechos insignes que esclarecen y dignifican tu raza, y prometen a su fama y a tu nombre los días crecidos y perpetuos de la inmortalidad.

Por eso, no sólo los grandes hombres velaron siempre con interés y orgullo por continuar la ilación de los sucesos notables, el patrimonio del valor, los talentos ilustres, las empresas de ciencia y caridad en que intervinieron o de que dieron muestra sus mayores célebres, por levantar una familia digna que concurriese con proezas nuevas a la glorificación de su progenie y al engrandecimiento de la nacionalidad; sino también los varones humildes, desde la pequeñez, si obscura, honrada de su cuna, empezaron con el propio fin la hilera de merecimientos llamada a ordenar una aristocracia, cual ninguna otra benéfica para las generaciones: la aristocracia de la virtud.

El cuidado y la vigilancia de la familia, las ternuras constantes, las tolerancias mutuas que es preciso desplegar a cada paso, los sacrificios de todos los días, las intimidades de las almas; en una palabra, la educación irreemplazable de que es teatro único el hogar: hé ahí el germen de las magnas virtudes que van a constituir mañana una porción del honor, de los blasones y de la prosperidad de la Patria.

Vástago de una prosapia integérrima y preclara, el doctor HERNÁNDEZ aspiraba naturalmente a que, una vez desaparecido su cristiano y digno padre, por motivo alguno se deslustrasen ni extinguiesen los limpios pergaminos de su noble y esclarecida gente (1); por lo cual al volver de Europa, dueño

(1) "Te mando un cuadro en que están los escudos de las familias... un libro en que está la historia de nuestra familia... y lo leas con todos para que sepan las virtudes y el noble origen de sus antepasados..."—Carta a su hermano don César, de Madrid, a 16 de julio de 1917.—El mencionado libro contiene la certificación de genealogía, nobleza y blasones de las familias Hernández y Cisneros, descendientes de Casas muy remotas e ilustres por su hidalguía, sus hazañas y privilegios, como también los de

en un todo de su suerte, rozagante de juventud e inteligencia, flor y nata de su distinguido linaje, sonreído por la fortuna merced a su indiscutible competencia, y acaso pensando en la deuda contraída con el autor de sus días, que le había señalado una ruta cierta y brillantísima, quiso corresponderle reemplazándole, y recoger su herencia, tomando sobre sí, primicerio para el deber y el sacrificio, la carga, solamente la carga, de las recias y tremendas funciones paternas. Residenciado en Caracas, concretado al profesorado de sus cátedras y al servicio de sus enfermos, fué trayendo paulatinamente a su lado a su virtuosa tía paterna, de quien dice el libro genealógico que su vida fué de abnegación para con la familia, habiéndose constituido en madre de todos los huérfanos de ella; a los hermanos solteros, a los casados con sus consortes y sus hijos, a la honorable madrastra con los suyos; a todos los cuales prodigó atenciones y celo de padre solícito y amoroso, sufragando los gastos de su estancia en esta ciudad. Aquéllos que estaban en edad escolar, fueron instruidos y sostenidos a sus expensas, y de igual modo los que siguieron estudios y coronaron exitosamente la carrera. HERNÁNDEZ granjeó así títulos de acreencia a las alabanzas de la patria; y parecerían increíbles la severidad y listeza con que él se daba cuenta de sus gratuitas responsiones, como las diligencias y ternuras con que solía custodiar a aquellos sus hijos de adopción, informarse de sus adelantamientos, de los ínfimos pormenores de su cultura, de su subsistencia, de sus enfermedades; y no perdía ocasión para suministrarles el consejo adecuado y afirmarlos en la senda del deber y la virtud.

Cuántas veces sentiríase oprimido por la pesadumbre que se había echado auestas! No más, acudía a Aquél que es foco de iluminación y fortalidad, y recordaría las palabras de Sylvain: "No vives al acaso en ese estado de fortuna y de salud, en esa casa que habitas, con esas personas que te ro-

sus enlaces o alianzas; certificación expedida en Madrid por don Félix de Rújula, etc., etc., Decano de los Cronistas Reyes de Armas de Su Majestad Católica, mediante la vista y compulsión de los documentos auténticos y correspondientes archivos, de relaciones justificadas y noticias tradicionales exactas, legalizadas por el Consulado de la República, y a pedimento del doctor Hernández, para perpetuar la buena memoria de sus antepasados, que se establecieron en Venezuela con gran lustre y estimación, y en quienes la nobleza de la cuna estaba realzada por las virtudes de que siempre dieron ejemplo y por lo celosos que fueron en su adhesión a los preceptos de la santa fe católica.

dean, sometido a ese trabajo que te cansa, que te aplasta con su prolongación, con sus dificultades, y sobre todo con su responsabilidad". (1) Pues templado para la caridad, y rectamente ordenado en su conducta, la ejerció imperturbable con los suyos, sin hacerla sentir cual tela de finísima seda, trasmitiéndoles en primer término su propio ardimiento de amor divino, trabajando asiduamente por sus almas, en la convicción de que esta labor, lo declara San Gregorio, es la oblación más grata que se puede ofrendar al Señor; y luégo, procurándoles una más que decente posición en consonancia con los fueros de su ínclito y antiquísimo rango, pero lejos de toda ostentación vana. Bajo su égida protectora, ellos fundaron hogares modelados conforme a las pautas del honor más rígido, que son ornamento y prez de nuestra capital, por sus cristianas costumbres y ejemplar piedad, por sus calidades sociales, por la austera veneración y copia de sus antepasados. Su corazón generoso y previsivo no daba huelga al cariño, y en las minucias de cualquier entidad flotaba, siempre avisado y exquisito, su servicial y dulce cuidado, para prevenir un peligro, para impedir un rompimiento, para socorrer una necesidad, para mitigar un dolor, para ingerir una complacencia, para ilustrar un alma, para recordar un deber.

Esa tarea paternal de que él mismo se personó voluntaria y espontáneamente, y que puso con fortaleza sobre sus jóvenes hombros, cumplióla sin descanso ni reservas en una encomiable diuturnidad, con ahinco y abnegación tan sencillos pero tan acabados, con tal infatigable heroísmo, que era singular admiración de propios y extraños. Paradigma de desprendimiento, maestro de humildad, enamorado de la cristiana pobreza, "deliciosa señora" en frase de San Francisco de Sales, que arranca del alma todo apego al placer y al dinero, victorioso del egoísmo, nada apetecía para sí y consagró íntegramente a aquella buena y numerosa familia sus desvelos y economías, hasta la fecha de su viaje para la Cartuja, cuando, movido por un marcado espíritu de conciliación y de sabiduría práctica, distribuyó la totalidad de sus bienes entre ellos, con tamaña justicia y benévola equidad que, en concordia y

(1) Abate Sylvain. *Pepitas de Oro*.

sin quisquillas, todos quedaron plenamente conmovidos, plenamente edificadas, plenamente contentos, plenamente agradecidos.

“Todas las cosas que quedan en casa se deben repartir entre todos, conforme lo dejo dispuesto en el escrito que encontrarás. . . .; deseo de todo corazón que esto se haga en la mejor armonía y sin disgusto”. (1)

En todas sus cartas, que respiran la mayor sinceridad y llaneza, se aúna el afecto sobrenatural a su familia y amigos con la tristeza de la separación, “lo más difícil de sobrellevar”, dice él mismo; pero también con la conformidad resignada al llamamiento divino y la esperanza del cielo. Cuando se ama en Dios, el alma saca fuerzas de su flaqueza, no digamos mal: el alma se reconstituye con la savia de la gracia, para no marchitarse con los fuegos de la tierra, para levantarse hasta Dios y no pensar ya sino en el ideal del renunciamiento y de la perfección. Entonces se ven y se entienden las cosas con plena claridad, se ama como es debido, y la ausencia, lejos de romper, anuda los lazos, como si aguzara los ingenios y delicadezas que unen los espíritus.

“Tú comprendes lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente; y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra.

“Te dejo un cuadrito, que es para toda mi familia como un último testimonio de mi cariño; es el que contiene la carta en que el Padre Maestro de los novicios de mi Cartuja, me avisa que nuestro Superior General se ha dignado admitirme en el Convento; es además, una verdadera reliquia por estar escrita por un santo.

“Te recomiendo mucho a María Luisa (su tía); el tener que dejarla me ha sido el más doloroso de los sacrificios que he tenido que hacer; haz con ella mis veces. . . .

“Les ruego a todos me dispensen cuanto les he hecho sufrir. . . que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo”. (2)

A un sobrino: “Tú sabes que te tengo metido dentro

(1) Carta a su hermano don César, desde Puerto Cabello, junio 6 de 1908.

(2) Carta citada.

del corazón y que desearía estar siempre y a todas horas a tu lado. No pierdas el tiempo, estudia mucho, que el bien es para ti. No seas despegado con la familia, visítalos a todos con frecuencia. . . .”

A una sobrina: “. . .no tengo que recomendarte nada, porque sé que eres muy buena; pídele al Señor por toda tu familia siempre”.

“El doctor HERNÁNDEZ—escribe el Pbro. Dr. Manuel Arteaga—recuerda a su Patria, su familia, con tanto más amor cuanto su corazón está más entregado a Dios. Yo no quise traerle recuerdos que pudieran avivar el dolor de su separación, comprendiendo demasiado que él no ha dado este paso de su vida sin un gran sacrificio”. (1)

Tanto en la primera como en la segunda tentativa de retiro del doctor HERNÁNDEZ, según testigos fidedignos, el desgarramiento de su corazón en medio del valor con que cumplía lo que él se figuraba beneplácito de Dios, se hacía sensible a veces por las lágrimas que vertía al recuerdo de la familia y de la patria. El mismo, a su regreso, en la primera visita de los estudiantes les dijo: “Al irme como lo hice, sufrí mucho; y al decirles a ustedes “hasta mañana”, no lo revelaba, pero tenía el corazón despedazado”. En su segundo viaje tocó hacerle compañía a su piadosísima hermana, la señora Isolina Hernández de Carvallo, quien recogió las penas y tristezas de aquella inmolación, para ofrecerlas en holocausto junto con su hermano sobre las aras del Amor. Entonces como después, la fervorosa dama se conmovía ante el sentido espectáculo del silencio místico que de cuando en cuando practicaba HERNÁNDEZ. Una vez, atormentada ya por lo que creía larga melancolía de enfermedad o acaso de disgusto, se atrevió a preguntarle qué le apenaba, pues estaba como mudo durante algunos días, y a su instancia, no recibió sino esta persuasiva contestación: “Yo te quiero mucho”! Y el silencio y la contemplación no se interrumpieron.

La manera de separarse HERNÁNDEZ en dicho segundo

(1) Una visita a la Cartuja de Lucca.

viaje, la encontramos relatada en el Elogio que nos ha complacido citar del doctor Villegas Ruiz, en estos términos:

“En agosto de 1913, encontrándome en Burdeos, de regreso para Venezuela, una tarde fuí gratamente sorprendido al ver al doctor HERNÁNDEZ salir de la Gare Saint-Jean, adonde acababa de llegar de París y en su segundo viaje a la Cartuja de Lucca. Lo acompañaba en esta vez su hermana muy amada, doña Isolina de Carvallo, quien de él iba a separarse en aquel puerto para regresar a América. Mi encuentro fué para Hernández motivo de intensa satisfacción, pues su hermana ya tendría, con mi esposa y conmigo, compañeros de viaje, y no regresaría tan sola como él tanto lo temía. Jamás olvidaré la escena de la separación, el día siguiente, en la Gare Medoc, desde donde iba a llevarnos el tren hasta Pauillac, al costado del trasatlántico que nos esperaba para conducirnos a la Patria. Hernández no nos dijo adiós, ni a su hermana ni a nosotros; aprovechando quizás el momento que consideró más oportuno, se fugó, por decirlo así, de en medio de nosotros; y cuando salí del vagón para seguirlo, ya él se hallaba bien distante y con un pie en el estribo del primer coche que encontró a su alcance. Desde allí, antes de meterse de un todo en el vehículo y como haciendo un esfuerzo, volvióse para atender a mis instantes llamadas, y con la diestra me hizo un afectuoso y triste ademán de adiós, que mucho me conmovió. Quiso Hernández evitarle a su amorosa y buena hermana el trance doloroso de tan terrible despedida, que él consideraba tal vez como la última, sin saber que Dios tenía dispuestas las cosas de otro modo”.

El individuo por sí mismo y para la familia; el individuo y la familia para la patria; el individuo, la familia y la patria para la humanidad; y todos a una en Dios, por Dios y para Dios: tal es la serie y subordinación de nuestros bienes, de nuestros ideales, de los fines de nuestra actividad y de nuestra dicha, en que consisten la vida y sucesión de los destinos de nuestra inteligencia y de nuestro amor.

Ahí está también la escala, el ordenamiento filosófico y cristiano de nuestros ligámenes morales, cuyo olvido sistemá-

tico, acarreado la disminución del vínculo, produce a la postre la disminución moral del hombre. El hombre es uno mismo, ya se le considere individuo, ya ciudadano. No hay dos criaturas humanas: es una sola y misma naturaleza, que ora se revela por las acciones privadas, ora generaliza sus efectos en la armonía del mundo social. Así se expresa Rondelet. (1)

De igual manera piensa y obra el cristiano, que mira con la lente de la conciencia y reviste con la capa de la fe, para mejor cumplirlas, sus funciones cívicas y patrióticas.

Por aquí se nos muestra HERNÁNDEZ también con una doble misión, patriótica y cristiana, tamizando, si se puede decir, las costumbres, poniendo en manos de la bizarra juventud el escudo de la verdad, enseñándola objetivamente una regla de conducta, como aplicación de la religión y de la filosofía a las realidades de la vida práctica, para hermosear el papel del ciudadano.

En unos capítulos inéditos que titula: *La Política*, y aunque extraño al arte, HERNÁNDEZ tiene muy atinadas apreciaciones sobre nuestros gobiernos, sobre las condiciones gobernables de los pueblos católicos, sobre las glorias de una administración previsora, sobre las necesidades de la instrucción, sobre la amistad y armonía con las naciones hispano-americanas y con la España misma por los vínculos de raza y religión, y dice:

“Entre las naciones europeas, nuestros intereses están en tener siempre una estrecha, firme y franca amistad con España, porque ella nos dió con sus hijos el sér que tenemos en primer lugar, y también porque nos da un contingente de inmigración muy importante para nosotros. Ninguna inmigración conviene tanto en Venezuela como la española, tanto la peninsular como la insular de Canarias. Unos y otros se nos asimilan de tal manera, haciéndose venezolanos de tal suerte, que me ha sucedido tener trato frecuente con personas a quienes creía nacionales, y después he venido a saber que son de islas. En la inmensa mayoría de los que se hacen habitantes de nuestro País, los españoles e isleños son trabajadores, económicos, industriosos, de costumbres puras, cristianos verda-

(1) Antonin Rondelet: *Philosophie des sciences sociales*.

deros, sanos y fuertes físicamente y dignos de toda estimación. Como prueba de ello, tenemos la instancia con que son atraídos por nuestras hermanas del Sur, principalmente por Argentina, Brasil y Chile, que comprenden bien que es la única inmigración que se nacionaliza, en tanto que los italianos, alemanes, franceses e ingleses, con raras excepciones, quedan siempre considerándose como extranjeros. . .”

El estudio psicológico de nuestro carácter, de nuestras costumbres y tendencias, de nuestros hombres, le hizo comprender la necesidad de un comportamiento *sui generis* en la rueda social y cívica, para poder salvar el concepto moral y mantener vivo el privilegio de un prestigio calificado y afaible. De este modo ejerció una influencia de caridad positiva frente a tanto menesteroso espiritual, caridad de ejemplo, caridad de doctrina, que diría Lacordaire, la más valiosa y apremiante para la indigencia manifiesta de nuestras esferas.

La fogosidad venezolana entiende poco de orden, de disciplina, de sumisión necesaria a la ley, a la autoridad; no sabe establecer la lógica diferencia entre las personas y el sello de que están investidas; y prefiere a las veces los azares y aventuras de la guerra a la calma y triunfos prometedores de la paz.

Precisa, pues, adoctrinar a nuestras generaciones sobre la obligación de conciencia respecto de la ley; infundirles el instinto de la paz, que garantiza, estimula y fecunda el trabajo, y es origen de todos los bienes públicos y privados; el amor a las instituciones, la serenidad política, el respeto a las autoridades, como fuente y expresión de decoro nacional; el horror al derramamiento de sangre, el desenfreno de las pasiones y odios fraticidas, para contrarrestar las revueltas intestinas, esos signos de incultura y de primitivismo, principio de todos los desvaríos, de todos los malestares y de todas las ruinas, rémoras para el logro de la prosperidad y grandeza a que está destinado un País, y a que todo buen hijo ha de cooperar con alma, vida y corazón.

Cuanto a ciudadano y patriota, HERNÁNDEZ, cuyo nombre figuró el primero entre los alistados de su parroquia, cuando el Gobierno llamó a milicias en la ocasión del bloqueo de

1902; que se declaró "tan venezolano en todo" (1); que en New York "sentía placer indecible al encontrarse cada rato con un venezolano" (2), sembró su vida de obras que fueron semillas de bien y de amor para su sociedad y su patria. Cuando desgranaba su alma en caridad al pobre y asistencia al enfermo; cuando prohijaba inteligencias y apadrinaba a los futuros sabios; cuando sorprendía algún secreto en sus lucubraciones; cuando se mostraba fiel cumplidor de las leyes y obediente a los gobiernos constituidos; cuando predicaba la paz y oraba por los magistrados; cuando extremaba la discreción para juzgar a los hombres; cuando merecía por sus hábitos la confianza y estimación de todos; cuando sabía juntar a la justicia la misericordia; cuando imponía por la independencia y libertad de su espíritu; cuando perdonaba las ingratitudes, estaba dando lecciones de patriotismo y de una gloriosa y envidiable ciudadanía.

Sí, HERNÁNDEZ vivió para su patria, a quien proporcionó un fausto renombre; y hoy, ella le rememora y le celebra ufana, cantando de él la alabanza de San Pedro a Jesucristo, su divino Modelo, cuya imitación le movía e iluminaba en toda hora: *Pertransiit benefaciendo!*

(1) Prólogo de los Elementos de Filosofía.

(2) Carta a su hermana, Sra. Isolina H. de Carvallo, 8|IX|1917.

CAPITULO VII

Los hombres del mundo y los hombres de Dios.—Acción de la gracia.—Fisonomía sobrenatural de Hernández.—Un espíritu verdaderamente fuerte.—El hombre de oración.—Su carácter místico.—Anhelos de santidad.—En loa de la contemplación.—Una defensa de Santa Teresa.

Llámesese conquistador, filósofo o potentado, el grande hombre no es sino un simple instrumento de la acción divina en medio de las sociedades, más responsable cuanto mayor fuere el cúmulo de sus talentos o la dignidad de su posición; y por consumado que esté en los asuntos de la tierra, *si deja a un lado las sendas de la sabiduría de Dios, nada valdrá*, según apunta la Escritura. (1)

Los mismos que creen poco de estas cosas y quisieran apartar la apreciación de lo sobrenatural en el curso de los sucesos y en la misión de los hombres, se ven muchas veces obligados a reconocer su influjo y a rendirle testimonio, si quiera sea indirectamente y de mal grado. Ciertó, con una psicología angosta y mezquina no pueden abarcar ni medir la magnitud de algunos caracteres, de algunas virtudes, de algu-

(1) Sabidur. IX, 6.

nas vidas, que traspasan sobremodo el nivel de la fortaleza y de la constancia ordinarias. Requiere un más elevado criterio, una hermenéutica superior, para acertar con la causa y origen de esos sacrificios, de esos abnegamientos y heroísmos que parecieran fluir naturalmente en las almas que los llevan al cabo, pero que, bien mirados, son derivaciones de un manantial cuyas aguas emergen de muy alto, del pozo inagotable de la gracia, de la fuente viva de la santidad, que yace en el seno de Dios mismo.

Para juzgar a los magnates del mundo, quienes, aunque llenos de debilidades, actuando en el ruido, al fragor de los combates, conquistan legítimamente el poder y esclavizan la gloria, como propugnadores de la libertad, del progreso o de la ciencia; que encauzan la corriente de los pueblos, no obstante lisonjear pasiones y perturbar la paz de las almas, de las familias y de las comunidades; que si bien se transfiguran a la vista de las multitudes exaltadas, son pequeños y aun molestos para los que les rodean y conocen sus flaquezas; que se hacen súbditos de la ambición en medio de sus triunfos, o se enloquecen por la desconfianza, por el temor o por los celos, entre los que se les dicen amigos; que abusan de su genio y de su poderío sacrificando hasta lo más precioso de su espíritu, y terminan a la larga vencidos, derrotados por sí mismos o por la rivalidad, la inconsciencia e ingratitud de los otros: aun para calificar a estos colosos de que la humanidad se ufana, para penetrar sus pensamientos, para sorprender las dotes con que han sobresalido, para ponderar las obras que han refrendado su inmortalidad, precisa empinarse no poco sobre el ras de la superficie común.

¿Cómo no se habrá de alzar la consideración para justipreciar a aquellos humildes que de propósito esconden e inmolan sus talentos, satisfechos con ser la sal de la tierra; que no quieren sino vivir retirados e ignorados, mas sin dejar de trabajar, y esparcen a su rededor con sus plegarias y sus palabras las auras de paz que llevan en la propia conciencia; que se imponen a la veneración de los que les están más cercanos por sus excelencias ocultas, por su valimiento ante Dios, por la entereza, libertad y clarividencia de ánimo, por sus luces maravillosas para descubrir la ignorancia y perseguir los

errores; que han hecho primero la difícil conquista y gobierno de sí mismos y no temen las enfermedades, ni las pruebas, ni las persecuciones, ni las ingratitudes, antes las acogen como el pan de cada día; que progresan sin descanso en la virtud, y a la hora de la muerte aparecen como nimbados, magnificados por una auréola celeste, heraldo que consagra su definitivo triunfo y victoria acá en la tierra y preludia la victoria y triunfo de lo Alto?

Unos y otros son grandes y admirables, y como tales, al destacarse de entre sus prójimos, tienen que sufrir, blancos de tiros, de dudas, de sospechas, de mofas: porque todo el que descuella, sea a causa del genio o de la santidad, queda por lo mismo necesariamente sometido a la ley de la contradicción, y si al fin se hace en su torno la luz, que lo devuelve a su legítimo puésto y le otorga su genuina valía, por el momento se convierte en signo de asombro, de horror y de escándalo para los perezosos y retrógrados que vegetan en la mediocridad y en la rutina.

Refiriéndonos a HERNÁNDEZ, cuánto nos holgáramos de poseer una atinada penetración para sondear las honduras de su bello interior! Aunque él habla de "las circunstancias que le rodearon en el transcurso de su existencia, las cuales fueron de tal naturaleza que muchas veces le habrían hecho imposible la vida" (1); en su exterior, sin embargo, no dejó nunca traslucir las luchas y contratiempos que pudieron acibarársela.

¿A qué atribuir, pues, ese nutrido haz de rasgos a cual más rico y más pulido, que integran su fisonomía espiritual? ¿De dónde le viene aquella identidad jamás desmentida de ánimo, aquella grandeza siempre igual de sentimientos, aquella filigrana primorosa y trascendente de sus bondades y atractivos? ¿De dónde aquella su sonrisa perenne e invariable, reflejo de la calma alegría de su espíritu?

La mayoría de nuestros hombres, con ser personalmente buenos, casi ejemplares y hasta íntegros en el hogar y en los procederes privados, pero acostumbrados y conformes con las

(1) Elem. de Fil. Prólogo.

medianías a que antes hemos aludido, víctimas de las prevenciones que dominan, bañados por estos aires de naturalismo perfluyente, católicos de nombre no de profesión, devotos por momentos,—lo que dura asomar el ojo al borde del cancel de la iglesia, y hacer una señal de cruz como estocada de pícaro, que dice un refrán;—se quedan perplejos, estupefactos, ante el espectáculo de una virtud irreducible, que no cesa ni se altera por caso próspero ni adverso; ante la celsitud de un alma que lo encamina todo a Dios, que de Dios todo lo espera, que imita a Dios con su conducta, y que no sueña ni alienta sino por deificarse en la comunión de la divina sustancia. Como aquéllos que no son de un país ignoran el idioma y costumbres de él, ellos así, extraños al país de lo sobrenatural, no pueden comprender los estilos, usanzas y hábitos de un cristiano que se esfuerza a ser perfecto.

Tal ha pasado con JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ.

Lo que Monseñor d'Hulst dice acerca de las sociedades se debe entender por el respecto de los individuos que las forman: "Hay un cristianismo interior y espiritual que sugiere a la religión su razón de ser y su fin inmanente. Así, no se habrá hecho conocer toda la actividad cristiana, no se habrán descrito sino las exterioridades, no se habrán indicado sino efectos desprendidos de su causa, mientras no se haya puesto en claro la fuente escondida donde los hijos de Dios alimentan su vida interior". (1)

Esa fuente, que la Iglesia conserva fresca e inagotable, donde abrevan y se proveen las almas sedientas de amor y de santidad, y que es necesario tomar en cuenta cuando se examinan las acciones e influencia de un cristiano, se llama la gracia: la gracia que es la vida, la esencia, el carácter intrínseco de toda virtud, como lo expresa San Pablo: *No soy yo, es la gracia de Dios que está conmigo; por ella soy lo que soy.* (2)

No otro es el punto de vista por donde hay que estudiar a HERNÁNDEZ, para poderle juzgar, para apreciarle, para medir todo el alcance de su ingente y fecunda laboriosidad en el campo de la ciencia y del bién. "Es indudable, ha dicho Monseñor Navarro, que el doctor Hernández aspiraba

(1) d'Hulst: *La France chrétienne dans l'Histoire.*

(2) I a los Corint., XV, 10.

a una santidad eminente, por el cultivo exquisito de su interior y los ejercicios más austeros de la perfección cristiana". Si se prescinde, pues, de este aspecto, no sólo no se completa, sino que se corre el riesgo de desfigurar, hasta de falsear la fisonomía espiritual de nuestro insigne biografiado, cuyo nombre colocamos sin titubeo entre los valores más puros de la nación y de la raza.

La gracia no nos es otorgada para destruir ni aminorar siquiera las preesas ingénitas de nuestro sér, antes más bien para solidarlas, embellecerlas y realzarlas. Los privilegios, los impulsos, los ardores que distinguen a una rica y feliz naturaleza, no desaparecen bajo la actuación de la gracia, bajo el influjo de este factor y vehículo de santidad: esas dotes persisten, se manifiestan siempre con vigor, y creemos poder decir con más vigor. Porque el fenómeno que suelen ofrecer consiste en que conducen, gobiernan mejor y aun cambian su dirección y se coloran como el rayo de luz al través del prisma, a medida que el alma se enriquece de favores nuevos; pero estas mutaciones no provienen de un trabajo irreflexivo, sin examen, sino se efectúan merced a una voluntad consciente de sí misma, a una elección deliberada, a un arbitrio resuelto en pos de un fin determinado y meritorio. Sin violentar la libertad, sin tocarla, la gracia, la santidad aprovecha, *canaliza*, ha dicho alguien, y pone en un cauce más luminoso, dirigiéndolos al amor divino, *todos los recursos de los dones naturales*. Tal puede verificarlo quien se detenga a observar la afabilidad, la cortesía, la sencillez, las jovialidades, el entusiasmo, las audacias, el ascendiente de los varones de Dios, de acuerdo con sus modalidades respectivas; en una palabra, esas notas individuales típicas y específicas, de que en mil casos dan prueba encantadora un Pablo, un Agustín, un Benito, un Francisco de Asís, un Domingo de Guzmán, un Ignacio de Loyola, una Catalina de Sena, una Juana de Arco, una Teresa de Jesús, un Francisco de Sales, un Vicente de Paúl, un La Salle, un Juan Bosco, que a veces hasta intuyen sistemas de política, salvan los destinos de los Estados, y casi siempre son tipos representativos de su país y de su siglo. Ellos no son seres disminuídos, atrofiados en el ingenio, en el saber, ni en ninguno de sus atributos innatos o adquiridos; por lo

contrario, son espíritus francos, abiertos, expeditos, previsores, que crecen y se fortifican más y más en carácter, en sabiduría, en ardimiento, en libertad y autonomía de conciencia, a proporción que agrandan, abundan y se robustecen en virtudes. Ellos son las flores más fragantes de su generación, los blasones más lucidos de la humanidad, y muchas veces las fuertes columnas sobre las cuales se apoya ésta para realizar y consolidar sus progresos, para defender la justicia, para hacer volver las sociedades por los fueros de la conciencia y del honor, cuando han sido vilipendiados. Por esto dice el libro del Eclesiástico: *El alma de un varón santo descubre a veces la verdad mejor que siete centinelas apostados en un lugar alto para atalar.* (1)

Probemos a delinear esa talla egregia de HERNÁNDEZ, “prototipo de bondad,—dice el doctor Fonseca,—que buscó por todos los rumbos el camino de la perfección, imbuído en el espíritu de sacrificio”; asomémonos a sus adentros, indagüemos con la mirada, y no tardaremos en descubrir de frente aquella figura esbelta, en estado que diríamos de permanente espiritualidad, ornado con los arreos de integridad y fortaleza que el divino Espíritu viste a los que concurren a su cenáculo decididos, fieles y constantes.

Por experiencia sabemos que la fuerza del carácter, el valor moral de un hombre, la alteza de su personalidad, está en relación directa con la copia y pulcritud de su vida interior. El hombre se halla situado entre dos solicitaciones o extremos antagónicos: el espíritu y la carne: o tiene que proceder como tal hombre, subir, esto es, vivir de acuerdo con su humanidad, realizar virilmente su destino, desenvolviendo sus propensiones anímicas, o descender, desarrollar sus instintos inferiores, embrutecerse, dar suelta a la bestia que en él demora. Ya un filósofo pagano se expresaba de este modo: “Dios ha introducido al hombre en el mundo para que sea espectador y testigo de El mismo y de sus obras, y no sólo espectador sino intérprete. Es, pues, vergonzoso que se contente con comenzar y acabar en los mismos puntos que las bestias, las

(1) Cap. XXXVII, 18.

cuales están desprovistas de razón... él no debe detenerse sino donde la naturaleza ha establecido nuestro fin, o sea en la contemplación y la intelección". (1)

El deber del hombre es por este respecto obvio; con todo, él no puede cumplirlo sin una lucha, un combate invisible pero real y serio, sin el ejercicio, la ascesis del espíritu de que resulte vencida la animalidad y asegurada la paz del alma. Aquí encaja la necesidad natural, vital mismo, de la mortificación y del sacrificio; es preciso que muera la parte inferior para que la superior viva, que las tinieblas de la carne den paso a la luz de la razón, que el hielo de los instintos perversos se funda al calor de la voluntad: tal es la ley, confirmada a la par por la filosofía y la experiencia, y no en otro sentido decía Claudio Bernard: "la vida es la muerte".

Pues éste es el propio concepto que nos enseña el catolicismo. Por eso nuestra religión, como otra ninguna, ha adherido tanto mérito y dádole empuje tanto a la elevación interior, la cual es, si bien la vemos, amable conjunción de la vida religiosa y de la vida psicológica. Jesucristo es el camino del cristiano; camino de salvación que no se encuentra sino con la cruz, en la renuncia de sí propio; renuncia que no se obtiene sino de la gracia y de la luz divinas: *Dios haga resplandecer sobre nosotros el fulgor de su rostro... para que conozcamos oh Señor, en la tierra tu camino.* (2) San Pablo ha descrito con singular y patente maestría en sus epístolas, a los Romanos (Cap. VII) y a los Gálatas (Cap. V) esa guerra que se libra dentro de nuestro sér moral, la contienda entre la voluntad y los apetitos; entre la ley santa de Dios y la vil ley del pecado; entre los deseos del alma que aspira a levantarse, y la inclinación contraria de los miembros que la arrastran al suelo; entre la tendencia del espíritu de volar al cielo, a lo infinito, y la resistente concupiscencia carnal, que le abaja hasta el placer y le ata como con cadenas; reyerta tremenda y fatal, de la cual nos liberta solamente la gracia de Dios, por los méritos de Cristo Señor Nuestro. "O Cristo o Nada", decía Pierre Lotti. (3)

(1) Epicteto, *Discursos morales*, VI.

(2) Salmo LXXVI, 2 y 3.

(3) P. Lotti, *Jerusalem*.

El que gobierna sus miembros y deja triunfar el espíritu, es el que acaba la más ardua de las empresas, su propia conquista; es al que le conviene en puridad de verdad el dictado de espíritu fuerte; el que concentrando sus energías, se hace dueño de sí y de sus actos, procura verdadero valor a su voluntad y hasta aumenta su dominio intelectual y regula su organismo. Ese tal dispone como es debido el orden de su morada interna, pues posee su alma, *sabe tenerla en su mano, y no se olvida de la ley de Dios... los mandamientos divinos son su patrimonio y la alegría de su corazón.* (1)

Nada tendríamos que añadir a lo que venimos diciendo para exhibir con todo relieve el retrato espiritual de HERNÁNDEZ. Fué sin discusión un alma fuerte, complacido en recibir sin cesar la bienhechora influencia de Dios, la plenitud de Cristo. Varón de fe inquebrantable y de poderosa razón, sofocando las pasiones, cultivó juntamente las divinas energías sobrenaturales y el rico capital de las humanas fuerzas, para prosperar él mismo y para hacer de entrambas un haz compacto en beneficio de su misión ante la juventud y ante la sociedad.

Para llegar a lo que fué, hubo de templarse al crisol en que se acendran las almas justas y perfectas, las que buscan a Dios, como dice Fray Luis de León, "por el camino que El nos enseña, que es la fe y la caridad, y la verdadera guarda de su ley y consejos". (2) Desde niño, al calor de sus padres en quienes, como Santa Teresa en los suyos, no veía sino favor para la virtud, se le pudo observar resueltamente entregado a las delicias de la piedad. *Prima officia debentur diis*, proclamaban los paganos. ¿Qué mucho, pues, que siendo tan religiosos y excelentes, los esposos Hernández-Cisneros enrumbasen el alma de sus hijos por la más pura vía espiritual? Desde el amanecer de su puericia, cuando apenas podía empezar a ejercitar la letra, ya José Gregorio copiaba con correctísimo gusto y hacía de ellas un cuadernito de bolsillo, oraciones fáciles y breves para la Misa, que es fama oía ya entonces con suma devoción; y una Novena a honor de la Virgen de

(1) Salmo CXVIII, 109 y 111.

(2) Carta a las Religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid.

la Merced, advocación tradicional de la familia, que él ponía entre sus fervorosas y frecuentes ocupaciones marianas.

Ni hay que decir cómo de mozo era modelo en la oración y en el arreglo de la vida íntima, por donde alcanzó aquella imitación angélica, engalanada por los dones y frutos del Santo Espíritu, que adereza en el alma un lugarcito, una estancia, un santuario, al decir de Santa Catalina de Sena, como punto de cita para tratar allí con Dios, para comunicarse con El como dos amantes en los más dulces coloquios, en la más tierna alegría y exultación.

Imaginad un hombre de acción, hasta de consejo, un hombre de aspiraciones; si le falta el espíritu de oración, le falta todo, y sus ambiciones y sus palabras y sus movimientos, derechos en apariencia, resultarán inanes. "Todo edificio que se construye, ha dicho el gran Obispo Dupanloup, tiene cimientos sobre que descansa; escondidos en la tierra profunda, esos cimientos no se ven, pero son ellos los que sostienen todo. Asimismo, las grandes obras que se producen, las grandes vidas que se despliegan, tienen en las profundidades del alma su raíz oculta, de donde se eleva con fuerza y nobleza cuanto aparece y brilla hacia afuera". (1)

La oración es el abasto de todo oficio espiritual, de toda obra, misión o apostolado; es la lumbre de todos los deseos; es el sosiego, la paz, la consolación y la fuerza del alma; es el eslabón para ganar los favores de lo Alto; es el imán infalible que atrae, como flúido del cielo, la bendición y el corazón mismo de Dios. Y contrariamente a como creen nuestros hombres, mientras el trabajo exterior se apodera de nuestras facultades y las absorba, mayormente nos urgirá la vida interior y la oración, para pensar en nosotros pensando en Dios, para fortificarnos con Dios, si no queremos fracasar temprano o tarde en el vacío que un santo doctor ha resumido con estas vigorosas y gráficas palabras: *afflictio spiritus, evacuatio gratiae, evisceratio mentis* (2). La oración es la refección del alma, ineludible como la refección corporal lo es al organismo. La plegaria y el silencio son los factores más eficaces del bien. "Los hombres silenciosos, dice Guibert,—no los que callan por ser nulidades,

(1) Dupanloup, *Les hommes d'Education*.

(2) San Bernardo.

sino los que hablan poco porque viven mucho dentro de sí mismos,—son los hombres de grandes energías. Reclútanse entre ellos de ordinario los varones de genio y los santos, los que conciben y ejecutan vastos proyectos intelectuales y artísticos, los que realizan inmoluciones heroicas en los claustros o en los grandes teatros de la caridad”. (1)

Sigamos, pues, la marcada y no engañosa línea de HERNÁNDEZ y no nos disculpemos neciamente con no tener tiempo para orar; hagamos el tiempo; como nos dice Fenelón, “reservemos ratos en que podamos estar libres y a solas con Dios”. Basta quererlo. De lo contrario, podemos darnos por perdidos: nuestra existencia, nuestras obras se empobrecerán y languidecerán por suerte irremediable.

Y cuán otramente andaría el mundo si los hombres, cuando más encumbrados, entendieran que para sobrellevar y aligerar el peso de su carga, les son entonces más premiosos el ejercicio de la oración y los cuidados de la vida espiritual! La oración es como el surtidor de la sabiduría y el conducto de la justicia. “Señor, clamaba Salomón, yo soy como un niño pequeño, que no sabe el modo de conducirse; y sin embargo, Tú “me has establecido rey en lugar de mi padre David. Y tu “siervo se halla en medio de un pueblo infinito. Dale, pues, “un corazón capaz de aprender, accesible a tu luz y a tu gracia, para que sepa hacer justicia y discernir lo que es bien y “lo que es mal”. Y dice la Biblia que el Señor se complació en aquella petición, y otorgó al rey un corazón sabio y de tanta inteligencia que no lo hubo semejante antes de él ni lo habrá después. (2)

Es el espíritu de oración lo que mantiene viva la antorcha de la fe y de la caridad, que alumbra el sendero hacia Dios. Por esto era HERNÁNDEZ hombre de fe tan intensa, y su amor a Dios y al prójimo no se apagó ni sufrió eclipse. Y fácil es descubrir por aquí, además de la luz que recibió de sus padres, además de la que él mismo iba atesorando, la impresión y estímulo vibrante de los rayos de fe y amor con que encendió su

(1) J. Guibert, *L'éducation de la volonté*.

(2) III Lib. de los Reyes, cap. III.

conciencia su primer director espiritual y su consultor de siempre. La fe del Padre Castro, en efecto, era fe de trasladar montañas; su amor, por una parte, el amor de confianza, firme, indeficiente, en las ternuras inefables del divino Huésped del Tabernáculo; y por otra, para con las almas, el entregamiento absoluto, el sacrificio sin reserva por la salvación de ellas. A su lado y bajo su guía no podía haber vacilaciones, y el fuego de su celo incendiaba el corazón de sus cooperadores e hijos espirituales.

Sí, aquella fe austera, ilustrada, invulnerable, asiento de la piedad sólida, era también la fe de HERNÁNDEZ, fundada en la palabra de Dios y en la autoridad de la Iglesia, la fe sobrenatural. Volvamos a llamar la atención de cuantos, no mirando las cosas en serio, se ríen de nuestra fe, atribuyéndola a cándida puerilidad. Lo más a menudo estos tales movidos por la ignorancia religiosa, confunden la fe con la credulidad y son por otra parte sujetos de ridículas supersticiones, de leyendas y fantasías, que les conducen a la incredulidad misma. La fe es grave, circunspecta, y atiende a infinitas exigencias para establecer su certeza; mientras de la credulidad se puede afirmar que procede con cabeza de chorlito y se anda por vías temerarias. Qué de caprichos concibe la imaginación del crédulo, cuántas pretensiones tan diferentes, tan opuestas a la fecunda orientación, a la sumisión humilde que envuelve la fe a las verdades reveladas. El objeto de la fe es para el alma como una verdad razonada, evidente, pues tiene su fundamento indestructible en la seguridad del divino testimonio, que ni nos engaña ni se engaña. La credulidad, al contrario, viene a ser como el empirismo y aun mucho menos. De todos sus inventos que pueblan de espantajos las cabezas, se podría decir lo que dice Ovidio de las yerbas del curandero: *Tantum medicamina possunt*. (1)

A la fe debemos juntar la esperanza, por la que aguardamos filialmente confiados las promesas de Dios: ambas convertidas de luces en fuerzas, divinizadas, tienen su fuente en la caridad, en el amor divino, que es también un amor austero, amor de voluntad, adicto al sacrificio; amor que ex-

(1) Metamorph. VII, I.

plica en las almas el deseo ardiente de la presencia del Señor, la cual tiene su cumbre en la participación sacrosanta de la Eucaristía, "foco céntrico que conserva la vida sobrenatural", como le ha llamado el positivista Taine; cielo del alma aquí abajo que satisface todos nuestros anhelos, en donde tomamos a Dios, nos ponemos en contacto con El, tenemos la fortuna de hacernos, por un milagro real de amor y de bondad suyo, partícipes de la naturaleza divina, *divinae consortes naturae*; dioses mismos, *vos et dii estis*.

HERNÁNDEZ poseía estas virtudes en grado ejemplarísimo, logradas por su oración, por su vida mística, por cierta como infusión deliciosa de santidad y de dicha con que Dios mismo se complacía en premiar sus empeños sobrenaturales para allegarse a El, asemejársele, hacerse deiforme, lo cual constituye la necesidad más íntima del hombre. "Si manejaís polvos de oro, dice un autor, vuestras manos se pondrán brillantes como el oro. Si saturáis de perfume vuestro cabello y vestidos, llevaréis el buen olor por dondequiera. El niño de pecho que no conoce otro alimento sino la leche de su dulce madre, exhala el sano olor de la leche. El hombre que vive en compañía de personas bien educadas, se inclinará naturalmente a reproducir las buenas maneras de ellas. De igual modo, si frecuentáis constantemente a Dios, si vivís con El y os alimentáis de El, si vuestras manos lo tocan e impregnáis todo vuestro sér de su gracia divina, de su presencia y de su amor, os haréis semejantes a Dios, deiformes". (1)

El espíritu de oración que hemos dicho caracterizaba a HERNÁNDEZ no consistía, como acaso algunos crean, en un simple y continuo recitado de palabras, no: era la meditación de las verdades y bondades divinas, el recogimiento dentro de sí mismo para abrazarse y conversar amorosamente con Dios. La oración vocal es buena, pero la mental es superior. Dios hace del alma su templo, su residencia, y el alma escucha allí sus oráculos, allí se enardece, se inflama al contacto del fuego que El le trasmite: *Concaluit cor meum intra me*, dice Da-

(1) Dom S. Louismet, *La contemplation chrétienne*.

vid, *et in meditatione mea exardescet ignis: Inflamábase mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego.* (1) Es el amor que se propaga a los senos más profundos del corazón, que se apodera de todo él, le alienta para todo: *ama et fac quod vis*, como dice San Agustín; y le hace poner en Dios el alfa y el omega de su vida, de sus deseos, de sus actos, para que rece con la Iglesia: *cuncta nostra oratio et operatio a Te semper incipiat et per Te coepta finiatur: que nuestra oración y nuestros actos empiecen siempre por Tí y por Tí se terminen*; o para que se confíe a la divina voluntad cantando con Santa Teresa la armonía de aquella glosa que parece música celeste:

“Dadme muerte o dadme vida,
o salud o enfermedad:
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz cumplida,
flaqueza o fuerza a mi vida;
que a todo diré que sí:
Vuestra soy, para Vos nací:
¿qué mandáis hacer de mí?”

Esta oración, esta unión perenne y amoroso idilio del alma con Dios es lo que constituye la contemplación cristiana, la cosa más bella, más grande, más dulce y más fácil del mundo, como sienten los que la practican; obligatoria para todos, aunque no en una medida igual o bajo idénticas formas, y tan necesaria al cristiano en todas las etapas de la vida espiritual, como la respiración a los seres animados, sean cuales fueren su edad y el lugar que ocupen en el inmenso campo de la vida. (2)

HERNÁNDEZ nos prueba esto brillantísimamente con su extraordinario temperamento místico. Bastaría recordar la primer página del Ripalda o de otro cualquier catecismo, que nos hiciera considerar este deber elemental de un modo asequible para toda inteligencia, tal como la Iglesia lo propone a nuestro aprendizaje: “Todo fiel cristiano está muy obligado a tener *devoción*”. “Dios nos ha criado y puesto en el

(1) Salmo XXXVIII, 4.

(2) V. Louismet, Ob. cit.

mundo para conocerle, amarle, servirle y de este modo conseguir la vida eterna". En tan sencillas frases se podría decir que se resume el Evangelio entero y la filosofía de la vida cristiana. Profesar devoción, conocer y amar a Dios es intimarnos con El, como se intiman dos amantes en el más blando entretenimiento, en la contemplación; pero no paramos ahí, pues obras son amores. . . . , debemos servirle con nuestras obras en su propia Persona y en la del prójimo, y hé aquí la acción, que completa la santidad. A esto, decíamos, está obligado todo cristiano, que es deudor al Señor del estado de gracia y de cuanto a este estado se vincula: la unión con Jesucristo y la participación de sus méritos, la asistencia del Espíritu Santo, las virtudes teologales y morales, los dones, los tesoros de los sacramentos, las gracias actuales que le llueven de continuo, etc. Pero el mundo no comprende estas dignaciones, y por eso no corresponde a ellas. Son muchos los cristianos de solo nombre, muchos aquéllos por los que vertía lágrimas el Apóstol (1), que se portan como enemigos de Cristo y para quienes Dios es la última y la menor de las inquietudes. Y no es posible prescindir de la oración, de la meditación agradecida en los beneficios de Dios, para pedirle que no los aparte de la humanidad. Si siempre ha sido asunto inaplazable ocurrir al Cielo, no sabemos cómo calificar la presente pavorosa crisis del mundo, ensangrentado, convulso y agónico, cuando todo es tinieblas, todo ruinas, todo muerte, y cuando como nunca apura el solicitar la luz, la salud y la paz.

El hermoso ejemplo de ascetismo, de resistir a la carne y caminar en espíritu, de vida mística y contemplativa con que la Providencia ha querido brindarnos en el doctor HERNÁNDEZ, ejemplo de piedad asidua, de fervorosa oración, de constancia en el orden espiritual y divino, es mayormente apreciable y meritorio en una sociedad como la nuestra, donde son rarísimos los que dedican sus potencias a una profesión religiosa estricta y cumplida, y donde hay que luchar con hartas rivalidades, con la ignorancia, con prevenciones de todo lina-

(1) Epíst. a los Filip. III, 18.

je, contra las burlas y humanos respetos, contra la atmósfera de naturalismo que nos envuelve, la cual constituye de por sí la tentación primordial para el que desea mantenerse en vida y paz interior esmerada y completa.

Se cree generalmente que no es posible el acuerdo entre las ocupaciones y actividad profesional y la vida de oración y meditación; cuando precisamente para ser fecunda, esta actividad trajinosa y fatigante requiere aquella *porción mejor*, que dijo Jesucristo, y es la contemplación, a la manera como el cuerpo necesita del alma, como la palabra ha menester del pensamiento, como el brazo reclama para moverse el concurso de la voluntad.

La contemplación no le sustrae nada a nuestro espíritu, antes nos proporciona una fuerza superior de penetración aun en los asuntos humanos, nos habilita para gobernarnos, para dominarnos, nos enseña a vencernos, a desprendernos de cuanto hay de bajo y mezquino en nuestro sér, a buscar el aliento para el trabajo junto al Sol vivificante, que es Jesús, a ir en pos de El, a participar de El como fuente de la luz, como la luz de la vida, como la vida del alma, en las tinieblas y menguas de la tierra.

“La contemplación, ha dicho Ricardo León en su pulcro estilo, es una fuente de energía, pues el hombre que apacienta su espíritu en el silencio y soledad, torna después a las luchas del mundo fortificado, confirmado y pleno, ardiente el corazón como una centella, duro el cuerpo como una loriga de diamante”.

La contemplación nos hace conocedores y practicantes de la ciencia de la cruz, nos pone en el dolor una necesidad reparadora, nos conserva firmes la inteligencia y el corazón en las normas augustas del Evangelio, de manera que esta sagrada doctrina viene a ser como el nutrimento salvador con que nos consustanciamos.

La vida de contemplación nos cautiva, nos arroba, sabrosa y deleitablemente, en la correspondencia con el divino Espíritu, que nos impregna de sus perfecciones como de una celeste ambrosía, que no sólo asiste a nuestra alma con sus gracias y sus dones, sino que desciende realmente a visitarla,

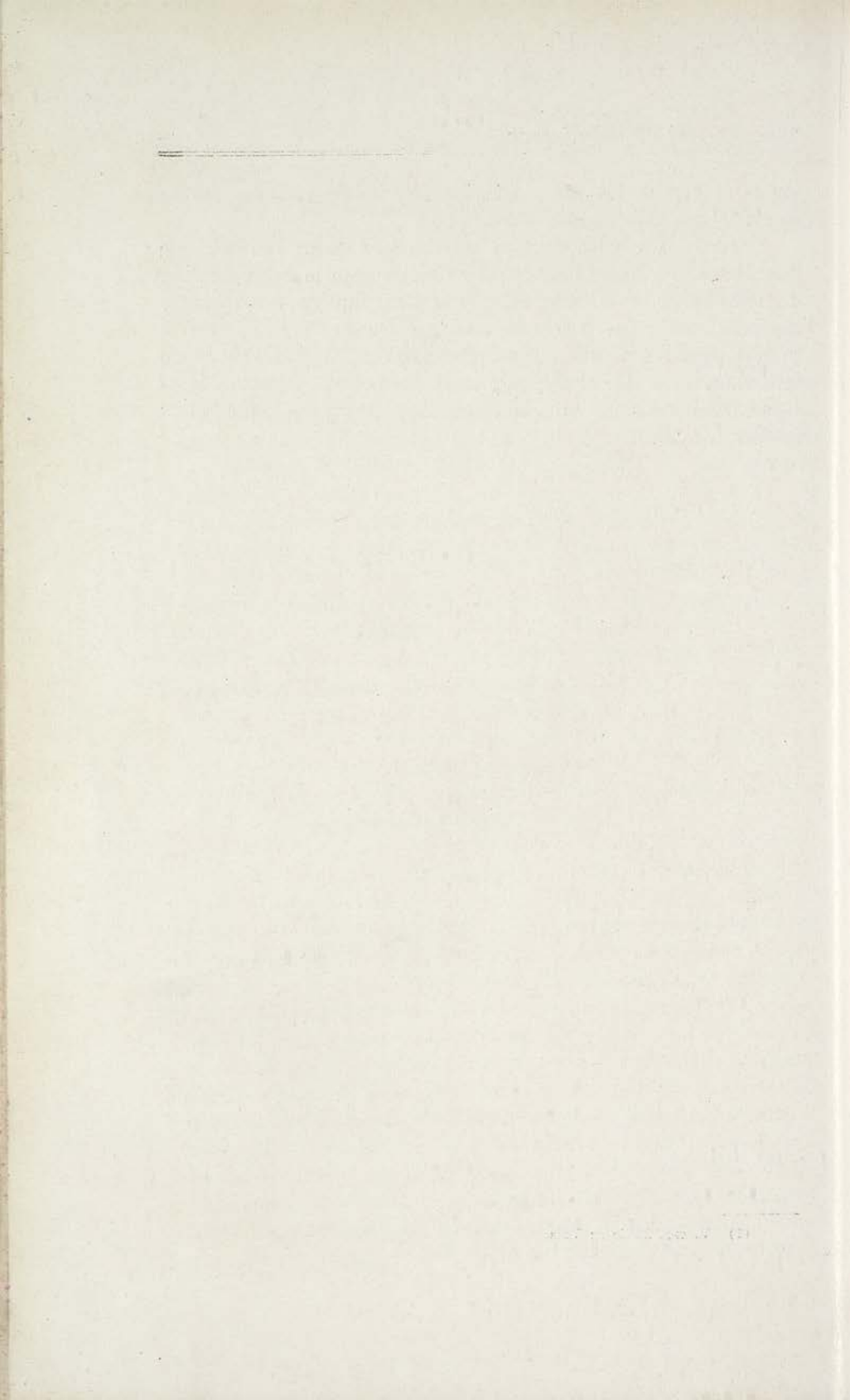
a posarse sobre ella, como dice Santa Teresa, a vivir en ella, como en su morada, a comunicarse a ella de una manera inefable.

Amén de los libros de uso corriente y familiar para sus meditaciones, rezos y lectura espiritual: los Evangelios, que según el consejo de San Jerónimo, no salían de sus manos, como que son la más apropiada escuela mística, el Oficio de la Santísima Virgen, la Imitación de Cristo, de que rumiaba diariamente algún párrafo, el "Ejercicio de perfección" de Rodríguez, hemos encontrado entre los papeles y apuntes del doctor HERNÁNDEZ, un interesante método de oración mental, según el P. Bronchain C. T. S. R., copiado por él en francés y latín, y el cual, aunque muy bien conservado, no parece de reciente fecha, así por la esmerada forma y claridad de la letra como por las manchas del papel que revelan antigüedad. Acaso hubiérase servido él de este método desde sus años jóvenes, para emprender como un sol su carrera de gigante: *ut gigas ad currendam viam*. Hemos encontrado también y leído con entusiasmo, por el tema, un borrador sobre la enfermedad de Santa Teresa de Jesús, contenido de muy oportunas disquisiciones en defensa de la santa,—a quien no ha faltado profesor que la designe patrona de las histéricas,—y que seguramente era parte de un estudio más extenso contra los que achacan a neurosis las elevaciones y éxtasis de los santos. Algunos de estos párrafos coinciden con las sabias páginas (65 a 69) de los Elementos de Filosofía, 2ª edición, en que el doctor HERNÁNDEZ desenvolvió tan interesante materia. La histeria es una enfermedad cuyo carácter principal está en el desconcierto de las facultades. La persona histérica no puede asimilarse sus recuerdos, ordenarlos, unificarlos para los fines de su vida personal. La persona sana se mantiene en la armonía de sus potencias, y sabe asociar y clasificar sus operaciones y estados. No es posible dudar de la situación mental de una Santa Teresa que no sólo describe y analiza sus visiones, sino además distingue con extremada precisión, mediante la antítesis y con observaciones filosóficas del mayor tino y pureza y de la más clara experiencia,

los caracteres de las que son legítimas y los de aquéllas que no son sino engaños imaginativos. (1)

Como la excelsa doctora castellana, siempre tan llena de buen sentido y hasta de humor jovial, es gran maestra de vida contemplativa y cuenta entre nosotros tantísimos amantes, creemos será para gusto de nuestros lectores trasladarles el escrito de HERNÁNDEZ, que verán en el Apéndice aunque interminado, y que nos recuerda la proverbial devoción josefina del meritísimo obispo Monseñor Sendrea, para quien estaba dedicado.

(1) V. cap. 28 de su Vida.



CAPITULO VIII

Aspirante a Religioso.—La Cartuja y sus reglas.—Primera tentativa de ingreso.—Un consejo patriótico.—Hernández en la Cartuja.—La necesidad del trabajo manual.—Vuelta a la Patria.—Una segunda tentativa.—En el Colegio Pío Latino Americano.—Nuevas pruebas.—Su enfermedad en Roma.—Estancia en París.—Contrariedad y resignación.

Humanamente hablando, el doctor HERNÁNDEZ debía de tener sobrados motivos para estar contento y satisfecho con el destino que Dios le había asignado, el cual, a la vez que le acarreaba a él mismo trabajo pero también merecimientos, era presea de honor y júbilo para la ciudad de Caracas, para Venezuela entera. El ejercía con amor y con celo su triple oficio doméstico, universitario y social, realizando cada día más sus funciones, viendo crecer su familia abastecida de virtudes, sirviendo el vino de la ciencia a la ansiosa juventud, mitigando el dolor y el infortunio, procurándole gloria a su patria, adecuándose en todo a los designios de la Razón y Voluntad Suprema que preside y gobierna los acontecimientos y a los hombres.

Hemos venido observando cómo HERNÁNDEZ era poseedor de un enjambre de prendas eximias resplandecientes sobre una no vulgar modestia; seguramente estaba agraciado de favores íntimos con que podía rechazar las tentaciones, superar los defectos anexos a lo humano, disipar las penas interiores. Su vida, un tejido óptimo de dones de naturaleza y gracia, cual los había menester para alcanzar los vértices a que tendía, llenando el ideal de hombre que un entendido autor ha fijado en estas tres condiciones: la prestancia en el cuerpo, el genio en la inteligencia, la santidad en el corazón. Tales prendas, discreta y hermosamente cultivadas, dirigidas por entero hacia el amor de Dios, bastan para hacer dichosa una existencia, para comprender la dignidad humana y el gran sentido de la palabra bíblica: *minuisti eum paulo minus ab angelis*, hiciste al hombre, oh Señor, un poquito inferior a los ángeles, y le coronaste de gloria y honor. (1)

Deteniendo el examen sobre el temperamento del doctor HERNÁNDEZ, sin dificultad podemos colegir que sus ideas predominantes, de acuerdo con la inalterable espiritualidad que le caracteriza, son por un lado, un altísimo concepto de la vida, que deduce de la supereminencia del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, y por otro, el pensamiento de la eternidad. Estas ideas, que desde joven le son como un faro, atraénle con un deseo poderoso, irresistible, hacia la perfección, y a poner todos los medios para lograrla: el trabajo que ocupa y dignifica nuestras potencias, la pureza irreprochable de las costumbres, el desprecio de las cosas terrenas, la meditación que ilustra el espíritu, el silencio que lo fortalece, la práctica constante de toda virtud; en fin, la aspiración a la santidad. Con asiduo fervor, diligente por la devoción, la Santa Capilla y la iglesia de la Merced le ven largos ratos en visita edificante a la presencia de la Hostia, pidiendo armas, como el caballero católico ideal que el apostolado del doctor Juan Bautista Castro sueña para nuestra sociedad. En el segundo templo, de que era vecino inmediato, donde conculga diariamente en la más conmovedora apostura, viste sin respeto humano la librea de terciario, y en el trato con los hu-

(1) Salmo VIII, 6.

mildes Hijos del Patriarca de Asís aprende con santo deleite las mil excelencias de la vida religiosa. De aquí que las sendas ordinarias de la piedad no parezcan satisfacerle, e intensificándose sus ansias quiera buscar la amarga y dolorosa *vía crucis*, la cuesta empinada y abrupta de las almas heroicas, el holocausto en la soledad, el retiro del mundo; no el retiro y soledad que hace salvajes, imbéciles y egoístas, sino el recogimiento y la renunciación sublime de los santos. Proyecto admirable, que madura lentamente y se concreta luego y cristaliza en el propósito de ingresar a la Cartuja.

¿Sabéis lo que es una Cartuja?

Es un cenobio, levantado, aislado, en medio de agreste soledad, para establecer la más rígida separación del mundo, de sus bullicios, de sus voces, de sus ecos.

La Orden Cartujana fué instituída a fines del siglo XI en un áspero valle, un erial, cerca de Grenoble, por San Bruno, hermano del emperador Otón el Grande, antes arzobispo de Colonia, el cual había despreciado todas las dignidades que le solicitaron y aun honores diversos ofrecidosle por los Pontífices. En la mente del fundador, estaba ya destinada a renovar, a perpetuar los prodigios de penitencia y santidad de los antiguos eremitas del Desierto. Es una Tebaida, "una asamblea de ángeles," dice Rivadeneyra, a la cual se ha alabado sin hipérbole: *nunquam reformata, quia nunquam deformata*. La vida del cartujo es una inmolación incesante en la oración, el estudio y el trabajo. Como víctima reparadora y propiciatoria, sométese a mortificaciones y torturas más o menos explicables, pero la más increíble, la menos fácil de llevar, la que envuelve el máximo desasimiento de la tierra, la que más incita la aguda, la curiosa malicia de los mundanos, por su grandiosidad y misterio, es indudablemente la del silencio continuo a que con voluntad no interrumpida se sujetan aquellos hombres de hueso y carne, que si abren sus gargantas es para celebrar las alabanzas del Señor y magnificar sus misericordias.

Preciso es convenir que el silencio es la grande escuela donde se aprende a conservar la virtud y se adquiere la sabiduría. El que guarda su boca y es señor de su lengua, lo es

también de sus pasiones. Los labios son puerta por donde el demonio se entra hasta el corazón. Sin embargo, no son capaces de despreciar los consuelos que derivamos de la comunicación con nuestros semejantes, por lo cual el cercenamiento de la lengua es el más duro de los sacrificios.

“Yo no me había encontrado nunca,—decía Monseñor Castro refiriéndose a la Cartuja de Miraflores,—tan gravemente impresionado por una ausencia más completa de todo ruido, de todo movimiento, como si hubiera bajado al fondo de una tumba. . . . Resalta una pobreza extrema; de manera que me sentía oprimido ante aquel apartamiento absoluto de cuanto pueda hacer siquiera medianamente cómodas las tareas inevitables de la vida. . . . dejarlo todo para ganarlo todo: sepultarse en este mundo para resucitar a la vida perdurable. El mundo llama a esto suicidio moral, y considera la renuncia de esos hombres como inútil y aun perjudicial a la sociedad. Si la vida no fuera sino la materia y el movimiento que los sentidos perciben, el mundo tendría razón. Pero si hay un reino invisible del espíritu; reino cuyo camino fué trazado por la Cruz de Jesucristo, la inmolación del cartujo es sin duda, después del martirio, la más sublime realización de la doctrina del Calvario. A resolución tan heroica no pueden llegar sino muy pocos: se necesita para ello vocación especialísima; pero Dios tiene cuidado de mantener esta vocación en el seno de su Iglesia. Entre las fuentes misteriosas y ocultas de gracia, de expiación y de perdón que fecundan el campo del Señor, hay que contar esos monasterios en que el cartujo sacrifica todo placer, toda expansión de vida social o de familia, para ofrecerse como holocausto en las aras del Dios Vivo y atraer sobre sí y sobre la Iglesia las divinas bendiciones”.

La Regla le marca a cada monje su porción o cantidad de trabajos manuales, de imprescindible observancia; lo cual es sencillamente una necesidad, una imposición higiénica favorable a la vez para el espíritu y para el cuerpo. La vida interior requiere semejante compensación, debe ser moderada con el prudente ejercicio de la exterior; pues, de lo contrario, si se la prolonga en demasía, hácese pesada y dañina, pudiendo llegar a producir la neurastenia y la extremidad de la locura. Apré-

ciese por aquí una vez más la sabiduría y previsión de la Iglesia y de sus venerables Ordenes. El estatuto del trabajo y los cuidados del cuerpo fueron establecidos por el legislador del monaquismo, San Basilio, de quien se pudiera decir que, al codificar las labores físicas en armonía con la vida claustral, contestaba con siglos a los ignorantes o malintencionados que a más y mejor fabulizan sobre la pereza y regalo de los monjes. "Ved el ejemplo del Señor y de los Apóstoles, ¿no trabajaron sin cesar? Ved a San Pablo, siempre ocupado. . . . soportando todas las pruebas mediante el ardor del espíritu y el vigor del cuerpo. Si hubiera destruido esta fuerza corporal por el exceso de las austeridades, ¿habría podido ganar tantas victorias? Así, el que se propone imitar en todo a Jesucristo y sus discípulos, hará bien en conservar su organismo dispuesto para el ejercicio de las buenas obras. . . . Es absurdo decir que el cuerpo en sí sea malo. . . . El cuerpo es como un caballo que necesita del caballerizo que le conduzca. El tiene sus instintos naturales que, lejos de ser viciosos de suyo, son, al contrario, buenos y útiles; pero no posee razón, y es al alma a quien toca gobernarlo. Cuando cae, la culpa es achacable a la negligencia del alma. . . Si el ayuno os hace impropios para el trabajo, vale más que comáis como conviene a obreros de Cristo que sois. . . No olvidéis nunca que Jesucristo no nos aconseja renunciar a los bienes de la tierra para llevar una vida ociosa; sino para que imitemos a Elías, a Job, a Moisés, qu'enes juntaban el trabajo a la castidad y a la oración. (1)

Y no sólo la santidad, mas asimismo las ciencias, las letras, las artes y las industrias cuentan entre los cartujos nombres preclaros por celebradas invenciones, por pacientes labores e insignes bienhechurías a la humanidad; lo cual es fácil comprender, pues muchos de ellos fueron antes hombres de distinción en las esferas de la actividad social, que figuraron con brillo por su inteligencia, por sus conocimientos, tal vez hasta por su elegancia y renombre en medio de las aristocracias, y persuadidos por la propia experiencia de la enseñanza salomónica, *vanitas vanitatum*. . . . dijéronle adiós al siglo, a

(1) San Basilio, citado por A. Pellissier en *Les grandes leçons de l'antiquité chrétienne*.

sus pompas, a sus mentiras y bagatelas, a cuanto se hace debajo del sol que no es sino aflicción de espíritu, al infinito número de los necios; y se consagraron en el más hondo retiro del alma a servir a Dios solo en el seno de la verdadera salud.

Desde muy joven, señalase HERNÁNDEZ por sus elevados sentimientos y nobilísima conducta. Diríase que le trasciende al rostro, como una luz ideal, el resplandor misterioso de la gracia. Su corazón está colocado muy arriba, como las fuentes de los grandes ríos, en frase de Chateaubriand, se encuentran en las cumbres de los montes que lindan con el cielo. El pertenece a la generación casta y lozana de los que buscan a Dios. La virtud le sirve para todo, y su adolescencia es encomiable como *dechado en el hablar, en el trato, en la caridad, en la probidad y en la fe*. (1) Sus obras son hijas de su piedad. La permanencia en Europa, en contacto con aquellas corrientes de energía, le realza con más vigor. Acaso ya entonces comenzase a conocer y admirar de más cerca las maravillas de la vida contemplativa y empezara a estudiar y calificar, en vista de su porvenir, las varias Ordenes. Es lo cierto que para 1908, según dijo después, desde diez años atrás venía estudiando la Regla de los Cartujos. Cuántas luchas hubo de sostener dentro de su propio pecho para decidirse a abrazarla en medio de una sociedad que le lisonjeaba cubriéndole de aplausos y caricias, sólo Dios lo sabe, pero debieron de ser terribles y torturantes. El se aconsejaba sobre todo con el arzobispo Castro, con el entonces superior de los capuchinos, R. P. Baltasar de Lodares, con el piadosísimo canónigo señor Guitián, espíritu de niño, mas de conciencia superior, empapado en la ciencia del cielo y por ello de suma ilustración y acierto en la guía de las almas. Tras prolongadas y serias conferencias, el arzobispo, que le había discutido mucho, sometidolo a pruebas y héchole atinadas reflexiones, convino en escribir al Reverendo Superior de la Gran Cartuja Francesa, trasladada desde la persecución del gobierno de Combes a un pintoresco, solitario y eminente sitio, denominado Farneta, en las cerca-

(1) S. Pablo 1^a Timot IV, 12.

nías de la ciudad de Lucca (Italia). Hé aquí la carta del Prelado, tan honrosa para el doctor HERNÁNDEZ:

Caracas: 6 de octubre de 1907.

Rvdo. Padre Superior de los Cartujos.

Muy Rvdo. Padre:

Hay aquí, en esta ciudad de Caracas, un caballero cristiano de acendrada piedad que desea ingresar en la Cartuja: es Doctor en Medicina, afamado en su arte y profesión, con la cual ha conquistado moral y materialmente la distinguida posición que ocupa en esta Sociedad, y es Catedrático jubilado de nuestra Universidad. Se llama José Gregorio Hernández: es joven todavía, por lo cual creo que su vocación es sólida, porque además de haberlo pensado suficientemente, según me manifiesta, hace, como ve V. R., un buen sacrificio a Dios de la situación halagadora de que goza. No quiere ir a España porque le parece que allí las instituciones religiosas tienen una existencia vacilante; desea mucho estar donde reside V. R.

Sírvase, pues, V. R., contestarme si puede ser admitido y qué condiciones debe llenar.

Le quedará muy agradecido su afmo. servidor en Jesucristo.

† JUAN BAUTISTA

Arzobispo de Caracas.

Venezuela.—América Meridional. (1)

A fines de los enero y marzo de 1908, recibía el doctor HERNÁNDEZ las siguientes epístolas del venerable Maestro de novicios de la nombrada Cartuja y a quien hemos visto ya que él apellida santo (cap. VI, pág. 76):

(1) V. *El Imparcial*, nº 196, 28 enero 1920.

I

Certosa di Farneta, Lucca, Italie, le 3 Janv 08.

Al señor Profesor Don José G. Hernández.

36 Mijares a la Merced, 36

Caracas, Venezuela, América Meridional.

Señor:

Su hermosa carta, confirmatoria de cuanto nos había dicho el excelentísimo señor Arzobispo de Caracas, nos ha procurado una real satisfacción. Agradecemos a Dios los favores que ha dispensado a usted, y nos alegramos de verle dispuesto a no dejar perder la más mínima parte de las gracias que El se dignare concederle en lo por venir.

“En la carta al señor Arzobispo le he enumerado las varias condiciones requeridas para la admisión en la Cartuja. Hay algunas de que usted nada dice, sin duda porque reúne ese conjunto de aptitudes exigidas al futuro cartujo. Sin embargo, para evitar cualquier mala inteligencia, llamo de nuevo su atención sobre el canto y el latín. No es necesario saber el canto, pero sí ser capaz de aprenderlo conforme al curso organizado a este efecto en el Noviciado. Cuanto a la lengua latina, sus anteriores estudios nos hacen esperar que le será bastante familiar para comprender los oficios del Coro, y entregarse después del año de noviciado al estudio de la Filosofía y de la Teología.

“Por otra parte, usted ha encontrado en la Vida de nuestro Padre San Bruno, todos los pormenores de nuestras observancias, y debe tener una idea suficiente de los compromisos que desea contraer. Por eso nuestro Reverendo Padre General le autoriza de grado a que haga el ensayo de nuestro género de vida. Descansamos en la dulce confianza de que usted no se contentará con un ensayo y que Dios le otorgará la gracia de perseverar.

“Antes de dejar su situación y separarse de su piadosa familia, pese usted todavía delante de Dios la importancia de

su propósito, y si cree que tal es Su voluntad, nosotros lo recibiremos como un Hermano en Nuestro Señor.

.

“Mientras tenemos el placer de verle, quedamos unidos con usted de corazón, recomendando su vocación al Divino Niño de Belén, a Nuestra Señora del Buen Consejo, a nuestro Padre San Bruno y a la admirable Santa Rosa de Lima.

Dígnese aceptar, etc., etc.

FR. ETIENNE ARRIAT

M. de Nov.

II

10 de marzo de 1908.

Querido Sr. Hernández:

Estamos asociados a la dicha de usted, en la esperanza de que ningún obstáculo impedirá la realización de sus deseos. El atractivo que usted siente hace largos años por la vida de la Cartuja, su promesa de 1906 y sus actuales disposiciones son garantías serias en favor de su vocación, por lo que creemos deber favorecerla.

Usted empleará los últimos meses que le quedan en romper los lazos que le retienen, y no tema franquear a menudo con el pensamiento la distancia que le separa de nuestra piadosa soledad. Recuerde de cuando en cuando que diariamente aquí se ora por usted; y si usted lo quiere así, pediremos juntos a la Madre del cielo y a su glorioso Patrono San José—que lo es también del Noviciado de Farneta—velen sobre usted, sobre todos sus pasos y le dispongan todo para que venga con seguridad en el mes de agosto.

“Nuestro Reverendo Padre General, que ha recibido su amable carta, confirma la autorización dada, se siente feliz con la idea de contarle muy pronto a usted en el número de sus hijos y le bendice de corazón.

“Espera usted algunos consejos y yo me permito darle uno, cuyo alcance apreciará más tarde. Sería bien comenzar desde ahora a leer algunas obras latinas... Un conocimien-

to profundo de la lengua latina es muy útil aun para los estudios a que usted está entregado. . . .

“Tenga confianza en la Divina Bondad, que tanto le ama. Trabajemos de acuerdo por la mayor gloria de Dios. No perdamos de vista la recomendación del apóstol: *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite*, y esforcémonos a ponerla en práctica. Las horas que no se emplean en glorificar a Dios son perdidas. Nuestra pobre vida transcurrirá muy pronto, y sin embargo, si la consagramos al servicio del Maestro, si la pasamos santamente, es suficiente para asegurarnos alegrías que no terminarán nunca. Qué gran prueba de la caridad y de la misericordia del Señor para con nosotros! El hubiera podido prolongar la prueba, y no lo ha hecho. Cuál reconocimiento Le debemos! Habituémonos, pues, desde aquí abajo a hacer lo que haremos eternamente, a saber: dar gracias a nuestro amado Salvador por sus bondades hacia nosotros y amarle de todo corazón. Así sea.

Créame usted, buen señor Hernández, su muy afecto en
N. S. J. C.

FR. ETIENNE ARRIAT
M. de N.

El asunto estaba así resuelto, y la separación del anhelante candidato no se haría esperar. Para el junio siguiente HERNÁNDEZ había organizado ya las cosas con tan discreta y reservada disposición pero con prudente juicio y sabiduría tan eficaz que, lejos de dar al hecho una interpretación despectiva o burlesca, a la nuéva de su partida, no hubo quien no expresase, junto con la pena y asombro natural, una grande admiración y edificante respeto. *Dios dirige los pasos de sus santos*, dice la Escritura, y *hasta los impíos son reducidos a silencio*. (1)

No podemos menos de recordar aquí el paternal consejo dádole por el arzobispo Castro, que le quería como a hijo, y quien, en toda circunstancia, supo maridar del modo más augusto las imposiciones de su religión con la fe inquebranta-

(1) Reg. II, 9.

ble de su patriotismo. "Usted se va—le dijo; allá orará mucho: que su oración sea como una balanza delante del Señor; en el un platillo ponga usted esos sentimientos, esas resoluciones, que dice informan su vocación, y en el otro deposite las necesidades de Venezuela, urgida de hombres ejemplares. Adonde el fiel se incline vea usted la voluntad de Dios y sígala".

El celo en buscar la voluntad de Dios y sólo a ella para irnos en su pos es, con efecto, la mejor muestra de nuestro amor hacia El y la vía segura para conocer sus designios sobre nosotros. Por lo demás, El se digna manifestárnosla siempre de algún modo, "si con vaguedad bastante para que sea un mérito el descubrirla, con suficiente claridad para que también sea meritorio someternos a ella". Es el dominio de la libertad que Dios mismo respeta; la libertad, a un tiempo distintivo glorioso de la criatura inteligente y facultad tremenda, erizada de peligros, pues por ella puede el hombre secundar o contrariar el llamamiento divino, seguir o abandonar la línea que le ha sido fijada, atender o sustraerse al fin que la Providencia le ha determinado.

Las sendas de Dios son misteriosas e inescrutables. ¡Cómo llama a Samuel en medio de la noche para revelar le sus secretos! ¿Por qué permite a David aglomerar materiales, y no le concede el honor de la fabricación del templo? Empero, El lo ordena todo según sus juicios a la salvación de sus escogidos,—asienta la Imitación,—y aunque prueba a veces dolorosísimamente a sus almas dilectas, engrandece a los humildes de espíritu. Diríamos que lleva a la Cartuja de la mano a JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, como para complacerle un poco, para darle a saborear algo de las dulzuras de aquella santa vida; pero para que comprenda que no es allí donde El le quiere; no allí donde El le ha sembrado; no allí donde ha de florecer.

¿Cómo está HERNÁNDEZ, Fray Marcelo—así se le nombra de novicio—en el convento? Allí le encuentra el Pbro. Dr. Manuel Arteaga, a quien ya hemos citado, "contento, con la complacencia interior del hombre que ha oído la voz de Dios y ha vencido todos los obstáculos para seguir esa voz". Allí "el hombre de elevado entendimiento, de vasta

ilustración, aparece bajo el blanco sayal conservando un continente natural y modesto; las comunicaciones de su alma con Dios han dado a su mirada una expresión que hace resaltar lo sobrenatural, y en su frente despejada creería uno descubrir los graves pensamientos de la eternidad. Su modo amable y recogido no ha cambiado, porque se lo había dado la virtud”.

Y allí, notémoslo muy bien, *es el hombre de la regla y del deber*, como lo afirma el discreto Maestro del Noviciado, al resumir sus virtudes monásticas.

Insertemos a cuento la carta de pésame de la Cartuja a la familia Hernández, siquiera sólo una parte de ella pinte la conducta intachable y superior ejemplo del cristiano que cree tener la firme conciencia de estar obedeciendo a la voluntad divina. Copiando el precioso documento, reflejo de la más alta sinceridad, rendimos un testimonio cordial a su bendecida memoria; hacemos ver el autorizado aprecio y recomendación de sus prelados, el arzobispo Castro y el obispo Monseñor Silva, hoy arzobispo de Mérida; y nos ufana, pues queda recogido para la historia, el elevado concepto del nombre venezolano que, con el suyo propio, dejó sentado nuestro eximio compatriota en los fastos de la clarísima Orden que por tan cortos meses le contó entre sus austeros miembros.

Cartuja de Farneta

Lucca (Italia)

26 de noviembre de 1919.

Señor

Nuestro Reverendo Padre General me encarga expresar a usted su religioso pésame y decirle la parte que todos nosotros tomamos en su dolor.

Nosotros conservamos del lamentado doctor José Gregorio Hernández el mejor de los recuerdos. El nos edificó mucho durante los ocho meses, poco más o menos, que con nosotros pasó. Era el hombre de la regla y del deber. Vivía por entero consagrado a sus obligaciones de novicio, y sus compañeros le profesaban sincero afecto.

Muy justamente hace usted notar que su muerte cuasi súbita no fué sin embargo una muerte *imprevista*, porque su vida de piedad, de trabajo y de desasimiento era un aparejo continuo para la llamada del buen Maestro.

El Hermano de usted abrigaba una ternura completamente filial por Su Señoría el Arzobispo de Caracas, de cuya parte estaba por cierto bien retribuido. La carta adjunta lo prueba, por lo cual hemos pensado que pueda a usted serle grata. Su Excelencia hasta le había prometido venir aquí, a conferirle los Santos Ordenes, si llegaba a perseverar.

Siempre con el intento de proporcionarle a usted un gusto, me permito transcribirle las primeras líneas de una larga carta del Ilmo. Obispo de Mérida. Esas reflexiones, como bien lo verá usted, no son menos encomiásticas que las contenidas en la carta de aquel tan venerado arzobispo: "Testificamos—dice—que desde hace quince años o algo más, conocimos en Caracas al Doctor José Gregorio Hernández, médico muy acreditado por sus conocimientos, por su asiduidad en la asistencia a los enfermos, por su caridad, y muy particularmente por su espíritu de devoción y frecuencia de sacramentos. Tanto en esta Diócesis de Mérida como en Caracas ha gozado siempre de muy buena fama, como buen Ciudadano, buen Médico y sobre todo como buen Católico, dotado de un espíritu de verdadera piedad..."

Las apreciaciones de esos dos príncipes de la Iglesia no hacen sino poner de relieve la excelente fama de que gozaba el célebre Doctor, y ninguna sorpresa nos causa el concurso extraordinario de pueblo en sus exequias y las muestras de simpatía que se prodigaron a su piadosa familia.

Alábase a las víctimas de la gran guerra, que se sacrificaron por el interés de su patria, ¿cómo no ofrendar, pues, el mismo tributo de admiración a vuestro querido difunto, muerto en el ejercicio de la caridad para con los enfermos, sus compatriotas, a quienes atendía con tanta competencia, espíritu de fe y olvido de sí propio....?

Sabe usted, señor, por experiencia cuánto amaba él a todos los suyos: sus tres hermanos, sus cuatro hermanas, sus sobrinos; y los Cartujos unen de todo corazón sus plegarias a

las de ustedes por el reposo del alma del querido Desaparecido.

Nuestro Reverendo Padre General lo ha recomendado a las oraciones de la Comunidad y diariamente pensamos en él en el Santo Sacrificio de la Misa.

Dígnese la Virgen Inmaculada bendecir a todos los miembros de la querida familia de nuestro antiguo Novicio, como humildemente se lo suplicamos.

Presento la expresión de mi respeto a la señora Isolina H. de Carvallo, y usted, señor, sírvase aceptar los sentimientos muy rendidos de quien es su humilde servidor en Cristo Jesús.

fr. Etienne Arriat.

Ah! misteriosas son las sendas del Altísimo, que a veces parecería alimentar ilusiones. El escollo con que durante la probatura tropieza el Hermano Marcelo y en que ha de estrellarse, no son aquellas temibles asperezas de la más severa penitencia, sino precisamente lo más breve y hacedero. Su endeble naturaleza, estropeada por la fatiga mental del largo estudio, y no habituada al contrapeso de los ejercicios físicos, no puede resistir el tiempo ni la tarea asignados al trabajo material. Es éste para él una forma nueva de acción, y por más fuerte que sea su resolución y ahincado su deseo, su funcionalidad nerviosa y motriz no puede coordinarse para producir y sostener el arduo impulso requerido por una labor desacostumbrada. Ya podemos imaginar cuánto esfuerzo de voluntad, qué tamaño poder de mortificación traería a cuenta el aspirante Religioso para acomodarse a aquellas normas insólitas y lograr cumplir exactamente su deber. Cuál no sería su pena cuando, al vencimiento del plazo diariamente fijado, veíase en el caso de comprobar que la sed anhelante de su corazón no era servida debidamente por las fuentes orgánicas de su actividad!

Pues se tiene calculada la cantidad de trabajo que se puede hacer en dos horas, considérase que los que no terminan la tarea exigida durante ese tiempo no trabajan lo prescrito. El mismo HERNÁNDEZ declaró que todo lo había podido soportar, excepto la dicha faena por debilidad de fuer-

zas físicas; y en consecuencia, el Superior le manifestó que le habían esperado durante aquellos meses a ver si conseguía cumplir, mas viendo que le era imposible, temían se enfermase, por lo que le aconsejaba ingresar en otra Congregación.

Decía HERNÁNDEZ que aquella noche no le fué posible conciliar el sueño por el hondo sufrir; que sentía su cabeza abrumada por un peso imposible de aguantar y por poco se le trastornara el juicio; que lloraba a lágrima viva, imaginando hallarse en medio de un naufragio sin tabla a que asirse; pero que su ordinaria resignación a la voluntad del Señor, sin la cual no se mueve una pajuela del campo ni cae un cabello de nuestra cabeza, le hizo luégo volver en sí y le dió ánimos para emprender otra vez la lucha en pos del ansiado ideal.

HERNÁNDEZ resolvió volver a Venezuela con el objeto de adquirir las sagradas órdenes, mediante los cursos competentes en el Seminario Metropolitano, si así era el parecer del señor Arzobispo; y es de admirar la natural sencillez y humildad con que pide a su señor hermano don César le arregle en caso favorable la celda que le sea destinada. Desde La Guaira, con fecha 21 de abril de 1909, le escribe: "A fines del mes pasado el reverendo Superior de los Cartujos me dijo que no me podía admitir en la Orden, porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era para la vida activa; que entrara en la de los jesuitas o me hiciera sacerdote secular. Entonces me vine, y le he escrito al señor Arzobispo a ver si me recibe en el Seminario. Así, te ruego que trates de hablar con él para saber lo que haya resuelto. . . . Dispénsame todas estas molestias, que Dios te lo pagará todo junto; lo único que te pido es que no me cambies nada de lo que te encargo. . . ."

El rumor de su regreso divulgado rápidamente en la ciudad, a una con la alegría del cariño y de la readquisición, despertó algo como emoción de curiosidad en todos los círculos, por suerte que fueron innumerables las personas que quisieron verle y visitarle en el Seminario. A pocos días, empero, el consejo del Prelado, que, a pesar de todo, fué siempre más adicto a que HERNÁNDEZ continuase su ejemplar vida

ciudadana, le disuadió de su nuevo intento; y cuando hubo de salir a la calle para reinstalarse en sus puestos, nuestra gallarda juventud estudiantil, siempre noblemente apasionada y movida por la viva gratitud del corazón, desplegó con ardoroso entusiasmo una interesante, memorable y bella escena, conduciendo en triunfo al Maestro a su Cátedra Universitaria.

Entonces se le hubiera podido decir al oído con Sylvain: "El puesto que ocupas es el que te ha sido señalado, es el escogido y preparado por Dios".

El doctor HERNÁNDEZ reanudó sus antiguos quehaceres y misiones con la misma puntualidad y decisión, con la misma hidalguía, con la misma caridad, cual si no los hubiese interrumpido. Fué como un ensanche de trabajo en sus cátedras, como un campo más abierto para los beneficios de la profesión, como un compromiso aún más estrecho de su conciencia para con Dios. No descansó en la práctica de las virtudes, ni en la tarea de ilustrar más y más su inteligencia con las ciencias divinas y humanas, ni en el empeño de cobrar fuerza muscular para solidar su salud. (1)

Cuatro años esperó pacientemente hasta 1913, cuando por el mes de julio puso en práctica una nueva tentativa de retiro. Acompañado esta vez de su honorable hermana, doña Isolina de Carvallo, se embarcó para Europa, y después de haberse separado de ella en Francia, no sin pasar antes por su Cartuja, dirigióse a Roma, donde ocurrió a las aulas del Pontificio Colegio Pío Latino Americano para cursar a perfección el Latín y la Teología, ordenarse y luego tornar al monasterio. "Su proyecto de estudios en Roma me halaga mucho, le había dicho el inteligente y celoso Maestro de su Noviciado; y si le son útiles algunas instrucciones, nuestro Reverendo Padre General, que ha vivido largos años en la ciudad santa, se las dará con gusto cuando pase usted por Farneta". (2)

(1) Se nos ha informado que durante algún tiempo trabajaba largo rato, como si fuese un oficial, en un taller de carpintería, manejando el serrucho, el escoplo, la garlopa y el cepillo.

(2) Carta del 21 de marzo de 1913.

Antes hemos dicho que HERNÁNDEZ conocía bastante del idioma de Cicerón y de Virgilio. Su profesor en el "Colegio Villegas" había sido el Dr. Celedonio Rodríguez, excelente latinista; pero nuestros reglamentos escolares no han sido nunca muy exigentes en esta asignatura, no obstante su importancia y necesidad. El latín, ha dicho un autor, es el lazo que une a todos los pueblos civilizados, a todas las clases ilustradas y a todos los sabios; el filósofo y el teólogo, el hombre de Estado y el médico, se encuentran gracias a él en un terreno común intelectualmente unidos. Y Schopenhauer dijo: "El que no conoce el latín pertenece a la clase popular, no al mundo ilustrado".

Conforme a los primeros consejos del maestro de Novicios de su Cartuja, había estudiado HERNÁNDEZ mucho más, (1) pero todavía aspiraba a un conocimiento más acabado.

Del Colegio, en donde encontró al amable e inteligente joven sacerdote merideño Enrique María Dubuc, de quien dice que "le ayudó a sobrellevar la pena de la separación de la familia", escribe con grande e ingenua naturalidad: "Ahora me encuentro en el Colegio muy a mi contento y gusto. Hago mis estudios con tranquilidad y dirigido por los Reverendos Padres Jesuitas, que son tan excelentes y tan llenos de celo. Roma tiene un clima muy suave, y hemos pasado el invierno, que en otras partes de Europa es tan riguroso, casi sin sentirlo. Por todas partes se encuentran recuerdos de santos, y en las iglesias hay conservados los cuerpos de muchos de ellos". (2)

En aquel Instituto tan sapiente y beneficioso para el clero hispano-americano, dió HERNÁNDEZ notorias muestras de virtud, encantando a todos por la serenidad de su espíritu, por su alteza de miras, por la blandura de carácter, por su inmovible modestia y humildad. Dice el P. Dubuc: "... me mueve a escribirle el hecho para mí tan gratamente impresionable del ingreso del doctor José Gregorio a este Colegio, en donde lo hemos recibido con cariño y en donde paso yo horas felices, al lado de tan ilustre compatriota. De Venezuela, tan

(1) Es sabido que concurría humilde y asiduamente a las clases del Seminario Menor.

(2) Carta a su hermano don César, febrero 23 de 1914.

sólo yo existía en el Colegio, y jamás pude imaginarme que la colonia venezolana se aumentara con uno de los hijos más preclaros de mi Patria.

“El Dr. Hernández lleva la vida del Colegio con naturalidad y humildad edificantísimas. Yo me abismo de admiración al verlo confundido entre nosotros como cualquier simple e insignificante alumno, procurando siempre ocultar el caudal de sus merecimientos y rechazando con finísima educación y humildad cualesquiera atenciones que nosotros le dispensamos. . . .

Los alumnos ignoraban quién fuera el Dr. Hernández, y cuando me han oído hacerles una descripción breve y superficial (por lo insuficiente que soy para el caso) de los méritos de él y del gran prestigio científico y católico de que goza en mi País, se han quedado estupefactos y sin explicarse humanamente la resolución del Dr. Con todo esto, sin embargo, siempre sigo afirmando lo que al principio: que el solo hecho de estar el Dr. Hernández reducido a un simple alumno es para él un gran sacrificio que ofrecer a Nuestro Señor. Pero él no se da por entendido de nada de esto, y tan sólo piensa en la Cartuja, blanco y término de sus aspiraciones en la tierra”. (1)

Como se ve, el Dr. HERNÁNDEZ siempre bien inspirado, parecía caminar sobre seguro, sin dar pasos en falso y convencido de que estaba andando la ruta de la voluntad de Dios. Cómo se pasearía él entonces por los prados de la esperanza, viendo en aquel Colegio la puerta de su dicha, que habría de franquearle no muy tarde el paso hacia su amada Cartuja, en donde,—se lo había dicho el Director de Novicios—“sería acogido como Hijo de la Casa, y hablarían de sus proyectos para lo futuro, de su readmisión en el convento”. (2) Mas cuán de otro modo arregla las cosas Aquél que devana a su placer el hilo de los destinos de los hombres! Suélese encontrar en las vidas de los santos que con frecuencia Dios les deja hacer, no les estorba en sus pensamientos, como si les condujera El mismo, y les pone casi a punto de verlos realizados; pero llega

(1) Carta a don César Hernández. Roma, nov. 7, 1913.

(2) Carta citada del 21 de marzo de 1913.

un momento, la hora oportuna de acabar con la ilusión, y entonces les interpone el obstáculo insuperable, les trastorna planes que asomaban como ventajosísimos a Su propio reino en las almas, lo más acordados con Su querer supremo y con la perfección de sus criaturas. ¿O será acaso que Dios exija de esas almas el sacrificio mismo de su vocación, lo que es el más grande tormento pero también la más inapreciable ofrenda?

Para HERNÁNDEZ las voces de la oposición de Dios surgen de su propio organismo, son la mengua constitucional y las enfermedades. Pocos meses tenía de vivienda en el Colegio Hispano Americano, cuando inesperadamente fué atacado de una pleuresía seca que pudo desenlazarse de manera desgraciada. A su consecuencia, por consejo médico, hubo de separarse del Instituto a tomar aires de mar, y se marchó a Génova; de allí siguió a Milán, y luego a París, en donde pasó varios meses bajo esmerada asistencia clínica, con la esperanza de alcanzar la capacidad de contrariar la sentencia facultativa que le prescribía el retorno a la Patria, so pena de sucumbir prontamente a una dolencia pulmonar. "Lo que más me mortifica es que el Doctor me ha dicho que le parecía yo no podría quedarme en Europa a pasar el próximo invierno, porque a su juicio no lo podría hacer sin exponerme a una nueva pleuresía y a la agravación de mi enfermedad. Ya podrías suponer en qué estado se encontrará mi espíritu puesto en esta perspectiva de tener que regresar a Caracas, aunque todavía no he perdido del todo la esperanza. . . . (1)

. . . "nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas después de haberme desprendido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero que en todo se cumpla la voluntad del Señor! Yo sé que el clima de Caracas me es muy favorable, y que allá en pocos días me acabaré de mejorar". (2)

"... mi enfermedad es una cosa más bien crónica, prolongada, y si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros y nos pone seguros en el cielo. Pero suponte que yo me cure del todo dentro de

(1) De París, 5 mayo 1914.

(2) Id. id. 21 mayo.

cuatro o cinco años, ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y es esto lo que me contraría". (1)

"Tengo resuelto mi viaje para el entrante agosto. Todos me dicen que la navegación me acabará de mejorar. Hubiera deseado mucho ir al Congreso Eucarístico de Lourdes, pero el Doctor se opuso; ni tampoco quiso que fuera a Roma a despedirme de los del Colegio, y principalmente del Padre Dubuc". (2)

En aquellos días estalló la gran guerra, y HERNÁNDEZ no tardó en venirse, si quebrantado gracias a la honda desilusión producídale por su enfermedad, confiado todavía en el amor y misericordia de la Providencia, que estrecha en tan rudas probaciones a los seres que más ama.

(1) Id. id. 27 mayo.

(2) Id. id. julio 28.

CAPITULO IX

*Ultimos años.—La vida ordinaria.—El verdadero cristiano.
—Notoriedad e influencia de sus virtudes.—Un cartu-
jo en el mundo.—Excentricidades.*

El hombre que aspira a desplegar su vida bajo la égida de un ideal superior, no vacila un punto en dirigir a éste, en sacrificarle por entero, sus potencias afectivas y representativas. Lejos de toda sensiblería, de toda aventura novelesca, consagra a la ejecución de su propósito con naturalidad pero con esfuerzo, el conjunto de su actividad encaminándola hacia la acción útil, hacia las realidades objetivas que le conducen a su fin. Impregnado de su idea, absorbido por ella y con ella asimilado, exterioriza en sus actos con unidad maravillosa la santa pasión que le domina y refrenda con el heroísmo, si es necesario, la verdad que impera dentro de su corazón. Es así como se les mira seguir en pos de su empresa sin descanso hasta contemplarla coronada; y los sacrificios que realizan, prodigios y milagros de energía, les semejan pequeñeces en relación de lo que quisieran hacer.

Tal vemos ahora a HERNÁNDEZ reducido nuevamente a las exigencias de la vida ordinaria, sobreponiéndose a las contrariedades y elevando todavía más su alma hacia el Dios

que tan rigurosamente le probaba. Ah! tener que vivir de lleno en el mundo, en medio de sus fingidos halagos, rozándose con sus locuras, y allí ganar el último fin! Pero precisamente donde mayor es la amenaza es más meritorio el combate, y con la gracia divina, que señala las fuentes del vigor espiritual y suministra las armas, se sortean entonces los peligros y se adquiere valor para la lucha. El doctor HERNÁNDEZ no abandona su puesto, y la pobrería le ve acudir con más diligencia a remediar sus infortunios, a endulzar sus amarguras, a cicatrizar sus heridas; y la ciencia le ve más dedicado a las faenas profesoras; y la religión le ve con mayor apego a las prácticas de la piedad y la oración; y las almas le ven como un ejemplo más fornecedor y más fecundo para estimularse al bien. Son sus postreros años: el crepúsculo lanza los más radiantes reflejos que dan gran poesía a los cielos y a la tierra mucha luz. El trabajo no le cansa. Su inteligencia está todavía como en ascenso, robusta y vibradora. "Los cortos de vista, dice La Bruyère, quiero decir los espíritus limitados y estrechos en su diminuta esfera, no entienden esa universalidad de talentos que se observa a veces en un mismo sugeto". Podríamos decir que son como las irradiaciones de Dios, chispas de la sabiduría divina en la mente de sus elegidos. Los hombres del mundo no las comprenden porque son incapaces de concebirlas; la miseria de su vida interior no les permite explicarse lo que proviene de una riqueza excepcional, la riqueza de aquéllos que saben objetivar sus aspiraciones de sabiduría y ventura, despreciando las vanidades terrenas, la riqueza de los que no hallan en un mundo tan pequeño la satisfacción de su ideal cuán grande, la riqueza de las almas de elevada talla que atesoran alegrías y esperanzas inefables, extrañas a las falacias de acá abajo, las que no fructifican sino del lado allá de la muerte, y para aguardar las cuales sin obstáculo ni sombra, se necesita "aquella inocencia y pureza" de que nos habla la Imitación de Cristo.

El doctor HERNÁNDEZ fué una figura amable, simpática, interesante y valiosa en todos los sentidos, porque permaneció siendo niño, según las normas evangélicas. Cuando el doctor Rísquez le apellidó el "sabio casi niño", aludía a

sus pocos años, pero también hubiera podido referirse a su carácter infantilmente modesto y humilde en medio de su ancho conocer. Harto discernía él que aun al reino de la ciencia como al de los cielos hay que allegarse haciéndose niño, como nos lo enseña repetidamente el filósofo Bacon. Nada extraño es, pues, que estuviese bien hallado cual simple alumno entre los del Colegio Pío de Roma, según afirma el P. Dubuc, o entre los de la Columbian University, al decir de él mismo: "Vivo una vida de estudiante. . . . me causa gran placer verme sentado en los bancos universitarios como lo estuve antaño". (1)

Durante el último período de su vida concurría inevitablemente cada amanecer a la iglesia de La Pastora, y todos se alentaban, se edificaban y conmovían por el ejemplo de su adoración contemplativa, ingenua y tierna como la de un niño, ardorosa y seráfica como la de un ángel.

Se necesitan esas almas de niño que lleven la religión a la práctica sin doblez, con toda franqueza y lealtad; cristianos ilustrados, obedientes y humildes, pero llenos de valor para defender a Jesucristo, como otros Pastor y Justo, para librarle, tal como nuevos Tarsicios, de las profanaciones enemigas. Hay muchos cristianos que convienen en profesar su fe sólo dentro de las iglesias, asistiendo a procesiones y fiestas, lo cual no compromete, pues a ellas asisten aun los enemigos e indiferentes atraídos por el arte de los adornos externos, de la bien acordada música, de la elocuencia de los oradores. Muchos que piensan acertadamente, pero no conocen la doctrina ni la estudian, como lo ha dicho hace poco un ilustre Obispo francés. Muchos que se acercan a los sacramentos, pero no reforman su vida, ni hacen honor a lo que creen. Muchos que hasta se gritan católicos, pero no tienen ayuda ni simpatía para las obras católicas, cuya trascendencia no quieren comprender, y con las cuales se portan como los que representan el culto de las pasiones humanas, y hasta peor.

La religión bien conocida, bien entendida, bien ejercitada, es la primera y más grande fuerza para la humanidad, y aquella será una nación floreciente y próspera y grande, don-

(1) Carta a la señorita Dolorita Rodríguez Miranda, de New York, 6 oct. 1917.

de los verdaderos cristianos crezcan y se multipliquen y se afiancen.

Con el eminente Prelado, Monseñor Tissier, honor de la Francia contemporánea, a quien acabamos de nombrar, vamos a decir lo que se entiende por verdaderos cristianos.

“Los verdaderos cristianos son hombres que creen y que traducen sus ideas en virtudes valerosas; no aquéllos cuya floja y estéril vida es un mentís cotidiano a su fe; no aquéllos que, como ellos mismos dicen, conservan intactos sus principios, pero en la práctica sacrifican ante los ídolos de carne y de plata, se prosternan ante los altares donde dominan los dioses del día y rebajan por todas las componendas la santidad del nombre que llevan.

“Los verdaderos cristianos son hombres que se sacrifican por sus creencias. La mayoría de nosotros, ¿qué hacemos, qué sufrimos por nuestras ideas? No me digáis que no hay nada que hacer, hombres de poca fe. Hasta ahora, ¿de qué calvario habéis predicado? ¿En qué cruz habéis sido clavados? Es de la cruz de donde el apóstol habla eficazmente, y de ahí de donde hace triunfar sus ideas, según aquella palabra siempre verificada del Maestro: “Cuando yo sea levantado de la tierra, lo atraeré todo a Mí...” Por eso en la penitencia y en el sacrificio hay influencias misteriosas sobre los destinos de los pueblos.

“Los verdaderos cristianos son hombres que no confían en sí mismos sino que oran. La oración, anclando la fe en las almas, las prepara a una irradiación, que la vida privada no contiene. Cuando ella ha puesto la fuerza de Dios en nosotros, sin que lo sepamos, actúa sobre los demás por el simple espectáculo de nuestras virtudes; por manera que, aun siendo tan humildes, podemos algo en pro de la redención social...

“Los verdaderos cristianos son hombres que comulgan en la carne y sangre de Dios, que introducen, por consiguiente, en su ser la vida de Dios. ¿Será extraño que sean fuertes y bienhechores?...

“Esta perfección del Cristianismo en la fe, en el sacrificio, en la oración y en la comunión, que es finalmente la santidad, no es una quimera....

“Si fuera necesaria la gloria para transfigurar la sociedad, nada podríamos hacer. Porque la gloria, tan natural al corazón del hombre, no es patrimonio sino de un pequeño número... Si fuera necesaria la fuerza, si fuera necesario el genio, que son las tres etapas del alma humana hacia su liberación y su poder, emprenderíamos vanamente, seres débiles como somos, la reforma individual y social.

“Pero el hombre comprendió un día que podía hacerse grande y omnipotente por las victorias que obtuviera sobre los vicios, y es el triunfo del cristianismo haber colocado en la belleza moral la sublimidad de la vida. La belleza, la fuerza de la vida cristiana, está en el interior. Este sublime ideal no es sólo el más original, sino el más sencillo y accesible, y es en esto en lo que es divino. Puede ser realizado por un niño. La perfección del pensamiento del propio modo que la fuerza no está al alcance de todos. Pero la del amor, que es la santidad, puede alcanzarla un ignorante, un obrero, una criada. En el fondo de toda alma humana, hay esa extraña y sublime facultad del dón de sí mismo, del sacrificio, que bajo la acción de la gracia se eleva a alturas infinitas y realiza en horas inesperadas misteriosas redenciones”. (1)

Sin pretenderlo acaso, hemos con eso trazado nuevamente la fotografía moral de aquel hombre perillustre, cristiano genuino, paradigma heroico del deber, que fué JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ. El no cesó de pagar la deuda sagrada del buen ejemplo, ni abandonó el afán de conseguir una mayor perfección espiritual. Cuánto favor hizo por el influjo de sus suaves y eficaces maneras, lo dicen todavía innumerables almas que le recuerdan con el afecto y veneración con que se guarda la memoria de un santo, de sus palabras y consejos, de sus acciones y caridades, pues no economizaba momentos para practicar el bien; y aunque presumiera hacerlo en el silencio y sin testigos, bien de veces se le hubo de sorprender por sobre su recato, con gran contentamiento de sus admiradores. No obstante su apartada lejanía de todo concurso mundano, que le hacía vivir vida de cartujo, y convertía su casa en rígido asce-

(1) Mons. Tissier, *Les disciplines du relèvement national*.

terio, abstraído del tumulto, a toda hora debía atender las solicitudes de la miseria humana; mas el tiempo le sobraba siempre para proveer a las necesidades de su alma, a su oración, a su estudio, y aun quizá no erremos al decir, a las disciplinas y privaciones con que castigaba su cuerpo.

HERNÁNDEZ no prescindió nunca de la idea de llegar a su Cartuja, ni sus compañeros y superiores de la esperanza de volverle a ver traspasar los umbrales de la amada soledad. Así lo demuestra la correspondencia. Copiaremos fragmentos de algunas cartas, por los que saborearemos el espíritu y amistad de aquellos piadosos monjes, verdaderos hombres de Dios, y muy en particular, el temple de santidad del celebrado Maestro de Novicios, P. Etienne Arriat.

De la Cartuja de Trisulti, Collepardo (Provincia de Roma) le dice Fr. Jean Louis Lucchini: "Muy querido Profesor D. José, ¿Recuerda usted a aquel Fr. Jean Louis, el único italiano que conoció en el Noviciado de Farneta? Después de su profesión (junto con D. Gonzalve), se le hizo coadjutor en Farneta, y ahora es Prior del antiguo convento cartujano de Trisulti. . . . Yo le recuerdo a usted a menudo: su apacible carácter y humilde comedimiento me edificaba mucho. . . . Después de su partida, pocos novicios han ingresado en Farneta. Fr. Etienne es todavía el Maestro, pero el R. P. General D. René murió en noviembre de 1911, sucediéndole el último P. Procurador General, Fr. J. Mayand. Acepte mi constante recuerdo y mis mejores deseos".

El Hermano D. Gonzalve Paquin, desde la Cartuja de Vedana (Belluno): "Muy querido Don Marcelo: Nos dicen las Santas Escrituras que como el patriarca Jacob supiese que José, el hijo de sus lágrimas, vivía aún, *revixit spiritus ejus*. . . . *Sufficit mihi, si adhuc filius meus vivit: vadam et videbo illum antequam moriar*. Ultimamente he tenido la dicha de recibir noticias de usted. Su partida me había causado gran pena, y por mucho tiempo su recuerdo me ha sonado al corazón como una triste campanada. Perdone a mi afecto; pero una vez que le conocí y le quise, no puedo ya olvidarle. Desde 1908 han sido muchos los pasos infructuosos que he dado para encontrarle de nuevo: cartas a Caracas, a París, todo ha sido inútil. Así, con cuánto gozo he sabido que usted sigue sus

estudios teológicos en el Colegio Pío Americano, con el propósito de prepararse al honor insigne que el Buen Dios le reserva como a uno de sus hijos muy amados. . . . Seguramente no habrá olvidado con qué entusiasmo trabajamos juntos para aprender nuestro primer responsorio: *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum pater meus*. Por fin, después de tres semanas de luchas y de esfuerzos, logramos vencerlo. En sus confidencias íntimas, usted me reveló varios pormenores de su vida que me interesaron sobremanera, desde la lectura de la Vida de Jesucristo por Didon hasta los sufrimientos morales de los últimos días. Nuestra confianza fué recíproca. ¿Qué ha sido de usted desde 1908 hasta ahora? . . . Le agradeceré la bondad de creer en la fidelidad de un pobre corazón que le es adicto en Jesús y María”.

Por su parte, el Maestro de Novicios en una que ya hemos citado, le dice: “Querido señor Hernández: Mi afecto por usted se remonta al principio de nuestras relaciones, y se conserva siempre igual. Yo le ví alejarse con sentimiento, y creo haberle dado pruebas de mi amistad hasta el último momento. Será, pues, para mí una grande alegría volverle a ver. . . . Estemos unidos en la oración. Imploramos las luces de nuestro Padre Celestial con la asistencia de la Inmaculada Virgen. Esta excelente Madre le ayudará a realizar perfectamente el beneplácito divino, que es lo esencial. . . . Se me hace tarde manifestarle cuán conmovido me tiene su delicada atención, al enviarme ese volumen que usted ha compuesto pensando en sus amigos de la soledad y cuyo contenido revela la extensión de los conocimientos y el carácter serio del autor”. (1)

En otra: . . . “Pido al Sagrado Corazón de Jesús, por mediación de María Inmaculada, le ayude a hacer cada día progresos en la fe, en la esperanza y en la caridad, conforme a sus esfuerzos actuales, y en todas las demás virtudes que agradan al Verbo Encarnado, humillado por amor nuestro. Por lo demás, en el Noviciado pedimos mucho por usted, interesándonos en su perseverancia y en el logro de sus piadosos proyectos. . . . Para corresponder a su deseo pido a San Agus-

(1) Se refiere a los Elementos de Filosofía.

tín que le haga aprovechar los consejos contenidos en el librito que le envió. Es una serie de santos pensamientos, de máximas espirituales extraídas de las obras del gran Doctor, y vertidos al español por uno de nuestros caros novicios, con quien podrá usted hablar su hermosa lengua cuando haya vuelto al Convento. . . . Buen ánimo y confianza, etc."

De las cartas de HERNÁNDEZ a este respecto, no encontramos sino el borrador en francés de una que suponemos sería para el venerable Maestro. Pero ella nos da este fragmento que pinta bien a las claras la sencilla y sublime niñez de su temperamento moral: "Ya no me queda otra cosa sino someterme a la voluntad de Dios. Me encanta escribirle a usted, poder abrirle mi corazón, y decirle cuán grande es el recuerdo de afecto y de reconocimiento que tengo para con usted. Le suplico no me olvide en su amistad y sobre todo en sus súplicas tan preciosas delante del Señor. Me parece tan difícil la salvación en el mundo, que tiemblo cuando pienso en la suerte que acaso me espera del lado allá de la tumba; por lo cual me agarro a usted como el náufrago que se suspende de un cable ensayando salvar su vida".

Casi todos los grandes, sin exceptuar los santos, se han ofrecido a la historia con ciertas excentricidades y humorismos, en los cuales hacen fuerte hincapié los imitadores, y que vistos con la lente corta de nuestra psicología mezquina, parecen resultar puras majaderías. Cuanto a algunos, hasta santos mismo, podemos decir que éstos son los lados flacos de la pobre humanidad; y el instinto de perfeccionamiento ha podido muy bien cejar por estos lados mínimos. Seguramente a causa de tales caprichos era por lo que decía San Juan Crisóstomo que "todo no es igualmente santo en la vida de los santos". David se fingió loco para salvarse en la corte de Achis. San Juan de Dios, el fundador de las órdenes hospitalarias, echábase las de demente para que se burlasen de él. Nuestro Padre San Francisco de Asís se alborozaba igual que un niño cuando era presa de alguna emoción de regocijo, y con un pedazo de palo y una regla improvisaba un violín, para rimar el concierto que su fantasía le hacía concebir. Santa Teresa se alegraba en los días de fiesta y tocaba un flautín y un tamboril, que aún se

conservan como reliquia en Avila. San Felipe Neri cuidaba con cierta especie de amor maniático a una gata vieja con que se distraía. Goethe habla de las "agudezas humorísticas" de este santo ilustre, que era su patrono celeste, y dice: "Neri había condensado su doctrina en un corto proverbio: despreciar el mundo, despreciarse a sí mismo, despreciar el desprecio que uno inspira. Y en efecto eso lo decía todo. Cualquier espíritu hipochondríaco se figura que podrá satisfacer a los dos primeros puntos, pero para someterse al tercero, es necesario estar en el camino de la santidad". (1) Muchas de semejantes rarezas y originalidades tienen sin duda un motivo sobrenatural, son ardides de la humildad y de la mortificación de esas almas, invenciones para ocultar sus méritos, astucias para despistar a los demás, hacerles perder la admiración que pudieran sentir hacia sus acciones extraordinarias y aun para dejarse pasar ellas mismas por ridículas.

Las ha habido también de otro orden; por ejemplo, la repugnancia natural de San Agustín, que no pudo comer nunca sino con una cuchara de plata, la del mismo San Felipe, que no se resignaba a beber en vaso ajeno, ni a celebrar la misa sino en su cáliz propio. En éstas entra por mucho el instinto ingénito o la educación del aseo personal, que San Francisco de Sales y Santa Teresa clasifican en el número de las virtudes menores. Tal vez esos santos quisiesen por espíritu de mortificación empequeñecese mediante las propensiones consonas con el mundo, para esconder a los ojos de sus semejantes las magnas excelencias que distinguían sus partes mentales. Y en efecto, conocimos a un piadosísimo sacerdote, que para no dejar traslucir sus frecuentes ayunos, se perfumaba y se arreglaba como cualquier caballero mundano.

Sirvan estas consideraciones a explicar el peregrino acicalamiento del doctor HERNÁNDEZ, durante sus últimos tiempos. Hubo quienes le creyeran chiflado al verle sometido al rigor estricto de las modas en sus vestidos, en las clases y colores de las telas, en los sombreros y corbatas, en el calzado, etc., cuando anteriormente él no gastaba sino trajes moderados y severos, que si no le atraían el dictado de ridículo, le

(1) Goethe, Viaje por Italia.

hacían aparecer con más edad de la que tenía realmente. No nos es posible asegurar si de la Cartuja le iniciasen tales exageraciones, aunque lo presumimos; pero sí creemos tener derecho a deducir que él, modelo en su juventud de aseo y de la más fina limpieza, escogitara aquel medio para procurarse las mofas y habladurías de tanto juzgamundos como pulula en la sociedad y obscurecer así el brillo de sus conspicuas dotes; a la manera como San Benito José Labre, por un concepto opuesto, al verse definitivamente desahuciado en su anhelo de ser cartujo, puso su penitencia en los harapos, en el abandono y desprecio de su cuerpo, desprecio y abandono que quizá entró originariamente en su índole nativa. Tanto el que se unge y atavía como el que se entrega al desaseo, se extreman en la práctica de altísimas virtudes, y hacen de su conducta un género de resignación o de ascetismo de valor notoriamente heroico.

CAPITULO X

La muerte.—Horrorosa tragedia.—Un lustro antes.—El alma nacional conmovida.—Homenajes a la memoria de Hernández.—El voto del pueblo.—Era un santo!

El oficio primordial de la religión, consiste en hacernos de los días del mundo un período de preparación para la muerte. La muerte no debe ser, y no lo es en efecto para el alma que ha sabido cumplir su destino, sino un ligero paso, una suave y deliciosa transición de las tinieblas a la luz, del odio al amor duradero, del sufrimiento al lugar del gozo perfecto, del destierro amargo a la dulce patria interminable, de la guerra de las pasiones a la paz del reposo en el seno de Dios; la conquista segura, imperdible, del premio y la victoria; la transfiguración mirífica del luchador por el triunfo perpetuo en el epinicio de los loores divinos.

A las almas que aman, que no alientan sino para alabar y glorificar al Señor, como sienten la nostalgia del cielo, se les tarda la ruptura de los vínculos que las retienen, y, preparadas siempre para el trance, discurren deseando y pidiendo de todas veras se les abrevie el plazo:

“Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero”.

HERNÁNDEZ, pendiente como estaba de la salvación y de la eternidad, decía con una confianza admirable: "siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y nos pone seguros en el cielo". Todas sus acciones iban como iluminadas por la luz eterna, su conversación y su conducta parecían despedir fulgores de cielo, y su fortaleza era inexpugnable porque su vida estaba lorigada por la divina armadura de la Eucaristía. Su conciencia, pura y transparente como un cendal, recibía las claridades del célico amor, y en su corazón tenían cabida las sentencias de la divina Voluntad. El se hallaba así dispuesto en toda hora a comparecer ante el tribunal del Juez Supremo, confiado en escuchar el fallo propicio de la misericordia: *Euge, serve bone et fidelis*.

Era el 29 de junio de 1919, fiesta de los grandes apóstoles Pedro y Pablo, trigésimo primer aniversario del doctorado de HERNÁNDEZ. Poco después del mediodía, salió éste de casa, y a unos cuantos metros de la esquina de Amadores hacia la del Urapal, calle Oeste 9, al bajar la acera, pero fijándose no más en el tranvía que pasaba, no advirtió un automóvil que venía detrás y fué arrollado brutalmente por el carro, quedando en el acto sin vida, merced a la fractura de la base del cráneo, según diagnóstico de su amigo el doctor Razetti. . . .

La infausta nueva voló por la capital como un reguero de pólvora, poniendo en todos los ánimos, en todos los hogares, en todos los gremios, la más tremenda consternación, y enluteciendo el ambiente de Caracas con una honda melancolía y un solemnísimo duelo.

Nada es comparable con el grandioso espectáculo de dolor que ofreció nuestra ciudad, siempre bulliciosa y alegre, en aquellos dos memorables días, que constituyeron fecha grande en nuestra historia, una de esas horas en que se puede pulsar la conciencia de todo un pueblo, horas de justicia en que el alma colectiva, impulsada por un solo sentimiento, se manifiesta en toda su gloria y majestad para rendir el más elocuente tributo a la virtud triunfante en la vida de un hombre. Así gimió al borde de aquel féretro el alma de la Patria, estremecida de pavor y de llanto, ofreciendo a la faz del mundo el cuadro conmovedor, esplendidísimo, de una aclamación

espontánea, matemáticamente unánime, la más alta y resonante sanción de honor e inmortalidad que nuestros anales recuerdan.

La muerte de HERNÁNDEZ es súbita, y hay que hacer constar que él a menudo suplicaba a Dios se la mandase rápida, porque le angustiaba como un tormento molestar con la asistencia de una enfermedad larga. Pero *el justo*, dice la Sabiduría, *aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar de refrigerio.* (1)

Si retrotraemos la memoria a cinco años antes, habemos de recordar que de París le escribía a su hermano don César: "Pero supón que yo me cure del todo dentro *de cuatro o cinco años*, ya para entonces estaré demasiado viejo, y tendré que quedarme para siempre en el mundo, que es lo que me contraría". ¿No podríamos ver en este plazo, traído de improviso, cuando más bien él cree recobrar pronto la salud merced al clima benigno de Caracas, una lejana visión espiritual de su postrimería, o del resultado de sus repetidas plegarias? No adelantemos juicios que pudieran resultar fallidos; pero observemos sí que el abuelo paterno Don Remigio Hernández, muerto en 1838, y la tía doña María de Jesús, muerta en 1874, parecen haber tenido revelación de su muerte cercana.

Refiriéndose al primero, dice el Libro genealógico que la víspera de su muerte, hallándose en sana salud y reuniendo a los suyos, les dijo que en la familia pocos pasaban de los sesenta años, y por consiguiente era bueno prepararse para tan terrible trance; que hizo aquella tarde confesión general de toda su vida y a la mañana siguiente recibió la sagrada comunión con gran fervor; y poco después, mientras tomaba en casa una ligera refección, sin haber presentado sintoma alguno de enfermedad, murió apaciblemente con la muerte de los predestinados al cielo.

Doña María de Jesús Hernández, nacida en 1822, desde su adolescencia manifestó deseos de tomar el velo de religiosa, mas a ruegos de su padre Don Remigio, le prometió que no lo haría mientras sus hermanos, que eran huérfanos

(1) Sap. IV, 7.

de madre, fueran pequeños, pues ella era la mayor; cuando se hubo casado la menor de sus hermanas, entró y profesó en el Convento de Clarisas de Mérida. Vivió allí en la más austera penitencia y en la práctica de las más heroicas virtudes y fué agraciada con dones sobrenaturales, entre los cuales se supo por tradición gozaba del de profecía. Las Cámaras legislativas de Venezuela decretaron la abolición y exclaustación de las Ordenes religiosas; al serle comunicado el decreto, la Superiora de las dichas Clarisas convocó a Capítulo y dando de él conocimiento a las monjas, las dijo avisasen a sus familias para que acudiesen al Convento a recibir las el día de la salida. Sor María de Jesús manifestó en presencia misma del Capítulo que no necesitaba dar parte a su familia, porque moriría antes de terminarse el plazo de los ocho días que faltaban para la expulsión. Y en efecto, faltando apenas tres, al salir de su celda en la mañana con dirección a la Capilla, y como tuviese de pasar junto a las colmenas que se cultivaban en el Convento, uno de los insectos la picó en una mano, y en la misma noche murió con deliciosa paz y alegría celestial.

Decíamos de la profunda emoción que conturbó a Caracas a causa del inesperado y rudo golpe de la muerte del doctor HERNÁNDEZ. *La sabiduría*, dice la Sagrada Escritura, *da a los justos el galardón de sus obras, y los conduce por sendas maravillosas* (1). Por esas sendas y esas obras era conocido HERNÁNDEZ y amado no tan sólo en Caracas sino en toda Venezuela. Caracas asumió la representación del País, segura como estaba de que todo él se conmoviera ante el nefasto suceso, y no se engañó.

La actitud de la ciudad fué verdaderamente insólita. Se paralizó la algazara y el vértigo cotidiano, la vida social tomó otra fase de acuerdo con la amargura de la pena, y no hubo quien no se irguiese a la altura del deber. La familia no se encontró sola. El gobierno, el clero, la prensa, las academias, los estudiantes, el comercio, la sociedad y el pueblo todo, la acompañaron desde el primer momento y se unieron a ella para llevar al cabo la manifestación más suntuosa e im-

(1) Sap. X, 17.

ponente que la República ha rendido a un varón a quien no ilustraron las hazañas ruidosas de las armas, ni el poderío de la elocuencia tribunicia, sino el blando y silencioso prestigio del saber, de la virtud, de la caridad y de la santidad. Aquello fué una apoteosis de amor. Desde el Hospital Vargas, adonde el atribulado chofer condujo al exánime herido, al hogar fraterno, de ahí a la Universidad, al templo metropolitano y hasta el instante postrero del sepelio, se desplegó, en sublime y patético desfile, una romería de corazones, que iban a verter sobre el cuerpo querido, vaso de tan grande alma, la sinceridad de las lágrimas, el memento de las preces, la frase del elogio, el aroma de las flores, la angustia y los sollozos de la Patria.

Cuánto desearíamos ponderar menudamente todos los actos a que dió lugar la muerte de nuestro sapientísimo médico católico. Porque, a la verdad, todos y cada uno de los pasos de aquel día encerraban un símbolo, y ese símbolo estaba escrito con caracteres de fuego, con letras de amor, dentro de cada pecho, de aquellos miles de miles que formaban oleadas, y que se sentían heridos, aplastados, con la desgracia común. Pero repitámoslo: nadie se eximió, todos ocuparon por movimiento espontáneo el alto puésto del deber.

Desde Maracay, en telegrama al Ministro de Instrucción Pública, decía el ciudadano General Presidente Constitucional Electo: "He lamentado mucho la muerte del eminente médico José G. Hernández, y aprecio su condolencia por esta desgracia nacional".

El Gobierno dictó la siguiente Resolución:

Ministerio de Instrucción Pública.—Dirección de Instrucción Superior.--Caracas: 29 de junio de 1919.--110° y 61°

Resuelto: Dispone el ciudadano Presidente Provisional de la República que para rendir el homenaje que merecen las altas virtudes ciudadanas y las preclaras dotes de quien fué en vida el Doctor José Gregorio Hernández, Profesor de la Facultad Médica desde el año 1890, sea trasladado el cadáver del extinto al Paraninfo de la antigua Universidad Cen-

tral, donde permanecerá en Capilla Ardiente hasta la hora de los funerales; y que tan lamentable fallecimiento sea motivo de duelo para las Facultades de Estudios Superiores existentes en el País.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

R. GONZÁLEZ RINCONES.

Mención aparte merecen los estudiantes de Medicina, que se apersonaron de la terrífica circunstancia y montaron guardia voluntaria durante las horas de la Capilla Ardiente; y después, el pueblo que en masa se disputó el honor de cargar sobre sus hombros la preciosa urna hasta el cementerio.

En acuerdos honrosísimos, el Concejo Municipal, las Academias y Escuelas Superiores, los Centros de Estudiantes, las Cofradías y asociaciones religiosas, las Ordenes y Congregaciones, las sociedades de obreros, los órganos de la Prensa, los representantes de las Letras, las compañías de espectáculos públicos, el Comercio, los Colegios y escuelas, todos tuvieron para la memoria del santo y del sabio, homenajes distinguidos que revelaban sinceridad de sentimientos y mancomunidad en el afecto y en el duelo.

El caso no había tenido precedentes, nuestros diarios se emularon en describirlo. Nos contentaremos con tomar algunos trozos del celebrado y popular cronista Lino Sutil y de nuestro diario LA RELIGION, en la imposibilidad de aprovechar las observaciones y comentarios con que periódicos y revistas hicieron palpar durante luengos días el corazón del público.

Dijo Lino Sutil, desde las columnas de *El Universal*: "Cuántos príncipes, cuántos héroes, cuántos poderosos de la tierra llenos de orgullo y sedientos de gloria desearían para sí la solemne apoteosis que el pueblo y lo más granado de la sociedad de Caracas le hizo al cadáver de aquel humilde médico que en vida se llamaba el doctor José Gregorio Hernández.

"La historia sentimental de la República no recuerda una manifestación de dolor más espléndida y sincera. Ninguna más

espontánea! En toda agitación popular hay siempre una fuerza individual que se encarga de poner en movimiento, muchas veces artificial, cada uno de los mil resortes que constituyen el pesado mecanismo de las masas. En toda manifestación pública hay uno o varios interesados directamente, que de modo indirecto pero activo sacuden la modorra general estimulándola con lentos reactivos hacia el fin que se proponen. . . . Aquí no hubo agitadores. Cada quien llevaba dentro del pecho su propio agitador: el corazón.

.
“Pero señor, si muchos se afanan por alcanzar la gloria, si no se necesita ser príncipe, ni héroe, ni poderoso, ni sabio (cuántos ignoraban que el doctor Hernández lo era), si no se necesita ser sino simplemente bueno, ¿por qué somos malos, cuando siéndolo, podríamos llegar a merecer y obtener en esta vida un premio tan insólito, como lo mereció y lo obtuvo, magníficamente, aquél que antes que todo fué un hombre bueno?

“Es que hay que ser príncipe, héroe o sabio en la bondad. . . . Se necesita poseer en plenitud el instinto de la bondad, y la fuerza perenne para serlo en medio de la maldad humana. . . . ser bueno integralmente, como Hernández lo era, para que al caer bajo el golpe ciego de una máquina, bajo el aletazo siniestro de la adversidad, del cúmulo de bondad reunida y solidificada en una larga práctica constante, brote como rara flor gloriosa la apoteosis, no armada interiormente de motivos extraños a ella misma, sino pura y radiante como la luz del sol.

“Si de súbito hubiera llegado a Caracas el lunes 30 de junio de 1919 un extranjero curioso y hubiera preguntado:— ¿A quién llevan a enterrar con tanta pompa? ¿Quién es ése que logra conmover así a la frívola gran ciudad? ¿Por quién lloran en la calle mujeres de rango y mujeres del pueblo como las hijas de Jerusalem? ¿Quién es ese caudillo que va a ser llevado al cementerio en hombros de letrados y científicos, con los cuales el pueblo, de suyo tolerante y sumiso, discute el derecho de ser él quien realice el póstero homenaje? ¿Quién es ese héroe que arrastra detrás de su cadáver a las multitudes sollozantes y a cuyo paso la ciudad se consterna, la vida

mercantil e industrial se paraliza, las transacciones se suspenden y las cabezas de todos se inclinan, abrumadas de dolor y de respeto?

“Si alguien hubiera interrogado eso, habría sido una buena lección responderle:—No! Ese no era ni un príncipe, ni un caudillo, ni un poderoso de la tierra, ni siquiera un fatuo que compró en vida con oro o con halagos intencionados esa solemnidad funeral. No! Esa apoteosis... es la obra del bien. Ese fué un hombre que estuvo siempre cerca del dolor y la pena, y en silencio los remedió... para que nadie lo supiera nunca. Pero hé aquí que cada uno de los amparados por él cuando estaban solos, de los consolados por él cuando estaban tristes, al saber su inesperado fallecimiento han salido de sus tugurios y a esa muchedumbre que pasa de diez mil almas agradecidas, se han agregado los que en todo caso tenían que rendirle un homenaje de justicia o de aprecio al distinguido caballero sin tacha y hombre de ciencia notable, que después de haber vivido vida limpia en medio de tantas miserias humanas, remediándolas con los bellos dones de su cerebro, de su corazón o de su fortuna, cayó violenta y trágicamente, único modo que encontró la Muerte, que sin duda también lo amaba, para poder cumplir su triste misión de abatir a aquel modelo de justo, de sabio y de filántropo”.

LA RELIGION, por la bien tajada pluma del entonces director, Pbro. Dr. Rafael Peñalver, dijo: “El 29 de junio de 1919 quedará grabado para siempre en los anales de dolor de esta noble ciudad de Caracas, porque en ese día la muerte hirió implacable al Dr. José Gregorio Hernández.

“Desapareció del mundo, silenciosamente, sin lanzar un gemido, como el astro que se oculta en la callada soledad del firmamento; sin experimentar los estertores de lenta agonía, como sucumbe, según la inimitable expresión de Virgilio, como sucumbe en dulce languidez y muere el lirio del campo, al ser tronchado por el hierro del arado:

*Purpureus veluti cum flos succisus aratro
Languescit moriens....*

“Y estrella era él de nuestro cielo y procera flor de nuestra tierra. Estrella vestida de luz de sabiduría que brotaba a raudales de sus labios y de su pluma. Y flor de santidad

cristiana, cuyo aroma emanaba en edificantes efluvios de toda su persona, como de puro vaso de alabastro el perfume acendrado de maravillosa esencia.

“Porque era estrella de sabiduría, la Ciencia y el Arte se ataviaron en su muerte de fúnebres arreos, y porque era flor de santidad, y la santidad es más belleza que toda belleza terrestre, y más amor que todo amor humano, los jardines del Avila deshojaron toda su opulencia sobre su ataúd, y el pueblo de Caracas bendijo su nombre con voz de dolor y canto de gemido, y trémulo de emoción llevó sobre los hombros el dulce peso de sus despojos mortales en la más imponente y sublime manifestación de gratitud y de fe.

... aún no se ha extinguido en los aires el eco gemebundo de la insólita apoteosis; y al Rvmo. Pontífice de la Iglesia Arcudiocesana se ha unido hoy en afectuosa emulación de piedad católica, toda la sociedad de Caracas, para orar por el alma de ese muerto inolvidable, y adorar a Dios, que se complace en hacer en el Dr. José Gregorio Hernández la más hermosa manifestación de los prodigiosos carismas de su gracia”.

Corrida la triste nueva por todo el ámbito de la nación, allí mismo vinieron las participaciones de los Gobiernos Seccionales, de las ciudades y pueblos, en especial del Estado Trujillo, de que era Hernández hijo ilustre, de su pintoresca aldehuela nativa, de los periódicos locales y de los institutos así privados como públicos, que se emulaban en los obsequios al malogrado y no bien llorado varón.

Luégo después siguieron los homenajes especiales, los tributos sin cuenta ni par que integraron tan famoso plebiscito póstumo, de entre los que recordaremos los más importantes.

El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo, que había celebrado misa de cuerpo presente en la sala mortuoria como obsequio personal suyo al alma del eminente fallecido, invitó al Cabildo Metropolitano para juntar la voz de la Iglesia a la de los pobres en la glorificación de la virtud, celebran-

do un funeral solemne en la Catedral, como se ve por los oficios que se cruzaron y que publicamos a continuación:

Arzobispado de Caracas y Venezuela.

Muy Venerable Señor Deán y Cabildo.

Habiendo fallecido en esta ciudad el señor doctor José Gregorio Hernández, muerte que lamenta, y con justicia, toda la sociedad, y de manera especial la porción de los pobres, a quienes asistía por caridad; y no pudiendo éstos manifestar su gratitud al honorable Médico, que supo sacar de su acendrada piedad la inagotable solicitud con que les dispensara los cuidados de su ciencia; y siendo la Iglesia madre cariñosa de los pobres, que ve con gozo los esfuerzos que sus hijos hacen por esta parte desgraciada de la humanidad, hemos creído oportuno invitar al Muy Venerable Cabildo Metropolitano, para que unido a Nós, tributemos un obsequio fúnebre el 29 de este mes, día trigésimo de su muerte, a la memoria del esclarecido doctor Hernández, que supo unir a su ciencia, el ejercicio de las virtudes cristianas, por las que es hoy bendecida su memoria.

Dios guarde a Usía Venerable muchos años.

† FELIPE,
Arzobispo de Caracas.

Capítulo Metropolitano.—Caracas: 16 de julio de 1919.

Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. Felipe Rincón González, Dignísimo Arzobispo de Caracas y Venezuela.

Su Palacio.

Ilustrísimo Señor:

Ha merecido entera aprobación, de todos y de cada uno de los miembros de este Capítulo Metropolitano, la invitación que Vuestra Señoría Ilustrísima le hace, tendiente a unirse a Usía para celebrar sufragios por el alma toda caridad, del señor doctor José Gregorio Hernández.

Justamente os expresáis, Ilustrísimo Señor, al decir que si toda la Sociedad Venezolana lamenta como pérdida invalorable

rable la muerte del doctor Hernández, los pobres, hijos muy amados de la Santa Iglesia, llóranla desde lo profundo de su acendrada gratitud para con el cristiano médico en quien de modo extraordinario se juntaron eminente ciencia y heroica abnegación.

Así, pues, el homenaje que en el Templo Metropolitano tributaremos a la bendecida memoria del Dr. Hernández, tendrá la muy hermosa significación que Vuestra Señoría insinúa: la Iglesia, Madre cariñosa, se apropia las deudas de amor y reconocimiento de sus hijos desvalidos.

En obediencia a esos sentimientos, el Capítulo Metropolitano une íntegramente su intención a la muy piadosa de Vuestra Señoría.

De Vos, Reverendísimo Señor, obedientes hijos,

El Deán, *N. E. Navarro*, Prot. Apost.—El Arcediano, *B. A. Núñez*.—El Prior, *Francisco Guevara*.—El Magistral, *Pbro. R. Lovera*.—El Mercedario, *Pbro. Manuel F. Yepes*.—El Teologal, *Pbro. Dr. Francisco A. Granadillo*.—El Doctoral, *Pbro. Reinaldo S. Esculpi*.—El Penitenciario, *Pbro. Simón Lazo*.—Racionero, *Pbro. Santiago García*.—Racionero, *Pbro. C. Pérez Medina*.—Racionero, *Pbro. Dr. Jesús María Sánchez*.—Medio-Racionero, *Pbro. Cástor María Castillo*.—Medio-Racionero, *Pbro. Francisco Lovera*.

Un grupo de caballeros, movidos por la delicadísima iniciativa del señor J. Octaviano González L., hicieron gala de su admiración y gratitud incrustando una estrella de mármol en el brocal de la acera donde se efectuó la temerosa tragedia.

El Gremio de Obreros y Artesanos llevó a cabo un homenaje digno, haciendo celebrar oficios en la iglesia de la Merced y un hermoso acto en la necrópolis para colocar sobre la tumba de Hernández la lápida con la inscripción del epitafio premiado de nuestro excelente historiógrafo, actual Bibliotecario Nacional, señor José E. Machado, que dice:

"Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fué sabio y por su virtud justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional. Caracas, que le ofrendó el tributo de sus lágrimas, consagra a su memoria este sencillo epitafio, que la gratitud dicta y la justicia impone".

El doctor Saturio Rodríguez Berenguel promovió la constitución de una Junta para un homenaje nacional; junta que integrada por conspicuos elementos y actividades como el doctor Villegas Ruiz, presidente, Monseñores Lovera y Navarro, vicepresidentes, doctores Pinaud, Domingo María Navarro y Berenguel mismo, llevó a término su cometido patriótico de una manera brillante y útil, instituyendo el "Premio José Gregorio Hernández" cuya estabilidad es un hecho honorífico. Este premio, consistente de dos mil bolívares, se adjudica bienalmente al autor—médico venezolano—del mejor trabajo que se presente y que debe: 1º Versar sobre el estudio de alguna de las endemias tropicales existentes en Venezuela; 2º Estar fundado en observaciones y experiencias personales del autor; 3º Contener alguna novedad sobre profilaxia y tratamiento; 4º Ser de inmediata utilidad práctica para la comunidad. La Junta Administradora del Premio está formada por el Arzobispo de Caracas, el Presidente de la Academia de Medicina, el Director de la Escuela de Medicina, un abogado de la República y un comerciante establecido en Caracas. Además, la misma Junta depositó sobre el sepulcro de Hernández una gran losa de mármol en recuerdo perpetuo del Homenaje y el retrato al óleo con una placa conmemorativa en la Sala de su Cátedra.

El retrato de HERNÁNDEZ se ha colocado también en la Academia Nacional de Medicina; los cursos de medicina concibieron el proyecto de erigirle una estatua o busto; y con su nombre el Gobierno Nacional fundó una escuela concentrada en la ciudad del Tocuyo, y el Centro de Estudiantes una clínica en el Amparo Infantil, casa de caridad y de rehabilitación por la virtud, hija de la virtud y caridad del presbítero Mariano Parra, y que era vista con particular deferencia por el doctor HERNÁNDEZ.

En todas esas expansiones y aplausos inolvidables con que el Pueblo, la Sociedad y el Gobierno dieron libre curso al patriotismo para ensalzar las prerrogativas de nuestro célebre médico católico, hay un punto de vista de dominante interés por su significación. Es que aquéllas fueron manifestacio-

nes cristianas. Es el aspecto religioso, el hecho cristiano que nos sale al encuentro en toda circunstancia, y del cual es imposible prescindir.

El doctor HERNÁNDEZ no constituye una personalidad aislada, ni es menos producto de la casualidad: él ha sido exponente superior de un modo de ser venezolano; una fórmula, un resultado gallardo, magnífico, egregio, representativo de nuestras convicciones religiosas y de nuestros arraigos morales. Y las ingenuas y elocuentísimas demostraciones con que se le brindó al morir, no son tampoco sucesos aislados, nó: son signos expresivos y garantes de nuestra libre existencia de hoy, y más aún, promesa cierta para las lógicas evoluciones que nos prepara el mañana. La sociedad exhibió con ellas la magnánima faz piadosa de su fisonomía psicológica; nuestro gobierno hizo llamada de aliento a la generación actual para el cultivo de un civismo acendrado, al celebrar el esfuerzo y éxito de cualidades eminentes; el pueblo, en fin, testificó que reconoce y acata la venerable tradición cristiana, rico legado de nuestros abuelos; que ama la virtud, el trabajo y el deber; que sabe entusiasmarse ante la abnegación, ante la honradez y la pureza de las costumbres; que está dispuesto a recibir el espíritu de las futuras renovaciones que han de efectuarse en el mundo, cuyos síntomas ya se entrevén en el horizonte de la humanidad y las cuales habrán de ser indudablemente de índole religiosa, trayendo un reflorecimiento espléndido del Catolicismo.

La muerte sorprendió a HERNÁNDEZ, no digamos le sorprendió, porque siempre estuvo a ella apercibido; le encontró en edad todavía robusta, cuando la Patria y la Ciencia podían aguardar aún mucho de sus lúcidas facultades y de su intenso y ubérrimo trabajo. Iba a hacer el bien, a cumplir una obra de caridad en el lecho menesteroso y afligido de un doliente; camino de la gloria, en busca de la bienaventuranza eterna. Misterios de Dios, que el hombre, ignorante y débil, no alcanza a descifrar! *Verán el fin del hombre prudente, dice también la Sabiduría, y no comprenderán los designios*

de Dios sobre él, ni cómo el Señor le ha puesto en salvo. (1)
 “Cayó,—así se ha dicho de un alma célebre,—con las armas en la mano, como soldado en la brecha. Cayó, pero sin que le sorprendiera la muerte, porque estaba siempre a punto; más aún, la deseaba, porque un invencible atractivo le atraía hacia un mundo mejor”. Recuérdese con efecto su plegaria de 1910: “Oh adorable Hostia! Creo y confieso que Tú eres real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y Te pido que me des prontamente una santa muerte”. (2)

El pueblo, tímidamente pero con piedad y amor de corazón, le ha llamado santo, por su vida, llena de joyas como preciosas margaritas; por su caridad, practicada como lo manda el Evangelio, sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha; por su humildad profunda, que nunca reconoció los propios méritos; por su castidad, blanca como el armiño y oliente como la azucena; por su alma entera, iluminada siempre por la luz del eterno Sol de la justicia y del amor. (3)

No queremos anticiparnos al juicio de la Iglesia, tan delicada, tan severa, tan sabia, para inscribir un nombre en los dípticos de los bienaventurados; no queremos incitar las almas a rendir honores religiosos a un muerto insigne por más que fuese tan abundado de preseas espirituales; pero hemos oído de favores obtenidos por su intercesión, así, al día siguiente de su muerte, la liberación de un preso hartó conocido entre

(1) Sabid., IV, 17.

(2) V. *La Religión*, núm. extraord.

(3) Tal vez no resulte fuera de cuento indicar aquí el caso de un ilustre pariente de HERNÁNDEZ, reputado por santo entre sus compatriotas. En 1910 moría en uno de los aldeaños de la condal Barcelona, después de una vida meritisima por el resplandor de notoria santidad, el Religioso MIGUEL FEBRES CORDERO, perteneciente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Nativo de Cuenca, en el Ecuador, realizó dentro de su república y en varias casas extranjeras de su Instituto, una misión ejemplar, un gran apostolado en la Enseñanza, y se atrajo la reverencia general. Su honorable apellido, tan conocido por acá, en Mérida, en Valencia, en Barinas y otras partes, clarificado por figuras y acciones en lo religioso y en lo cívico, revela el origen venezolano de sus ascendientes; y además, podemos señalar su connotación con la familia de HERNÁNDEZ, pues en el libro genealógico de éste encontramos el enlace de D. José Gregorio Hernández de Yaguas y Mendoza con D^a María de la Cruz de Febres Cordero, bisabuelos paternos de los Hernández, y esta D^a María de la Cruz era hermana de D. Joaquín, abuelo del Religioso que nos ocupa. Hace algunos meses se ha incoado en el Ecuador el proceso local informativo, previo a la introducción de la causa de beatificación de este eminente y sabio Hermano Miguel, literato notable, académico de la Lengua, pedagogo distinguidísimo, gloria legítima de la insigne Congregación de San Juan Bautista de La Salle.

nosotros; la realización de un negocio para el que no se tenía esperanza, y otros. Ni queremos tampoco adherir a éstos el valor de la fe, mas sí nos da qué pensar el que Dios no quisiese a Hernández de morador en el ambiente sobrenatural de la Cartuja, y le preparase para su muerte una glorificación tan excepcional y excelsa, en que miles de hombres no estuvieron animados sino de un solo propósito: la pleitesía a la virtud cristiana, a la santa abnegación, al heroísmo de la vida. *Vox populi, vox Dei!* Respetemos los nobles impulsos del pueblo; alabemos y demos gracias a Dios, que es lo que nos toca, por haber hecho resplandecer su gloria y su bondad en la persona inmaculada y santa de JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ; y pidámosle envíe a Venezuela otros ejemplares como él, que honorifiquen la Ciencia, la Patria y la Religión, y no dejen subsistir la palabra de Horacio:

Quando ullum invenient parem?

CONCLUSION

Seamos místicos.—Recuerdos fraternales.—Anécdotas.—A la juventud!

Ahora, descanso ya tranquilo y satisfecho, después del tiempo empleado en recorrer la eximia vida de JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ; paréceme escuchar la voz interior de la conciencia, que me asegura de haber traído al cabo una obra de fe, una obra de patria, una obra de bien.

Paladinamente confieso que no he habido necesidad de apelar a extraordinarios y difíciles recursos; apenas he debido practicar, como se dice, mi composición de lugar, tratar de allegarme al ambiente de esa alma, de adaptarme a él, pidiendo, eso sí, antes a Dios limpiase la mía, la abrasase, para poder compenetrarme con su atmósfera inflamada, para recibir y asimilarle las encendidas efluencias de una vida, asende-
reada al parecer, mas conducente en realidad a la cumbre del ideal noble y perfecto. Al través de la sombra de mis palabras, todos comprobarán que HERNÁNDEZ está ahí tal cual era, como un faro erecto, sin que se le hayan oscurecido los fulgores de su inteligencia ni substraído nada de su poderío científico, pero también como rico árbol aromado que no amengua la fragancia de sus olorosas resinas, ni el jugo opulento de sus frutos lozanos; ahí aparece su figura moral como la encar-

nación de la rectitud y del deber; su persona misma, adornada de aquellas dotes peculiares y magníficas que le exhibían, en todos los órdenes espirituales, a la general admiración: *sua luce ipse se signat*, como dijera San Ambrosio.

Yo he vivido arrobado en su compañía largos y sabrosos ratos de recogimiento, de meditación y de júbilo, que han confortado mi espíritu y atraídome a la contemplación y gratitud de la divina Bondad; a su ejemplo, he comprendido, con el elocuente Ollé-Laprune, que la vida no acabala su significado, su valor y su belleza sino cuando se perfecciona por la fe, la esperanza y la caridad cristianas (1); y he catado con Louis-met, que el hombre, para completarse en cuanto hombre y en cuanto cristiano, debiera hacerse místico. "Sólo el místico es el que realmente sabe como hombre gozar de la vida y sacar de ella el partido mejor. Los demás gozan de la muerte y no de la vida, pues lo que llaman vida no es otra cosa sino muerte. Dios es la vida. Y el místico tiene el grande acierto de poner su descanso y dicha en solo Dios. . . . Pluguiese al Cielo que todos los hombres llegaran a ser místicos!" (2)

Las tradiciones vitales de fe cristiana y procerca hidalguía de la estirpe de HERNÁNDEZ, han sido mantenidas en honor y estima por su reputada familia. No hablando sino de los hermanos desaparecidos de la escena del mundo, recordemos al susodicho Benjamín, loado por la distinción de sus prendas, y por su selecta y prometedora conducta, motivo de gran aprecio de parte de los principales y subalternos de la extinguida honorable firma Lesseur, Romer & Ca. Igual pudiéramos decir de Pedro Luis, cuya fe profunda, severo y claro juicio y elevados sentimientos, le atraían toda simpatía y buena fama, y cuya honradez le granjeó un alto puésto y envidiable nombradía entre sus compañeros y superiores de la respetabilísima Casa Blohm. Su hermana Josefina era la virgen de piedad tierna, delicada e inteligente; llevaba entre los suyos vida de anacoreta por su amor, su penitencia y abnegación, y se mereció la amistad y un gran concepto de parte del insigne y recordado capuchino Fray Francisco de Rodenas, muerto

(1) Ollé-Laprune, *Prix de la vie*.

(2) Dom S. Louismet, *Miracle et Mystique*.

Obispo de Santa Marta. Ni olvidemos tampoco a las que fueron prez de su hogar y de su casta por la selecta calidad de sus virtudes domésticas: la señora Sofía Hernández de Carvallo y la señorita Angela Hernández. En fin, su hermana Cecilia, en religión Sor Magdalena, reside en el Convento de Dominicas del Rosario, de Puerto España; la cual, siendo aún de sólo veinticuatro años de edad, fué escogida para Superiora de la Congregación por sus propias Hermanas.

Era el doctor HERNÁNDEZ sugeto de índole bien clara y definida, con quien no había lugar a equivocarse, y lo demostró no sólo en las grandes circunstancias, sino en las minucias ordinarias y corrientes del diario trajinar. Lo cual no quiere decir que emplease sin tregua esa rigidez estoica y afectada de algunos, antes de cuando en cuando no dejaba de usar aquella jovialidad que es, como dice Antonio Alamo, "aliento sano que consuela, gracia que redime, benéfico espíritu de paz que salva" (1). Conócense de él ocurrencias y anécdotas muy decidoras, algunas de las cuales traslado, no sin hacer constar que las pongo como me han sido narradas por algunos discípulos suyos, y que no conozco a las personas intervinientes.

—Recién abierta su clase, como un joven se ocupara en molestar imitando el tono especial del profesor, éste, que en el momento escribía algo en el encerado, se volvió hacia el concurso y dijo a todos: Esta clase es libre, al que no le guste mi modo puede retirarse; pero aquí no se forman corrillos. La clase continuó en un silencio religioso, y mediante aquel rasgo de autoridad nunca más fué perturbada.

—Cierta joven a quien le negaba HERNÁNDEZ el derecho de examen que había perdido por las faltas de asistencia, se atrevió a conminarle con unos bastonazos; ante aquella grosera e intempestiva actitud, él sencillamente se contentó con responderle: Muy bien, me haré el cargo de que me ha pasado un carro por encima.

—Acabábase de abrir un curso; cada nuevo alumno se presentaba a Hernández, profesor de Histología Normal, dán-

(1) *Datos biográficos del Pbro. Dr. Juan Pablo Wohnsiedler.*

dole su nombre y apellido. Hubo uno que pretendió inscribirse dando solamente el apellido. Entonces HERNÁNDEZ le dijo: —¿Es usted un Pasteur?—. Sólo a los grandes hombres se les conoce por el apellido.

—Como a veces tropezaba con algún mal estudiante, de esos que no abren libro sino en la cercanía de los exámenes, solía preguntarles graciosamente:

—Cuál es su profesión?

—Yo soy estudiante.

—Y por qué no la ejerce?

—Un alumno se encontró perplejo en cierta ocasión para el recuento de los glóbulos sanguíneos. HERNÁNDEZ le dijo:—Se trata de una simple proporción, acérquese a la pizarra y practíquela. El joven se negó a ello. Por lo cual HERNÁNDEZ le reconvino y como se mostrara disgustado, le dijo entonces:—“Casa de Mancera dan clases nocturnas de aritmética, váyase allá a aprender las operaciones fundamentales y no venga a encubrir su ignorancia con esos gestos de mala educación”.

—Acostumbraba HERNÁNDEZ mostrar en el microscopio, a cada alumno en particular, todas las preparaciones de Histología y Embriología. Uno de los cursantes vió rápidamente y se alejó del microscopio sin darse cuenta de lo que allí había. Se trataba de un embrión de pollo. HERNÁNDEZ dijo entonces:—“Cuando yo trabajaba con Duval, me pusieron un embrión para que lo estudiase y todo el día lo pasé en aquello; me abstraí tanto, que hasta me olvidé de comer.

—Se había efectuado el examen de Medicina Operatoria; un cursante salió con mala suerte, y en són de ataque y de venganza, se detuvo a aguardar los profesores en la meseta de una de las escaleras. HERNÁNDEZ fué el primero que acertó a bajar, y como el réprobo le arremetiese amenazante, preguntándole:—Doctor, ¿quién fué el promotor de mi reprobación? sin inmutarse HERNÁNDEZ se le impuso lanzándolo a un lado, sin rehuír el deber, y le dijo: —Oiga, joven, de lo que pasó en el examen somos solidarios todos los miembros del jurado.

—Para un examen de prueba, en la Escuela de Medicina, a la hora justa concurrió HERNÁNDEZ, como examina-

dor. Esperó un cuarto de hora a los otros dos jurados y como no concurrieran a tiempo él se marchó. Apenas salía encontró a uno de aquéllos, a quien le dijo: —“No hubo examen por la falta de cumplimiento de ustedes.—Por mí no, Doctor, le contestó el aludido, pues ya ve que yo venía.—Sí, le replicó HERNÁNDEZ, pero retardado, como de costumbre; aprendan a ser formales.

—Tratábase de una pequeñísima intervención. El paciente, médico de nota, presentó aquella tarde síntomas alarmantes e inesperados. Colegas que le visitaban, contra el parecer del operador, creyeron poder descubrir las convulsiones del tétanos, y ya tenían resuelto aplicar una inyección de suero anti-tetánico. Llega HERNÁNDEZ, examina, y como no ve más que un simple temblor nervioso, indica una cucharadita de bromidia, y repetirla si es necesario. Uno de los facultativos presentes, de elegante porte, que dudaba del diagnóstico del Maestro, recibió de él esta lección:—Eso no es tétanos; fuera lo mismo que si yo dijese que usted es un hombre chiquitico y enclenque; y como todavía éste,—quizá pensando que la consabida inyección del suero fuera más eficaz, fuese lo indicado, o sucedáneo de la bromidia,—se permitiera preguntarle:—Pero bien, ¿qué perderíamos con la inyección? HERNÁNDEZ con toda su autoridad le respondió:—Perderíamos honradez, perderíamos moralidad!

Venga la palabra que dé punto a esta biografía.

Como maestro, la suerte de la juventud me es particularmente cara. Convencido de que el hombre se forma en acuerdo con lo que ama y admira, me ha parecido que no se debía perder, ni retardar siquiera, la oportunidad de presentar en conjunto al examen y reflexión de los jóvenes, hoy tan amagados de peligros de todo linaje y calibre, la docencia de los ilustres hechos, que integran la historia de JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, y lo erigen en legítima y pura gloria nacional.

Tamañas virtudes, aquel saber que constituye un orgullo patriótico, aquella hombría, modelo de ciudadanos, su pureza e integridad de costumbres, su fe y devoción viril, su caridad y desinterés inagotable; en resumen, la supereminencia espiri-

tual de su carácter, no es un mito, ni un cuento, ni una conjetura, no un romance de tiempos remotos u olvidados: es una grande e intensa realidad, objetiva enseñanza de nuestros propios días, consoladora y fortificante en medio del egoísmo, de la mala fe y del libertinaje que privan; son hazañas que han sucedido ante nuestros ojos, que nos pertenecen, de cuyo héroe hemos escuchado las palabras, hemos estrechado la mano, hemos seguido los pasos, cuando visitaba nuestras moradas o discurría por nuestras calles al conjuro de la beneficencia; ejemplos frescos y vivos de un hombre todo nuestro que se alzó por cima de las pasiones sin transigir con vanos caprichos ni adularlos, que desplegó su alma en bienes, y cuyo cuerpo, en hombros de sus compañeros y discípulos, atravesó nuestra ciudad triunfante y majestuoso, no al compás de himnos marciales, sino arrullado por los sollozos y las lágrimas de un pueblo.

Jóvenes: estas páginas han sido escritas principalmente por vosotros, para atraeros a la virtud y a la fidelidad al deber, para excitaros a que pongáis firme la planta sobre la huella de un varón esclarecido, sapiente, piadoso y venerable y sigáis confiados su penacho de luz, para que veáis cómo la bondad es lo que logra el amor, cómo la voluntad basta para devenir apóstol del Bien, y si ello importa sacrificios, estos sacrificios son el pago de nuestras deudas a la Patria. Los viejos vamos cayendo, y esta Madre no tiene casi que aguardar ya de nosotros, troncos roídos; ella se está con la mirada fija en vosotros, que sois su flor: no os deshojéis antes de cuajar, no defraudéis su esperanza! Por más que las oigáis dulces y halagadoras, no atendáis a las voces siniestras que os llaman para los malos caminos! Buscad la senda del amor y la luz, la senda de la verdad que liberta a individuos y pueblos, la senda de la bondad y la justicia, que está en el Cristo y su celestial doctrina. Apegaos a la fe salvadora y "cualquiera que sea vuestra carrera, os lo dice Pasteur, no os dejéis tomar del escepticismo denigrante y estéril". (1) Ejercitad cuanto queráis en vía derecha vuestra razón, y veréis cómo ese camino no os induce a la incredulidad; no abandonéis la promesa

(1) Discurso en la Sorbona, 1892.

segura de Cristo por las vanas cavilaciones de los hombres. Os ha tocado, ciertamente, una época de tempestad en las ideas que acaso mueve a miedo o suspicacia vuestros ánimos y entenebrece vuestros espíritus: *hodie tempestas, rutilat enim triste caelum* (1); pero habed confianza en la clara doctrina contra la cual se estrellan las borrascas de los tiempos, y que se sostiene como un prodigio viviente al través de las concitaciones de los siglos. No os avergüence deciros hijos de esta Iglesia que engendra almas como nuestro HERNÁNDEZ. Acogeos a esta Arca a la cual Dios prepara, en un porvenir no tardío, nuevas revelaciones y nuevos triunfos para la paz universal.

(1) Math. XVI, 3.

A P E N D I C E

Coloco en este Apéndice cuatro de las composiciones de HERNÁNDEZ. La primera, devota y científica, relativa a Santa Teresa de Jesús, es inédita y quedó inconclusa. La segunda *En un vagón*, es un hermoso argumento acerca del libre albedrío y juntamente una buena lección para la juventud. En la tercera *Los Maitines*, describe con primor los de la Cartuja. La cuarta es un sueño, un juego de la imaginación, una verdadera *Visión de arte*, bellísima e ingeniosa, que contiene una breve descripción del cuadro de nuestro genial Michelena "La multiplicación de los panes". Todas estas composiciones ponen en evidencia las dotes superiores de su autor como distinguido cultivador de las Letras.



La Verdadera Enfermedad de Santa Teresa de Jesús

*Al más josefino de todos los Obispos de
la cristiandad, el Ilustrísimo Señor Doctor Fe-
lipe Neri Sendrea, Obispo de Calabozo.*

Mi devoción por Santa Teresa de Jesús es tan antigua, que el día de hoy me sería imposible decir con exactitud el momento de mi vida en que comencé a conocer y amar a la gran Santa española, característico tipo femenino de la raza.

Durante mis estudios preparatorios al curso de Bachillerato subió de punto mi entusiasmo por su fama, porque, además de la santidad resplandeciente que la rodeaba en mi entendimiento conforme en los tiempos anteriores había formado idea de ella, ahora empecé a conocerla como escritora y poetisa admirable e inimitable.

Empezaba mis estudios de medicina cuando con gran animación y alegría celebróse en Caracas el tercer centenario de la Santa, y recuerdo con júbilo las gratas impresiones, las vivas

emociones que experimentaba mi alma al oír los elogios que de ella se hacían en la prensa y en el templo, pareciéndome, sin embargo, que todos eran inferiores a su grandeza.

Años más tarde uno de nuestros más queridos y populares profesores de Medicina en la Universidad escribió un estudio sobre el histerismo, en el cual sin ningún reparo afirmaba que Santa Teresa estaba afectada de la neurosis y que sus éxtasis eran los llamados éxtasis histéricos. (1)

Con qué dolor leí el artículo de mi maestro! Cómo deseaba tener un gran caudal de saber y de elocuencia para defenderla de tan inconsiderada apreciación!

Muchos años después pude estudiar sus obras y fué entonces cuando vine a apreciar la verdadera grandeza de la Santa y a comprender que la idea que acerca de ella me había formado en los primeros años de mi vida, distaba de la realidad cuanto dista la tierra del cielo.

Entonces también la empecé a amar y a venerar más si cabe, por otra razón. De todos los Santos que forman el esplendor del Cielo y constituyen la gloria extrínseca de Dios, ninguno, si exceptuamos a la Santísima Virgen, tiene para el pueblo cristiano y para la Iglesia entera la significación y el valor de San José. Todos vivimos en el amor y en la veneración del Santo que no tiene semejante en la inmensidad de la gloria.

La devoción de San José propagada en toda la Iglesia, es la obra de Santa Teresa principalmente. Ella hizo que el culto del Patriarca de Nazareth fuera el culto de todo cristiano y nos enseñó a recurrir a él en todos los casos de nuestra vida, y a poner especialmente bajo su protección el trance terrible de la muerte.

(1) Alude a un artículo del doctor Guillermo Morales, publicado a primeros del año 1885 en "El Repertorio", periódico que era órgano de la Sociedad Santa María. En dicho artículo el autor, no obstante la fama con que llegaba de Europa, dando de mano a la sanción de la verdadera ciencia y a vueltas de hablar sobre magnetismo, hipnotismo e histerismo, pretendió reducir a puras mistificaciones algunos milagros de Jesucristo, los de Lourdes, los éxtasis de los Santos, en especial de Santa Teresa, y la impresión de las Sagradas Llagas en N. P. San Francisco. Excusado es decir que el Pbro. Dr. Juan B. Castro, director de "El Ancora", salió por los fueros de la verdad y de la ciencia cristiana.

Oh devoción cara y amable para todo corazón fiel, que desea la santidad conforme a los designios inescrutables de Dios! Y cómo amar a San José sin tener inmensa gratitud a la Santa que nos enseñó a venerarlo y a poner en él nuestra confianza como el remediador seguro de nuestros males!

Por eso he sentido tan punzante dolor al oírla calificar de histérica en aquellos tiempos y siempre, y he formado el propósito invariable de contribuir en lo que pudiera para desvanecer tan impensada y ligera calificación, primeramente demostrando que en Santa Teresa no se encuentra la más pequeña señal de histerismo, y en segundo lugar tratando de indagar cuál era la enfermedad cierta que la aquejaba, puesto que ella misma nos describe los sufrimientos que tuvo durante su vida.

La Neuropatología nos enseña a conocer perfectamente el histerismo, de tal suerte que apenas hay enfermedad de más fácil diagnóstico. Es una enfermedad del sistema nervioso que carece de localización anatomopatológica, y que presenta distintos grados de desarrollo; pero en todos los enfermos se observan ciertos rasgos morales peculiares que se descubren prontamente. Tienen un carácter movable, son inconsistentes, faltos de voluntad firme, propensos a la disimulación y casi siempre falsos, amigos de que los mimen y de ser por parte de los demás objeto de atenciones y cuidados. (1)

(1) Leamos lo que acerca de esta misma materia, escribió HERNÁNDEZ en los *Elementos de Filosofía*:

"Se ha querido muchas veces establecer identidad entre estos estados histéricos y los fenómenos de la oración sobrenatural. En particular el éxtasis de los santos se ha considerado como éxtasis histérico; todos los autores místicos, y principalmente Santa Teresa, han sido definitivamente colocados entre los histéricos, por los que admiten esa identidad.

"Pero todo aquel que quiera estudiar serenamente y de una manera científica el histerismo, y que estudie además del mismo modo la psicología de los santos, encontrará de seguro tal semejanza entre ellos, que forzosamente tendrá que establecer una conclusión contraria a dicha identidad, la cual sólo puede admitirse por los que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos.

"En efecto, los histéricos son enfermos que presentan, además de los síntomas propios de su enfermedad, ciertos estigmas en su sér moral y físico que son característicos del fondo o terreno indispensable para el desarrollo de la neurosis. Son irritables, veleidosos, apasionados; gustan de ser un espectáculo para los circunstantes, porque su afán constante es llamar la atención. Son pusilánimes, carecen por completo de energía física y moral; a veces son astutos, inclinados a mentir y tercios.

"Sus facultades cognitivas son muy limitadas; son incapaces de ningún esfuerzo sostenido de la voluntad, e incapaces también de reflexión, y presentan las señales de

Qué distante y opuesta a este bosquejo moral se nos presenta la Santa en todos sus actos! Su firmeza de carácter se revela en la elección hecha de una vez para siempre de la vida religiosa; porque la vida religiosa exige en quien la abraza y en ella persevera, la más completa abnegación y la renuncia definitiva de todo lo que en la vida es grato y apetecible; en ese género de vida son indispensables todas las virtudes en grado no común en lo general, y para alcanzar la verdadera santidad, la que demanda el honor de los altares, en grado heroico.

Nuestra Santa las tuvo todas en ese grado y por ello su santidad resplandece en la Iglesia. Y entre todas las virtudes es sobresaliente en ella, precisamente la que es imposible para el histérico: la sinceridad. La señal más cierta que se puede tener de la curación de un histérico es ese cambio moral que lo hace pasar de la disimulación y de la exageración a la sinceridad. En los escritos de Santa Teresa brilla de tal manera esta virtud que encanta al lector y lo subyuga de una manera total.

Los histéricos presentan cuando su enfermedad está bien caracterizada las grandes crisis con convulsiones y movimientos pasionales de todo el cuerpo y los tan mal llamados éxtasis, durante los cuales permanecen largas horas y aun días

una agobiadora inferioridad intelectual, sobre todo aquellos que han llegado a los estados extáticos, los cuales, al establecerse definitivamente, acaban con la inteligencia del enfermo que cae por fin en el idiotismo.

"Es cierto que los que sólo están ligeramente tocados por la neurosis pueden ser personas discretas e inteligentes; pero los que llegan a la grande histeria y a su último estado del éxtasis, sufren una degeneración intelectual casi completa.

"Los síntomas del éxtasis histérico son bien conocidos. Los enfermos se encuentran inmóviles en un estado aparente de sueño, en posiciones más o menos forzadas; después entran en convulsiones de la totalidad del cuerpo, a las cuales sigue un estado tetánico interrumpido por alucinaciones variadas.

"Pasadas las crisis extáticas, el enfermo se encuentra en un estado de profunda degradación mental, del cual sale lentamente y entonces recobra aquel humor excéntrico y frívolo que ya hemos señalado.

"Es una enfermedad de las personas jóvenes o a lo menos empieza a presentar las primeras manifestaciones en la juventud.

"Contemplemos ahora el grandioso espectáculo de la vida de los santos; y escojamos a Santa Teresa de Jesús como el caso más conveniente para este fin, porque es ella la que con más frecuencia ha sido calificada como enferma de histerismo.

"La santa pasó su primera juventud entregada a las prácticas usuales de la regla del Carmelo, sencillamente, sin que nada se notara en ella de extraordinario.

"De carácter apacible y firme; tan firme que pudo vivir veinte años, de los diez y ocho a los cuarenta, en la perfecta ejecución de los preceptos de su regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las vir-

en un estado semejante al sueño y en posiciones irregulares y grotescas; estado este que alterna con las convulsiones y está acompañado de alucinaciones. Al salir del éxtasis el histérico se muestra en un estado de embrutecimiento y de imposibilidad de ninguna operación intelectual.

De estos tales éxtasis jamás estuvo afectado ninguno de los Santos místicos y tampoco Santa Teresa. Lo que se llama en Teología Mística éxtasis son estados de oración sobrenatural que ninguna semejanza tienen con el histerismo.

Santa Teresa nos dió la descripción de tales estados, hecha con mano maestra en habiendo acabado de salir de uno de ellos:

“Lo que yo pretendo declarar es, qué siente el alma cuando está en esta divina unión. . . Estando así el alma buscando a Dios siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no ve casi nada; ni si lee acierta a decir letra, ni casi atiende a cono-

tudes: la paciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror de la mentira, la santa pobreza; y todo ello sin ostentación, recatadamente y en la soledad.

“A los cuarenta años fué agraciada con la oración sobrenatural, y entonces tuvo los éxtasis. Durante ellos nada de aparatoso; ni convulsiones, ni posiciones teatrales, ni estados tetánicos, ni alucinaciones.

“Los que tuvieron ocasión de verla en esos momentos, se sentían sobrecogidos de respeto y de admiración, al ver la serenidad y el embellecimiento de sus facciones, y el recogimiento y la modestia de toda su persona.

“Al salir de sus éxtasis, la santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparables escritos, con los cuales se reveló al mundo maestra sin igual en Teología Mística, historiadora eminente, eximia poetisa; con una filosofía tan elevada y original como su teología; modelo en el arte del buen decir, llena de donaire y elegancia y con una gracia tan fina y espiritual, que, desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por cuyas excelsas dotes la Santa Iglesia Católica la ha aclamado Doctora Mística.

“Los mismos fenómenos psicológicos, que bien podemos llamar antagónicos del histerismo, se encuentran en los otros Santos Místicos; en Santa Catalina de Sena, en San Juan de la Cruz, en San Henrique Suso, en Santa Gertrudis, en la Madre María de Agreda. Todos ellos son autores clásicos en sus respectivas lenguas, eminentes en todos los asuntos de que tratan, y han realizado grandes obras en bien de la humanidad, de las cuales muchas subsisten.

“No existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los Santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados”.

cerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quiera; oye mas no entiende lo que oye... Hablar es por demás, que no atina a formar palabra.... El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido”.

“Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto, qué haría el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo... Se pierde la memoria.... La voluntad debe estar bien ocupada en amar... el entendimiento si entiende, no se entiende cómo entiende....

“Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura”.

Es preciso leer los capítulos enteros de su Vida en que trata de esos estados místicos, para maravillarse de las grandezas de la oración sobrenatural y juntamente convencerse de que no ofrecen ni siquiera parecido remoto con los estados histéricos. Ninguno que establezca comparación entre ellos y los confunda e identifique, puede considerarse como verdadero hombre de ciencia y mucho menos como hombre justo e imparcial.

Es, pues, un hecho fuera de discusión ilustrada que Santa Teresa no padecía de histerismo. Podemos entonces averiguar cuál era la enfermedad de que padecía, puesto que ella misma nos la describe. Empezaron los síntomas de ella después de su profesión religiosa, porque “la mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud”.

La enfermedad principió con una gran debilidad. “Comenzáronme a crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien lo veía....”

Para ver si se curaba la llevaron a una estación balnearia a tomar aguas minerales. “Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos porque la cura fué más recia que pedía mi complexión; a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal del corazón

de que me fuí a curar era más recio que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer si no era bebida, de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada que se me empezaron a encoger los nervios, con dolores tan incomfortables que día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. . . . todos me desahuciaron. . . los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los pies hasta la cabeza”.

En esto estuvo cinco meses, desde abril hasta agosto, a fines de los cuales: “Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos. . . . Quedé destos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomparables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. . . . sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza”. . . .

Lo cual le duró hasta diciembre, en que la llevaron al convento de nuevo. “El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años”.

Después se puso buena por completo quedando únicamente sujeta a tener palpitaciones, que ella, como dice en una de sus cartas, se curaba con agua de azahares.

De todo ello podemos deducir que la Santa en su primera juventud sufrió de una enfermedad aguda que con las secuelas le duró como cuatro años, después de la cual tuvo una salud perfecta y cabal, tanto que pudo emplear toda su vida en el trabajo de las fundaciones y de la dirección de una Orden extendida en toda la Península.

Esta enfermedad consistió en un dolor violento en la región torácica y precordial, seguido al poco tiempo de dolores generales en todo el cuerpo con fiebre alta y que paró en un ataque cerebral con convulsiones; después, rigidez articular y

muscular que la tuvo tullida durante tres años; al fin, vuelta a la salud con palpitaciones y algunas veces vómitos.

Con esta sumaria descripción es ciertamente difícil clasificar su enfermedad poniéndola en el cuadro nosológico. Sin embargo, para los que están acostumbrados al lenguaje de la Santa se aclaran un poco los síntomas y se puede, sin mucha violencia, asimilar su enfermedad al reumatismo articular agudo.

Tomemos, si no, el admirable artículo *Reumatismo*, del Diccionario de Medicina y de Cirujía escrito por Georges Homolle.

1°

EN UN VAGÓN

*A mi respetado amigo
el señor Jesús María Herrera Irigoyen.*

Una mañana fría y nublada, caminaba yo de prisa para llegar a tiempo a la estación ferrocarrilera antes de la salida del tren.

Cinco minutos justamente antes de la partida tomé el vagón que se hallaba desocupado aún, y traté de elegir un buen asiento para hacer más cómodamente mi pequeño viaje, pues como de ordinario soy muy propenso al mareo, lo evito a veces situándome bien.

Instantes después acariciaba yo la halagadora idea de hacer mi camino sin compañía alguna, cuando entraron tres pasajeros más, de distinguido aspecto: un caballero al parecer de cincuenta años, tipo del perfecto gentleman, quien se tocó cortésmente el sombrero al pasar junto a mí; una señora, que al ponerme de pies para darle libre paso, me hizo una ligera cortesía; y un joven como de diez y siete años, de tan notable parecido con el caballero, que semejaban una misma persona vista a los 17 y a los 50 años, de tez pálida, cabellos y ojos negros, con la mirada profunda del que nace pensador. Vino a situarse

a mi lado, y sin prestar atención a los movimientos precursores de la salida, abrió un libro y se entregó a la lectura.

El caballero y la dama tomaron asiento a mi frente. La señora vestía traje y sombrero negros de gran lujo y elegancia, y la dulzura de su fisonomía, al propio tiempo que todo el continente de su persona revelaban la distinción peculiar a las personas bien nacidas.

Respiré con satisfacción pensando que si la compañía no aumentaba haríamos un viaje bastante agradable, y mayor placer experimenté al ver que en el instante de partir el tren, la señora hizo piadosamente la señal de la cruz.

Entonces mi compañero arregló su libro lo más cómodamente que pudo para continuar su lectura, que por lo visto le interesaba sobremanera. Movido de curiosidad, traté de ver en su libro con discreción, mirando por encima del hombro, y leí lo siguiente:

“El hombre naturalmente desea saber; la presencia de lo desconocido le molesta; todo lo que es misterio le inquieta y estimula; y en tanto que le dura su ignorancia, experimenta él un tormento que cede su sitio al placer, cuando aquella llega a ilustrarse”.

La señora viéndole absorto en la lectura, dirigió la palabra a su acompañante con voz intencionalmente fuerte como para hacerse oír del joven.

—No me gusta ver que Carlos se entregue tanto a esas lecturas, las cuales me parece que le pervierten sus buenos sentimientos.

El caballero sonrió con bondad fijando su mirada en Carlos, con el mismo agrado con que se viera en el espejo ahora treinta años. Carlos levantó los inteligentes y soñadores ojos y mirando a la dama y al caballero con gran ternura dijo:

—Mamá no quiere que haga mis repasos, sabiendo que tengo que presentarme al examen de bachiller muy pronto.

—No es el repaso lo que me desagrada—replicó—sino que te veo con unas ideas raras y muy distintas de las que tenemos en casa.

El caballero fijó de nuevo su mirada indagadora en el joven, y éste levantó un poco la voz como quien trata de expresar un profundo y firme deseo del alma:

—Tío Felipe, es que yo quiero saber.

La locomotora producía un gran estruendo en las vueltas del camino, los árboles del bosque huían velozmente y los pájaros se levantaban en bandadas, mientras que el penacho de humo quedaba como señal efímera de nuestro paso.

Yo pensaba que este otro penacho de humo—el hombre—vive atormentado por el mismo deseo de Carlos de saberlo todo; sólo que al buscar la vida en su ciencia, no pocas veces encuentra sino la muerte.

—Mira, Felipe,—dijo la dama,—ayer no más me aseguraba que las buenas obras que hacemos no nos sirven de nada, porque nosotros obramos siempre a impulsos del motivo más fuerte y sin ningún mérito de nuestra parte.

Su tío guardó un rato de silencio, al cabo del cual le dijo:

—Te has vuelto determinista a lo que veo, mi querido Carlos, y eso te perturba considerablemente porque encuentras que tu filosofía pugna contra tu religión.

Carlos contestó:

—Yo desearía que alguien me pusiera de acuerdo esas cosas. Sin embargo, me parece claro lo que nos enseña la estadística. ¿No vemos que hay casi todos los años un número igual de matrimonios? Lo mismo acontece con los robos y con los homicidios. Un buen estadista calcula sin errar que dentro de dos años habrá un determinado número de estos sucesos, de la misma manera que un astrónomo indica los eclipses del sol y de la luna que se verificarán de aquí a diez años.

La señora miró a don Felipe con zozobra y como suplicándole que ilustrara al adolescente.

Don Felipe repuso:

—Analícemos bien ese argumento. Por ejemplo, todos comemos generalmente a las siete; si tú vas a la mesa con nosotros a esa hora, ¿lo haces de una manera necesaria, o te consta por el contrario que tendrías la libertad de no ir?

—Es claro que puedo no ir si así me place.

—¿Aunque tuvieras mucho apetito podría dejar tu puesto vacío en la mesa?

—Sí, por cierto.

—Ya ves, Carlos, que eres libre, puesto que no te dejas

dominar por tu apetito y puedes triunfar de él. Y de todos los móviles humanos, los más poderosos son las inclinaciones físicas, que impulsan casi como instintos.

—Sí, dijo la madre con gozo, los Santos adquirieron la perfección en grado heroico, porque lucharon contra todos sus apetitos corporales y triunfaron de ellos.

Por mi imaginación pasó el recuerdo de aquel dulcísimo Francisco de Asís despedazando su carne virginal con las espinas de unas zarzas en una terrible noche de invierno, luchando violentamente contra la tentación y vencéndola.

La máquina detuvo su marcha por breves instantes. Todos nos asomamos a las ventanillas. En el corredor de la pequeña estación estaban dos granujas vestidos de harapos. Uno de ellos dirigiéndose a su compañero le dijo:

—Vale, ahora me gano cuando menos tres reales con los pasajeros que vienen.

El otro, levantando la mano derecha hasta el nivel de los ojos, y cerrando unos después de otros los dedos le respondió:

—Veo...!

El vagón continuó su interrumpida marcha y los pasajeros nos colocamos de nuevo en nuestros respectivos puéstos.

Don Felipe continuó:

—Oye, pues, Carlos; la estadística nos enseña solamente los meses en que se verifican esos actos de que tú hablas, pero nada nos puede decir del estado psicológico de sus autores, el cual sólo puede ser conocido por la conciencia.

—Concedo que los argumentos en favor del determinismo dados por la estadística sean bien débiles,—replicó Carlos,—pero es que los hay más poderosos. Si se le sugiere un acto cualquiera a un histérico durante el sueño hipnótico, lo realizará al despertarse. Preguntémosle en seguida si lo ha hecho con entera libertad y nos afirmará que así lo hizo.

—Y así lo ha hecho en efecto, porque la sugestión no obra sobre la voluntad sino indirectamente por el intermedio de la memoria y de la inteligencia. Los actos se verifican así: al producirse la reviviscencia del hecho sugerido, la inteligencia lo considera y ofrece a la voluntad, la cual lo acepta si es de su agrado, o lo rechaza en el caso contrario; de suerte que

aun aquél que está influído por la sugestión, puede obrar libremente. Recuerdo haber leído la observación de un notable neurologista. Se trataba de una histérica a quien se le sugirió que en la tarde del día siguiente saliera a paseo con su sombrero puesto al revés. En llegando la hora sugerida todos oyeron que la enferma decía:

—Qué cosas tan raras se me ocurren! Solamente que estuviera loca me pondría el sombrero al revés!

Y salió vestida correctamente. Ya ves tú que los histéricos, al aceptar la sugestión, lo hacen tan libremente que pueden rechazarla y practicar lo contrario.

Carlos repuso:

—Y si admitimos la libertad humana ¿no nos ponemos en contradicción con la ley de la conservación de la fuerza? ¿Tendríamos que admitir que un acto voluntario podría crear de la nada un movimiento intercurrente, cuando está demostrado que todo movimiento resulta siempre de un movimiento anterior?

—La voluntad libre, respondió don Felipe reposadamente, no crea ningún movimiento de la nada; lo que hace es servirse, poniéndolas en libertad, de las fuerzas almacenadas en los elementos musculares. Además de que la ley de la conservación de la fuerza está demostrada para un sistema cerrado e inerte y no lo está respecto de los seres vivos.

Conforme Carlos se iba poniendo pensativo, la dama manifestaba ostensiblemente su alegría.

—Pero es lo cierto, volvió a decir Carlos, que nos decidimos siempre por el motivo más poderoso.

—No siempre, dijo Don Felipe; por ejemplo, una persona obediente a los mandamientos de la Iglesia, no tomará el alimento antes de las doce en un día de ayuno aunque tenga mucho apetito; mientras que el falderillo de tu casa al presentársele el alimento se lo comerá irremisiblemente si tiene hambre.

—En ese caso, dijo Carlos con aire de triunfo, el motivo más fuerte es la decisión de cumplir la ley del ayuno.

—Estás en la plenitud del error, mi sobrino, porque como acabo de decir, es un hecho demostrado por la experiencia que de todos los móviles humanos los más poderosos son los ape-

titos corporales, por lo cual la lucha contra ellos constituye el lado doloroso de la vida. Además podemos verificar todos esos actos experimentalmente y siempre la conciencia nos atestiguará la existencia de la libertad.

Yo observaba al joven y experimentaba una verdadera delicia al ver que en su clara inteligencia había entrado la buena doctrina. En aquel momento la máquina empezó a disminuir de velocidad y Carlos, levantándose de repente y dirigiéndose a la puerta, exclamó:

—Ya llegamos.

Después que hubo salido, dijo la señora:

—¿Crees tú, Felipe, que Carlos irá abandonando todas esas malas ideas y que podrá verlo volver para siempre a su Catecismo, que con tanto desvelo le he enseñado?

—Tranquilízate, querida hermana, le respondió Don Felipe levantándose para salir; todos, unos más y otros menos, nos hemos divorciado del Catecismo en esa época de la vida, y hemos dado acogida a la novedad de esas ideas tan consonas con el estado psicológico producido por el cambio de la edad. Pero después, poco a poco vamos despojándonos de ellas y entonces florece espléndidamente la primera siembra, sobre todo cuando el sembrador fué una madre como tú.

Yo me quedé con el corazón entristecido al pensar cuántos hay que permanecen definitivamente divorciados del Catecismo, por carecer de una mano amiga y amante que les haga fácil la vuelta.

LOS MAITINES

*Para mi distinguido amigo el R. P.
Benjamín Honoré, Profesor de Filoso-
fía en el Colegio Francés.*

La campana interrumpe el profundo silencio del desierto. La densa noche cubre implacablemente el bosque de negra y caliginosa sombra; pero en aquella completa soledad la Cartuja recibe de lo alto una lluvia de serenidad y de paz. Entre ratos percíbense los ruidos innominados del desierto, el azaroso canto de las aves nocturnas o el ulular de los desolados animales silvestres. Cabe el vecino riachuelo las ranas entonan el triste canto, su sola protesta contra aquella espesa medianoche sin luna.

Distínguense los objetos de una manera extraña y las visiones se suceden tan numerosas como los objetos. La cruz que se levanta triunfante en medio del cementerio, como símbolo cierto de futura resurrección, toma en medio de aquella inundación de tinieblas, gigantes proporciones. Las tumbas de los que un tiempo fueron víctimas voluntarias del amor divino, se juntan en fraternal abrazo de unión sin fin. Y los cipreses y los mirtos se levantan orgullosos hasta el nivel de la torre

del convento, y se entremezclan con las columnas del silencioso claustro.

Los hombres duermen o corren al placer olvidados de Dios. Mas la campana vibra fuerte y pausadamente su voz metálica, que recorre el ámbito espacioso y es reflejada en las colinas cercanas. Todo se estremece en la oscuridad. Las puertas de las celdas vanse abriendo una a una y dando salida a los religiosos con sus blancas vestiduras, los cuales marchan reposadamente en la oscuridad como sombras vagas que se dirigen al coro.

En la capilla brilla apenas la luz de la pequeña lámpara que arde ante el tabernáculo. Reina un silencio total, no interrumpido ni siquiera por los blandos pasos de los religiosos, que van colocándose en sus puéstos en el coro y quedan allí inmóviles como estatuas y sumidos en profunda oración.

Trascurridos breves instantes calla la campana. A la escasa luz de la lámpara se inventan también en la nave visiones fantásticas. Los libros corales proyectan sombras que semejan las ruinas de algún templo pagano y sobre las losas del pavimento aparecen como las calaveras y osamentas, como las grandes tibias de esqueletos descomunales. Sobre el ara, el Cristo abre los brazos a la humanidad redimida como promesa inviolable de definitivo perdón.

Una señal que parte del fondo del coro interrumpe aquel recogimiento profundo y se da comienzo al canto. En primer lugar se dice el Invitatorio, la invitación fraternal, el llamamiento a cantar las glorias de Dios en tono de alegría y esperanza.—“Venid, ensalcemos al Señor, alegrémonos en Dios nuestro Salvador.... Nosotros somos su pueblo... Al oír hoy su voz no queráis endurecer vuestros corazones... Venid, adoremos al Rey.... Largo rato continúa el himno haciéndose cada vez más instante como si quisiera convocar y congrega al mundo entero para aquella cándida fiesta del puro amor.

Después empiezan los Nocturnos. Al través de las notas musicales se adivina la ardiente pasión de los corazones que palpitan bajo aquellos sudarios por la gloria de Dios y por la mísera humanidad. Los coros alternan en animado y vehemente diálogo y los versos de David brotan de aquellos labios in-

maculados como centellas viajeras de la tierra al cielo.—Señor Dios nuestro! cuán admirable es tu nombre en el universo entero! Cuán elevada es tu grandeza sobre los cielos! . . . Los cielos narran la gloria del Señor y el firmamento anuncia la obra de sus manos!

La petición se hace inflamada por todos los hombres; nadie tema quedar excluido de aquella intercesión poderosa; y porque aquellos inmoldados saben bien que Dios hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y que no hay faltas aisladas a causa del terrible contagio del mal, por eso cantan al cielo con tranquila confianza: Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas. . . . Señor mi favorecedor y mi redentor!

Las horas pasan como una ilusión y finalizan los Nocturnos para dar comienzo a las Lecciones. En evocación espléndida se cantan entonces las glorias de la creación. Las criaturas van apareciendo una a una obedientes a la voz omnipotente que de la nada les da el sér. La luz empieza desde aquel instante su viaje fantástico por los indefinidos espacios del universo. La materia en estado caótico, la tierra informe y vacía, el sol, la luna y las estrellas. Luego se canta la maravillosa aparición de la vida en la tierra y en el fondo del mar, y al fin, en una frase musical anunciadora del gran suceso, se publica al mundo atónito la grandiosa aparición del hombre y su origen divino.

Terminada aquella narración incomparable la comunidad entera conmovida entona el grandioso himno triunfal: A Tí, oh Dios, alabamos, a Tí, oh Señor, te confesamos! A Tí los Querubines y los Serafines a una voz te aclaman sin cesar Santo. . . .

La tierra y los demás astros continúan su incesante revolución en el espacio. Los hombres duermen o corren al placer por el ancho mundo. Las aves nocturnas ensayan su dulce canto. En el coro el oficio divino se sigue desarrollando en toda su belleza; pidiéndose en él la misericordia y el perdón para los malos y para los buenos, para los que gozan y para los que sufren, principalmente para los dichosos, porque a los que son desgraciados les sirve de crisol el saúdo dolor!

VISIÓN DE ARTE

*A mi respetado amigo el señor
Pbro. y Dr. Rafael Lovera, Teniente
Provisor y Pro-Vicario General del Ar-
zobispado.*

Tomé entonces la pluma y escribí con desencanto: *Capítulo segundo. El Arte.*

La tarde estaba cálida, tempestuosa y cargada de fluído eléctrico que obraba implacablemente sobre mis nervios, comunicándoles como unas corrientes no interrumpidas de malestar. Había tenido durante el día un trabajo fuerte y emocionante, y me sentía con un cansancio físico muy pronunciado.

Traté de coordinar mis ideas para comenzar a escribir, confiando en que el movimiento producido por la composición intelectual, me haría olvidar el cansancio del cuerpo y los trastornos nerviosos de causa meteorológica. Vano intento! mis esfuerzos en este sentido fueron inútiles; por el contrario, lejos de armonizarse las ideas se me empezaron a confundir lamentablemente. A mi alrededor los objetos tomaban formas fantásticas, moviéndose caprichosamente y agitándose en un baile siniestro y lúgubre. En particular, un ramo de viejas flores que estaba olvidado sobre la mesa en que me había puesto a escribir, me producía la ilusión de que estaba haciendo toda suerte de contorsiones; se inclinaba a la derecha y a la izquierda con cierto aire de burla, y por último, creí verlo que se doblaba más profundamente como si me hiciera una corte-

sía, hasta que tomando vuelo se desprendió de la mesa y fué a colocarse sobre la puerta entreabierta de la habitación. Puras ilusiones visuales!

En medio de las tinieblas que cada vez más ofuscaban mi mente, pude pensar que todo lo que me acontecía eran obras de mi imaginación cansada y estropeada por el trabajo de aquel día y por la enorme tensión eléctrica de la atmósfera. Comprendí también que en vano trataría de luchar contra ese estado de cosas y decidí someterme a la fatalidad. Un ruido sordo, como de un trueno lejano que me pareció oír, acabó de ofuscar me y de hacerme perder el sentido de la realidad.

Tuve todavía bastante conciencia para más convencerme de que era incapaz de recobrar mi autonomía y miré desoladamente alrededor de la habitación, como quien busca auxilio. Al cabo de un rato, con gran sorpresa ví o creí ver junto a mí un sér indefinido, semejante a una Aparición, que me estaba mirando con ironía. Su vestido blanco era como una amplia túnica que se movía como si fuera a impulsos del viento, y de tal manera disimulaba sus formas, que me era imposible distinguir si ese ente que estaba en mi presencia era hombre o mujer.

Largo tiempo estuvo mirándome despreciativamente. Su mirada inquisidora penetraba hasta el fondo de mi vacía imaginación, y la registraba minuciosamente como quien ojea un libro. Aquel análisis frío y sostenido de mi sér interior, semejante a una disección anatómica, me producía una especie de congelación interna. Después de haber prolongado ese registro todo lo que quiso, sacudiendo la cabeza con un aire no sé si de conmiseración o de hastío, concluyó por decirme:

—“Nada has podido producir. Tu inteligencia está como un papel en blanco; pero tengo lástima de ti y quiero trabajar por tu cuenta”.

Extendió luego que acabó de hablar su brazo escultural y con la mano abierta señaló el fondo casi oscuro de la estancia. Yo seguí con la vista aquel ademán lleno de imperio y miré a lo lejos. Primero ví una espléndida llanura en la cima de un monte como si fuera una meseta, iluminada por una suave y deliciosa luz. Parecía que nos acercábamos a ella con rapidez. En seguida se fueron delineando claramente los

contornos de un palacio suntuoso de construcción antigua, con las paredes de un mármol tan fino que casi tenía la transparencia del vidrio y con el techo de un metal semejante al oro.

Me parecía que sin movernos nos acercábamos a la espléndida mansión nunca vista por mí y ni siquiera imaginada. Tuve la sensación de que habíamos penetrado en el interior de una sala de deslumbradora riqueza, en la cual se hallaban numerosos personajes rodeados de incomparable gloria. Tenían aquel aire lleno de majestad de los que están habituados a dominar las inteligencias de los demás hombres, y en realidad parecían reyes que estaban sentados sobre tronos. En el mismo instante en que pasábamos junto a ellos, se levantó de su asiento el más glorioso de todos y que con seguridad era el que presidía aquel senado resplandeciente, y con voz no terrenal comenzó a recitar los sublimes versos: "Canta ¡oh diosa! la cólera de Aquiles, hijo de Peleo".

Entonces pude ver en el dosel del trono en que se hallaba el recitante esta inscripción en letras refulgentes: "Poesía! Eres de todas las bellas artes la más excelsa! Eres el arte divino!"

Comprendí que íbamos a salir de aquel encantado recinto, y una vez fuera de él continuamos nuestro aéreo viaje con rapidez. Muy distantes debíamos encontrarnos a juzgar por lo largo del tiempo, cuando empecé a sentir como el ambiente perfumado del bosque y a notar el silencio inapreciable del desierto, apenas interrumpido por el ruido de las corrientes de aire que levantábamos a nuestro paso. Era evidente que entrábamos en un lugar solitario y silencioso. La Aparición me habló diciéndome: "Cierra bien los ojos y apresta los oídos". Obedecí al punto y puse todo mi esfuerzo en oír.

De aquella ignorada región de la tierra, de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una sú-

plica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal. En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizás pasados para siempre. La Aparición me habló con voz emocionada y me dijo: "Es el himno cartujano que noche y día sube al cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto viven esos seres como ángeles formando el jardín privilegiado de la Iglesia".

Poco a poco fuimos perdiendo la audición del himno, conforme nos alejábamos del desierto y entrábamos en la llanura. De repente llegamos a un espacio lleno de primorosas flores. En medio de él se levantaba una escala de singular belleza de la cual se irradiaba una brillante luz en todos los ámbitos de aquel dilatado espacio. Estaba formada por siete gradas talladas en una piedra riquísima y preciosa como el diamante. Sus pasamanos eran como de esmeralda cubiertos de facetas; y toda ella parecía suspendida en el aire y rodeada de gran esplendor.

En la tercera grada de aquella inimitable escala estaba de pies una bellísima mujer ligeramente reclinada en la verde esmeralda. Llevaba una ondulada túnica escarlata y sobre los hombros descansaba un manto de imperial armiño. En la mano derecha tenía un cetro. Luégo que nos hubo visto, hizo un ademán con la mano izquierda enseñándonos hacia el oriente.

En aquella dirección apareció un campo irregular y quebrado en el que se veían algunas palmeras torcidas y casi secas, agitadas por el viento; hacia la izquierda y en la dirección de las palmeras se notaba la bella ensenada de un lago de plumizas aguas; a orillas del lago unas colinas cubiertas de yerba y de no muy grande elevación, y por fin, más allá y por encima de las colinas, el cielo azul con nubes acumuladas, mensajeras de próxima borrasca. Una gran multitud de hombres, mujeres y niños se encontraba en aquel sitio y le daba el aspecto de un campamento. Toda aquella muchedumbre parecía presa de un entusiasmo indescriptible, como si hubieran sido testigos de un acontecimiento nunca visto en el mundo; como que lo comentaban y discutían con vehemencia, y a ve-

ces llegaba a mis oídos el ruido de una inmensa aclamación semejante al rugido del mar durante una tempestad. Unos cuantos de los actores de aquella escena estaban afanados recogiendo unos objetos que ciertamente eran pedazos de pan y restos de pescado, los cuales iban colocando cuidadosamente en cestos. De pies sobre una pequeña elevación del terreno y dominando aquel espectáculo estaba El, resplandeciente en su divinidad y con las manos omnipotentes levantadas al Cielo en actitud de dar gracias.

Un frío intenso producido por la emoción circuló por todo mi cuerpo; pensé que iba a morir. Entonces hice un violento esfuerzo sobre mí mismo, tratando de recobrar mi libre personalidad, como quien procura despertar encontrándose en medio de una pesadilla. Casi recobré el uso de mis sentidos, de tal suerte que empecé a distinguir los objetos de la habitación y hasta oí claramente la voz de un granuja que gritaba en la calle: "Para el miércoles! El cuatro mil trescientos cincuenta y nueve"!

No pude luchar por más tiempo y volví a caer en mi letargo. A mi lado estaba todavía la Aparición, que me dijo con aire de comprimida cólera: "Estás bajo mi autoridad; aunque no quieras has de prestarme atención hasta el fin". Y agarrándome con fuerza por un brazo, me condujo velozmente y como si fuera llevado por una ráfaga de naciente huracán. Llegamos al cabo de largo tiempo a un silencioso y dilatado recinto, que al principio creí había de ser como un recinto mortuario, pero luego pude convencerme de que era un espacio cerrado en el cual se distinguían grandes masas de jaspeado mármol que custodiaban la entrada y se extendían a lo lejos. Por dentro de ellas se encontraban lujosas columnas, preciosos monolitos de mármol de raros colores que contribuían con sus matices a dar belleza y armonía al conjunto.

En el centro de aquel recinto se levantaba esbelta la figura de una mujer de blanco mármol. Parecía acabada de salir de la onda líquida y por ello cubría castamente su desnudez con tela abundante de profusos pliegues. Su rostro ovalado y de una deslumbradora dulzura estaba iluminado por una sonrisa celestial; y su mirada rica de inmortalidad se diri-

gía vagamente a lo lejos como si estuviera mirando el desfile de las generaciones seculares que habrían de venir a contemplarla sin saciarse jamás de admirar su belleza. Me sentí como poseído de un verdadero éxtasis producido por aquel esplendor, y hubiera deseado nunca más salir de ese recinto encantado, hasta que una voz me sacó de aquel arrobamiento, la cual descendiendo de lo alto exclamaba: "Oh hombre! admira el poder creador de que disponen los de tu raza! Pueden ellos transformar la fría piedra en un sér como éste que ves palpitante de vida, el cual representa el ideal perfecto de la belleza!"

Pero sin dejarme oír más, la Aparición me obligó a continuar nuestra marcha. Corríamos sin descanso y pasábamos como una exhalación por los aires, absolutamente como si atravesáramos los continentes y los mares. Después me dijo de nuevo: "Mira enfrente de ti, no tienes tiempo que perder".

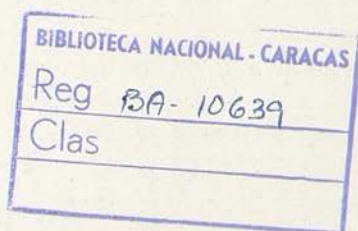
Ví un caudaloso río azul de dormidas aguas sobre las cuales se habrían debido cantar las baladas antiguas. A su orilla izquierda estaba extendida amorosamente una gran ciudad, una ciudad antigua es verdad, pero tanto en los pasados como en los presentes tiempos, gloriosa y heroica. Como dominando la ciudad, se levantaba majestuoso el edificio espléndido de la Catedral cuyos contornos se dibujaban maravillosamente en las aguas del río. En la fachada se levantaban dos altísimas torres rematadas en atrevidas agujas, y toda aquella construcción era una verdadera filigrana de piedra, monumento acabado de belleza y ejemplar perfecto del estilo ojival, el mayor invento arquitectónico de la inteligencia humana. Sobresalían en ella la potencia y la magnificencia ordenadas y harmónicas, engendradas por la artística disposición de las formas geométricas. Al entrar, oímos claramente los sagrados cánticos de la oración vespertina, los cuales produjeron honda conmoción en todo mi sér.

Traté de ver si la Aparición estaba a mi lado como antes y nada pude distinguir. Hice un esfuerzo mayor para abrir los ojos y mirar a mi alrededor, y entonces fué cuando empecé a volver a la realidad. Tan luégo como pude coordinar mis ideas, me puse a recordar lo que me había sucedido, y

pronto comprendí que era todo aquello una simple visión imaginativa producida por el cansancio y el estado atmosférico.

En el suelo estaban unas cuartillas caídas de la mesa: en una de las cuales había un renglón medio borrado en el que pude leer: *Capítulo segundo. El Arte.*

FIN



INDICE

	Páginas
PREÁMBULO.	I
TESTIMONIOS.	II
CAPITULO I	
Orígenes.—Niñez.—Bases de cristiana educación.—Primeros estudios.—En el Colegio Villegas.—Las vislumbres de un carácter.	1
CAPITULO II	
El ambiente universitario.—Un estudiante cristiano.—Su piedad y ejemplos.—El arraigo de la fe.—Una enfermedad.—Virtudes robustas.—Progresos intelectuales.—El grado de Doctor.	9
CAPITULO III	
Harmonía de la Ciencia y la Fe.—La fundación del Hospital Vargas.—Hernández en Europa.—Un gran profesor.—Su actuación científica.—Nuevos rumbos a la Medicina Nacional.—El Pasteur venezolano	21
CAPITULO IV	
Vida profesional.—Prestigio creciente de Hernández.—Su índole clínica.—La conciencia y la caridad.—Contra el mercantilismo.—El Médico de los pobres	35

CAPITULO V

Otros aspectos intelectuales de Hernández.—Sus variados estudios.—La faz religiosa del apostolado.—Excitación a los católicos.—Un amigo de las letras y las artes.—Su concepto filosófico.—Valor científico de la filosofía cristiana.—Necesidad de la filosofía.—Alabanza al tomismo.—Una discusión académica.—El sabio de su tiempo.—Juicios de sus contemporáneos	45
--	----

CAPITULO VI

La amistad, la familia y la patria.—Blasones nobiliarios.—El amor cristiano de la familia.—La disciplina de la caridad.—El padre de los suyos.—Abnegación perfecta.—Ciudadano y patriota excelente	71
--	----

CAPITULO VII

Los hombres del mundo y los hombres de Dios.—Acción de la gracia.—Fisonomía sobrenatural de Hernández.—Un espíritu verdaderamente fuerte.—El hombre de oración.—Su carácter místico.—Anhelos de santidad.—En loa de la contemplación.—Una defensa de Santa Teresa	83
---	----

CAPITULO VIII

Aspirante a Religioso.—La Cartuja y sus reglas.—Primera tentativa de ingreso.—Un consejo patriótico.—Hernández en la Cartuja.—La necesidad del trabajo manual.—Vuelta a la Patria.—Una segunda tentativa.—En el Colegio Pío Latino Americano.—Nuevas pruebas.—Su enfermedad en Roma.—Estancia en París.—Contrariedad y resignación . . .	101
--	-----

CAPITULO IX

Ultimos años.—La vida ordinaria.—El verdadero cristiano.—Notoriedad e influencia de sus virtudes.—Un cartujo en el mundo.—Excentricidades	121
---	-----

CAPITULO X

La muerte.—Horrorosa tragedia.—Un lustró antes.—El alma nacional conmovida.—Homenajes a la memoria de Hernández.—El voto del pueblo.—Era un santo!	131
CONCLUSIÓN	147

APENDICE

La verdadera enfermedad de Santa Teresa de Jesús	157
En un vagón	165
Los Maitines	171
Visión de arte	175

